





Monseñor
Mariano Parra León



Julio César Franco
Ramón Rodríguez Luzardo

Monseñor
Mariano Parra León

Universidad Católica Cecilio Acosta

Monseñor Mariano Parra León

© Universidad Católica Cecilio Acosta, 2018

© Julio César Franco

Ramón Rodríguez Luzardo

Diseño y diagramación: Nubardo Coy - Javier Ortiz

ISBN impreso: 978-980-405-007-7

ISBN digital: 978-980-405-019-0

Depósito legal: ZU2024000022

Impreso en: Ediciones Astro Data, S.A.
Maracaibo, Venezuela

Dedicatoria

*A Dios, por haber bendecido a nuestra tierra con
extraordinarios sacerdotes, apóstoles de la redención y luchadores sociales.
A la Iglesia venezolana, como homenaje a la labor de sus pastores y ministros.
A nuestras familias, objeto primero de nuestros desvelos.
A quienes nos estimularon para realizar este modesto trabajo.
Al Municipio Miranda, cuna generosa y fecunda de ilustres
hombres y mujeres que tanto brillo han dado a nuestro gentilicio.*



PRESENTACIÓN

El amor a la tierra nativa, a ese pedazo de patria en el que hemos nacido, es un sentimiento que nos acompaña durante toda la existencia a quienes llevamos en lo más hondo del ser una total identificación con nuestro origen y raíces, con la cultura, valores, tradiciones y patrimonio espiritual en general, y con todo aquello que conforma la esencia misma de lo que somos.

Tal afecto e identificación por el terruño natal nos ha llevado en forma individual y conjunta a investigar y escribir diversos trabajos, los cuales dentro de su modestia y humildad, constituyen valiosos aportes al conocimiento de nuestro pasado histórico, del proceso de formación del poblado, de su evolución en el tiempo, la razón de ser del presente y la posibilidad de razonar en función de ello sobre nuestro futuro.

Al mismo tiempo, estas investigaciones nos han permitido dar a conocer a los distintos personajes nacidos en Los Puertos de Altagracia y en otras poblaciones mirandinas, quienes a través del tiempo, desde la colonia y durante las luchas por la independencia, en el campo intelectual o como humanistas o científicos, han logrado hacer brillar los antiguos blasones de la villa procerca del Zulia.

Así han nacido obras conjuntas como “Historia Eclesiástica de la Parroquia de Nuestra Señora de Altagracia” y el actual trabajo sobre la Vida y Personalidad de Mons. Mariano Parra León, y obras por separado como “Vivencias Escritas”, “Cronología Histórica de Los Puertos de Altagracia y del Municipio Miranda”, “Nuestra Señora de Altagracia, la devoción de un pueblo” (Julio César Franco O), y “Raíces históricas de Punta de Leiva”, Biografías de “María Barrera Ferrer”, “José Antonio Chaves”, “Luis Alfonso Luzardo”, “Lisandro Puche García” (Ramón Rodríguez L.), a los que se suman la gran cantidad de escritos para la prensa e intervenciones públicas.

Presentamos esta obra estimulados por el centenario del natalicio de Mons. Mariano Parra León, brillante figura del clero zuliano nacido en Los Puertos de Altagracia el 13 de Agosto de 1911, III Obispo de Cumaná y Margarita y personaje emblemático del Municipio Miranda, cuya vida fue un constante ejemplo de virtudes sacerdotales y públicas, siempre al servicio de Dios y de su pueblo, defensor de los humildes y desposeídos, adalid del valor y de la justicia, cuya voz se escucha aún con claridad en la conciencia de las generaciones presentes.

Que el esfuerzo realizado contribuya al conocimiento de nuestros valores y al enriquecimiento del patrimonio histórico y culturales nuestra mayor ambición, y confiamos en que el mismo sea recibido con benevolencia y espíritu crítico por la colectividad.

Julio César Franco
Ramón Rodríguez Luzardo

PRÓLOGO

Recibí con gran alegría y profunda emoción la petición que me hiciera mi apreciado buen amigo y coterráneo Julio César Franco para que escribiera yo el Prólogo de la obra que ha escrito conjuntamente con el joven investigador mirandino Ramón Rodríguez, sobre la vida y personalidad de Mons. Mariano Parra León, como parte del homenaje que con sobrada razón se rinde a este ilustre Sacerdote y Obispo, con ocasión del Centenario de su nacimiento, ocurrido éste en la querida tierra altagraciana, donde también nos cupo la suerte de nacer.

Estos sentimientos se explican no sólo por la amistad que nos une a Julio César y a mí, sino sobre todo por la admiración que sentimos ambos por el muy ilustre prelado que constituye gloria y prez de nuestro común terruño natal, y para mí especialmente modelo sacerdotal y episcopal.

Leyendo esta obra, en la cual Julio César y Ramón incluyen importantes opiniones de distintas personalidades sobre la figura de Mons. Parra León, está la correspondiente a mí también apreciado amigo Fernando Inciarte, opinión que comparto plenamente. Para explicar este pensamiento, me permito referir lo siguiente. Me desempeñaba yo como Vicario Cooperador de Mons. Parra León en la parroquia de Santa Bárbara. Un día del mes de Abril de 1965 debí atender el llamado de Mons. Domingo Roa Pérez para que acudiera a su Despacho. Luego de un variado diálogo, me preguntó, cómo me iba en mi ministerio sacerdotal al lado de Mons. Parra León. Yo le respondí entonces con toda sinceridad y plena convicción: "Muy bien, porque al lado de Mons. Parra se aprende mucho". Mons. Roa Pérez me respondió: "Me alegro, porque lo voy a nombrar Párroco". Así pues, me precio de haber recibido muchos e importantes

ejemplos de Mons. Parra León, para el desempeño del ministerio pastoral. En realidad, ya yo había recibido ejemplos de Mons. Parra desde mi más tierna edad (a mis 7 años recibí de él las lecciones de Catequesis parroquial). Posteriormente, estando ya en el Seminario Menor, cada vez que coincidíamos en la Catedral, él no dejaba de decirme palabras de aliento, que me fortalecieron en el seguimiento de mi vocación sacerdotal. Entre otros, me limito a enumerar su gran disciplina y puntualidad, su organización en el trabajo, su entrega total al ministerio y su compromiso con la problemática social, su dedicación preferencial por los más necesitados.

Y refiriéndome ahora al acucioso trabajo de Julio César y Ramón, no puedo menos que felicitarles muy cordialmente, y agradecerles en nombre de nuestro querido pueblo de Los Puertos el ofrecernos no sólo la cronología de la vida y ministerio sacerdotal y episcopal de Mons. Parra León, con lujo de detalles y nombres de personajes coetáneos, sino sus propias reflexiones que nos retratan con fidelidad al personaje. La inclusión de opiniones y sobre todo los dos discursos del mismo Mons. Parra León, el primero en el cuatricentenario de Maracaibo, y el segundo con ocasión del 193º aniversario del nacimiento del Gral. Rafael Urdaneta, nos ofrecen también rasgos muy nítidos del orador, historiador, literato y amante de su tierra que fue Mons. Mariano Parra León, gloria de nuestro pueblo y del Zulia, así como gran defensor de los derechos de los Estados Sucre y Nueva Esparta, a quienes sirvió con entrega plena en el ministerio episcopal.

No puedo menos que desear que esta obra sea ampliamente difundida y sirva de estímulo particularmente a nuestros jóvenes, para que mediante el estudio y el trabajo adquieran también los valores y sentimientos que animaron a nuestros antepasados. Como el mismo Mons. Parra lo expresó en su discurso de orden con ocasión del cuatricentenario de la ciudad de Maracaibo: “Es necesario volver los ojos al pasado para afincarnos en ansias de superación en el futuro”

Y para concluir este sencillo Prólogo, quiero afirmar como resumen, que si bien Mons. Parra fue disciplinado y austero, orador, literato, educador, periodista, defensor de la verdad y la justicia, comprometido con su tierra y con los más necesitados, fue ante todo

y sobre todo SACERDOTE según el Corazón de Cristo, al servicio del Evangelio y consiguientemente de su pueblo.

Elevo mis votos al Buen Pastor y los coloco bajo la maternal intercesión de la Santísima Virgen de Altagracia para que la Villa Levítica del Zulia siga siendo cuna de muchas vocaciones sacerdotales para que tengamos muchos pastores de la talla y cualidades de Mons. Parra León para gloria de Dios, fortalecimiento de la Iglesia y bien de nuestro pueblo.

Medardo Luis Luzardo Romero

Arzobispo de Ciudad Bolívar

Ciudad Bolívar, Marzo 3 de 2011



INTRODUCCIÓN

Los Puertos de Altagracia, que en cada amanecer siente alumbrar sus espaldas por el naciente, posee el honor de ser una de las más antiguas poblaciones de la cuenca del Lago de Maracaibo, pues su verdadera existencia es reseñada por los cronistas luego de las fundaciones de Maracaibo y Gibraltar.

El 8 de Septiembre de 1529, la llegada de Ambrosio Alfínger a sus playas viniendo desde Coro marcó para algunos la data de su fundación, y para otros más prudentes la del inicio de su formación como pueblo, el cual ya para 1600 estaba plenamente consolidado como aldea de españoles, indios y esclavos, recibiendo el título de Villa, aun cuando esta última afirmación de algunos historiadores no ha podido ser documentalmente confirmada.

A través de su recorrido existencial, la mil veces elogiada como gloriosa villa, se ha distinguido por sus indiscutibles y meritorios blasones logrados con sus invaluable aportes al desarrollo y progreso regional y nacional. Desde su inicio sus vecinos trabajaron arduamente en aras del prestigio local. El antiguo pasaje tomó forma hasta convertirse en puerto para el traslado de personas, animales y mercancías hasta la otra orilla, pasando a ser conocido como Puerto de Coro, Puerto Cabritas, Los Puertecitos, Los Puertos de la laguna de Maracaibo o de La otra banda, hasta que finalmente la llegada de la devoción por Nuestra Señora de Altagracia terminó por darle verdadero sentido a su nombre actual, Los Puertos de Altagracia. Así, la Madre de Dios en su divina advocación de La Alta Gracia, sembrada por la labor evangelizadora de los frailes Agustinos Ermitaños, quedo registrada para siempre en el corazón y en los labios de su gente, que la mencionan cada vez que se refieren a su pueblo.

Más tarde, al iniciarse las luchas por la independencia y soberanía nacional, la humilde villa “entregó generosa la sangre de sus hijos”, próceres inmarcesibles que desde sus playas subieron a las cumbres de la gloria esparciendo rayos de libertad por todo el continente, y que en los campos del saber, de las artes, de las ciencias y de las letras, sus nativos han sido permanentemente en el tiempo luces incandescentes que han alumbrado su singular destino, engrandeciendo y dando lustre a su gentilicio

Nacida a la luz del cristianismo, reducida su raza a través de la evangelización y la labor de misioneros, Nuestra Señora de Altigracia, traída su devoción como ya se dijo por los frailes Agustinos, como madre y protectora espiritual ha sido el símbolo de la unión local por más de cuatrocientos años, y bajo su amparo y guía, despertó la vocación sacerdotal de incontables jóvenes, quienes a través de su historia le dieron con toda justicia el nuevo título de “Ciudad Levítica del Zulia”, cuna y regazo de hombres y mujeres consagrados al servicio de Dios y de su iglesia.

Erigida la parroquia de Nuestra Señora de Altigracia el 15 de Septiembre de 1714 por el Obispo de Venezuela y Caracas Fray Francisco del Rincón y designado su primer Párroco en la persona del Pbro. Fray Juan de Bocaranda, años más tarde, en 1755, toma posesión para dirigirla el primer sacerdote nativo de Los Puertos de Altigracia, el Pbro. Juan Francisco de Olivares, quien la rigió a través de un largo período de cuarenta y nueve años hasta 1804. Murió en su pueblo natal y sus restos reposan en algún lugar debajo del presbiterio del templo. En 1807, el Pbro. José de los Ángeles de Olivares, es el segundo sacerdote altigraciano en ocupar la dirección de la parroquia natal, la cual dirige hasta 1824.

Otros sacerdotes nacidos en Los Puertos que administraron la parroquia, fueron: Fray Manuel María Romero (1830-1834), Pbro. Dr. Nicolás María Olivares (1867-1876), Pbro. Rodolfo Bohórquez (1909-1920), Pbro. Antonio María Soto (1920-1932), Pbro. Mariano Parra León (1938-1942) y Pbro. Lisandro Puche García (1943-1964).

A ellos se agregan los nombres de otros muchos sacerdotes nativos de la Villa Levítica, quienes han sido obreros de la redención

en otros lares, en los cuales desarrollaron meritorias labores de pastores espirituales, entre otros, Pbro. Dr. Ciriaco Piñeiro, Pbro. Juan Arguelles, José de Jesús Romero, José Antonio de Ávila, Juan Bautista Oberto, Pedro Estéban Caraballo, Baldomero Barrios Padrón, Manuel María Padrón, Juan de Dios Tapia, Luís Guillermo Vílchez, Noel Ortiz, Francisco Nava Padrón, Dixon Nava, Antonio Acurero, Ramón Gómez.

La tradición oral y escrita que nos ha llegado por algunos historiadores, nos habla de dos obispos altagracianos, Mons. Bernardo Oberto como Arzobispo del Virreinato de Santa Fe de Bogotá y de Mons. Antonio María Campos como Arzobispo de Quito, sin embargo, sus nombres no aparecen registrados en la historia eclesiástica de estas jurisdicciones, por lo que puede pensarse que existieron y alguna labor cumplieron en las mismas sin que llegasen a ocupar estos obispados. Si se encuentran referencias de Mons. José Francisco del Campos y Pacheco, nacido en Maracaibo el 25 de Julio de 1718, emparentado con la familia de Ana María Campos, y quien llegó a ser Obispo de La Paz (Bolivia), en donde murió en 1765.

Luego surgen los nombres de Mons. Felipe Nery Sendrea, nacido al norte de Los Puertos, Obispo de Calabozo (1891-1921), Mons. Mariano Parra León, Obispo de Cumaná (1967-1987) y Mons. Medardo Luzardo Romero, Obispo de Cojedes (1972-1979), de Ciudad Guayana (1979-1986) y actual Arzobispo de Ciudad Bolívar desde 1986.

Debemos mencionar también a Mons. Mariano Parra Sandoval, preconizado Obispo de San Fernando de Apure y actualmente de Ciudad Guayana, quien nace de raíces netamente altagracianas, pues es hijo del Dr. Hugo Parra León y sobrino de Mons. Parra León. Igualmente mencionamos a quien fuera IV Obispo de Cabimas, Mons. Freddy Fuenmayor Suárez, cuyo progenitor es nativa de Ancón de Iturre, poblado de la costa norte de nuestro municipio.

Así, en el contexto del servicio eclesiástico y de la entrega al ministerio del apostolado, la Villa de Altagracia ha sido verdadero caudal de ubérrima fuente, por la gracia de Dios y con la bendición de la Santísima Virgen de Altagracia, Madre y orientadora de sus hijos llevados al camino del servicio divino y cada uno en su momento expresó al Señor como el profeta Isaías, ¡Señor, envíame a mí!

La presente obra está dedicado a resaltar la figura eclesial y pública de uno de los más connotados hijos de la Villa de Altagracia, Mons. Mariano Parra León, quien luego de una larga vida sacerdotal iniciada en 1933, y habiéndose distinguido en el ejercicio de las distintas responsabilidades que le fueron asignando, y alcanzando importantes dignidades eclesiásticas logradas con gran talento y dedicación, así como una suprema vocación por el servicio a Dios, en 1966 es preconizado como III Obispo de la Diócesis de Cumaná y Margarita, alcanzando así la plenitud del sacerdocio en virtud de su extenso y prolífico trabajo eclesial.

Parra León se convirtió por su talento, elocuencia y dedicación, en uno de los personajes históricos más emblemáticos de Los Puertos de Altagracia. Sus características personales, su claridad y sinceridad en el hablar, su sentido del deber y de la autoridad, su esfuerzo permanente en defensa de los más humildes, su labor religiosa como párroco dedicado de lleno a la propagación y defensa de la fe cristiana, su labor pública, su impronta de gran orador y sus virtudes personales, lo exaltaron sin duda al lugar en el cual figuran los más importantes zulianos del pasado siglo.

Toda la región conoció y admiró a Mons. Mariano Parra León quien nunca se apartó del Zulia desde su nacimiento en 1911 hasta la toma de posesión del Obispado de Cumaná en Febrero de 1967. Fueron 56 años de su vida permaneciendo en la región que lo vio nacer y por la cual trabajó incansablemente desde su ordenación sacerdotal en 1933.

Su nombre y el ejemplo de su prístina vida lo hacen merecedor a que de alguna manera se le haga conocer a las nuevas generaciones, tan necesitadas del ejemplo de hombres que como Mariano Parra León fueron faros de luz que alumbraron las tinieblas del mundo contemporáneo, anteponiendo a cualquier otra función su condición de Sacerdote.

Por ello le dedicamos este humilde trabajo con la esperanza de que sea acogido con benevolencia, y que el mismo contribuya a un mejor conocimiento sobre su vida y personalidad, en la sublime ocasión del centenario de su natalicio en Los Puertos de Altagracia, Villa Levítica del Zulia.



Retrato del Dr. Mariano Parra Paz,
progenitor de Mons. Parra.

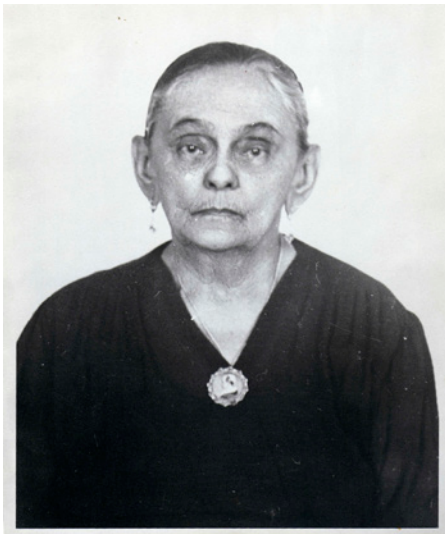
ANTECEDENTES GENEALÓGICOS

Origen de los apellidos Parra León

El linaje del apellido Parra es de origen castellano y se estableció en la Provincia de Maracaibo a mediados del siglo XVIII en La Concepción de La Cañada, hoy de Urdaneta, y a partir de las primeras décadas del siglo XIX se establece también en Los Puertos de Altagracia.

El Escudo de Armas del linaje Parra proviene igualmente de Castilla de donde pasó a Extremadura, Es un escudo acuartelado; el 1º y 4º son de plata, con un lobo andante de sable, y el 2º y 3º en campo de azur, en brazo armado de oro con una espada de plata en la mano, perfilada de sable.

El apellido Parra llega a Los Puertos de Altagracia a través de don Buenaventura Parra, quien casó en La Cañada con María Josefa



Fotografía de Dña. María Nicasia León de Parra,
madre de Mons. Parra.

Quintero en 1813. La primera descendiente de este matrimonio fue María Chiquinquirá Parra Quintero, nacida en La Concepción de La Cañada en 1832. La familia se traslada a Los Puertos de Altagracia antes de 1840, estableciéndose el apellido en este lugar por vez primera. Aquí nacerá el siguiente hijo, de nombre José Elías Parra Quintero.

Antes de 1840, en Maracaibo, don Francisco Parra contrae nupcias con Petra Trávez, vecinos ambos de dicha ciudad, y de cuya unión nace aproximadamente por el mismo año Mariano Parra Trávez, quien llega a estudiar en el Colegio de Varones de Maracaibo graduándose de Bachiller en Filosofía en 1859. Luego ingresa en el curso de Medicina culminándolo en 1866, y para 1870 es un reconocido Alópata. Desde 1868 se establece en Los Puertos de Altagracia, en donde se casa el 24 de Diciembre de 1875 con Josefa Antonia Paz Faría, natural de esta población e hija de José de los Reyes Paz y de María Asunción Faría.

De la mencionada unión nace en Los Puertos Mariano José Parra Paz el 08 de Febrero de 1872, quien llegaría a ser médico y político, casándose en el mismo pueblo el 12 de Octubre de 1910 con María Nicasia León Rodríguez, hija de Don José Ramón León Olivares y de María Nicasia Rodríguez Díaz, y de este matrimonio nacen Mariano el 13 de Agosto de 1911, Rita Josefa el 08 de Abril de 1913 y Hugo Francisco el 03 de Diciembre de 1914, nativos todos de la villa altagraciana.



Casa natal de Mons. Parra en Los Puertos de Altagracia.

El apellido León

Se ha escrito que este linaje tomó el nombre de la ciudad de León, cuya fundación se atribuye a los cartagineses, quienes le dieron este nombre por una ciudad que tenían en África y a la que llamaban Eliona, mutando la palabra con el tiempo. Otros aseguran que el nombre proviene del rey godol Leovigildo.

La opinión más aceptable y que ofrece más veracidad es la que sostiene que la ciudad de León fue fundada por una de las legiones que envió a España el emperador Trajano y que de "Legión" devino el "León".

Poco después de la ocupación por los moros fue recuperada por Don Pelayo y con el fin de que estuviera bien guardada y protegida se la encargó a uno de sus más valerosos guerreros, quien tomó por apellido el nombre de la ciudad, pasando así a sus descendientes.



Iglesia de Nuestra Señora De Altagracia en 1910.

Los León probaron su nobleza a través del tiempo en diferentes órdenes españolas desde 1527 hasta 1825, y en 1839, fue designado Conde de Bescolain don Diego de León y Navarrete.

El escudo de armas es originario de la ciudad de León, y en un campo de plata está centrado un león de gules, y en algunos casos le añaden bordura de gules con ocho aspas de oro.

En 1529, vino a Venezuela acompañando al alemán Ambrosio Alfínger don Luis de León, sastre de profesión, quien en 1535 ocupó el cargo de Alcalde o Guarda del Puerto de la ciudad de Coro y de La Vela; en 1560 aparece Cosme de León como Alcalde Mayor de la Villa del Espíritu Santo de Margarita; en 1569, don Gaspar de León figura como vecino de Trujillo, quien entre 1590 y 1598 fue Alcalde de la Santa Hermandad de Santiago de León de Caracas y Regidor entre 1593 y 1594. A finales del siglo XVII se establecen en la provin-

cia de Maracaibo los apellidos compuestos Pérez de León y González de León y desde mediados del siglo XVIII ya está en Los Puertos de Altagracia.

Se registra que en 1726, el Sgnto. de Milicias, Dn. Juan José de León, casó en Maracaibo con Beatriz de los Santos Segobia, habiendo procreado a Francisca Josefa, Marcos José y Antonio José de León y Segobia. Este último contrajo nupcias en Maracaibo el 12 de Enero de 1757 con María Josefa de Loayza y Finol, hija de Francisco de Loayza y de María del Carmen Finol, todos de Maracaibo.

Los descendientes de esta familia se establecieron luego en Los Puertos de Altagracia. El primero de ellos, Juan José de León y Loayza había casado en Maracaibo con María Josefa Peña Ortega en 1810, pero su partida de defunción aparece en los archivos de Los Puertos con fecha 28.10.1815, habiendo procreado en este pueblo a José Jacinto y María Magdalena León Peña.



PARRA

Escudo del apellido o linaje Parra en España.



El segundo descendiente, Juan Antonio de León y Loayza se casó con Ana Baptista de la Cruz, y de su unión nació Juan de León y de la Cruz, quien casó en Los Puertos el 22 de Agosto de 1828 con María de los Dolores Olivares Matos, hija de Francisco José Olivares Rendirez y de María

Escudo del apellido o linaje León en España.

Josefa Matos González, quienes fueron abuelos del ilustre sacerdote altagraciano Mons. Dr. Nicolás María Olivares. Juan de León y Loayza falleció en Los Puertos el 04.03.1882, según los registros eclesiásticos.

De este matrimonio León Olivares, nacieron Juan Francisco de los Dolores León Olivares en 1830 y José Ramón León Olivares en 1831, quien será el abuelo de Mons. Mariano Parra León, pues el 27 de Noviembre de 1852, contrae nupcias con María Nicasia Rodríguez Díaz, hija a su vez de José Gregorio Rodríguez y de María del Pilar Díaz Viana.

Don José Ramón y María Nicasia serán los progenitores de María Nicasia León Rodríguez, quien se unirá al Dr. Mariano Parra Paz el 12 de Diciembre de 1910, y de cuya unión nace Mons. Mariano Parra León el 13 de Agosto del año siguiente.

Más adelante se inserta un resumen biográfico de Don José Ramón León, dada la importancia de este personaje para la historia cultural y religiosa de la villa altagraciana.

A partir del capítulo siguiente, se estudiará en forma cronológica todo el proceso existencial del personaje a quien se dedica la presente obra, planteando un paralelismo histórico de su vida con los principales sucesos de la iglesia local, regional, nacional y universal.

EL INICIO

1872

8 de Febrero: nace en Los Puertos de Altagracia, Mariano José Parra Paz, fruto de la unión entre Mariano Parra Trávez, natural de Maracaibo y Josefa Paz Faría, nativa de Altagracia.

17 de Marzo: es bautizado en la Iglesia de Nuestra Señora de Altagracia el niño Mariano José Parra Paz.

1875

24 de Diciembre: contraen matrimonio en la Iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, Mariano Parra Trávez, y Josefa Paz Faría, bendiciéndose eclesiásticamente su unión.

1897

El 14 de Diciembre, Mariano José Paz Paz recibe el Título de Dr. en Ciencias Médicas en la Universidad del Zulia.

1910

El 12 de Diciembre, el Dr. Mariano Parra Paz se une eclesiásticamente en Altagracia con la señorita María Nicasia León Rodríguez, hija de Don José Ramón León Olivares y de María Nicasia Rodríguez Díaz.

Sobre Don José Ramón León, abuelo de Mons. Parra, es justo resaltar aspectos de su vida, pues fue uno de los hombres más importantes de su época en Los Puertos de Altagracia, en donde había nacido en 1831 en el hogar formado por Don Juan de León y de La Cruz y Doña María de los Dolores Olivares Matos. Tuvo una educación profundamente cristiana, lo que desarrolló en él un



Fotografía del Padre Parra al inicio de su ministerio.

elevado sentido del deber y una gran devoción católica, demostrada a través de los amplios servicios que prestó a su parroquia. El 27 de Noviembre de 1852 contrae matrimonio eclesiástico en su pueblo con María Nicasia Rodríguez Díaz y en cuya unión procrean quince hijos, siendo la menor María Nicasia León Rodríguez. En su larga y dilatada vida, ejerció en el antiguo Cabildo del Cantón Altagracia como edil en 1858; fue Presidente de la Cofradía de Nuestra Señora de Altagracia, Mayordomo de Fábrica de la iglesia, miembro de la Cofradía del Santísimo Sacramento, presidente en 1876 de la Junta Fiadora del templo parroquial conformada para impulsar las obras de construcción del nuevo templo, fundador de la Sociedad “Hijas de Altagracia” que más tarde pasaría a denominarse “Hijas de María”, constituida en 1883; presidente de la Junta Piadosa de Nuestra Señora de Altagracia, administradora de los bienes de la iglesia. Todo ello pone en evidencia la vocación de servicio y devoción por la fe cristiana de Don José Ramón León, virtudes que transmitió a sus hijos, entre ellos la Srta. María Nicasia León Rodríguez, futura madre de Mons. Mariano Parra León. Falleció en su pueblo natal el 16 de Agosto de 1912, un año después del nacimiento de su nieto Mariano, a quien había apadrinado en su bautizo.

1911

EL 13 de Agosto, día domingo, en la residencia de la familia Parra León frente a la Plaza Miranda, erigida un año antes, nace el niño a quien ponen por nombre Mariano, en un hogar en el cual las virtudes cristianas y el transcurrir de una vida bajo estrictas normas morales son una constante, gozando del respeto y aprecio de toda la comunidad.

Para el momento de su nacimiento regentaba la parroquia el Pbro. Rodolfo Bohórquez (1909-1920), nativo de Los Puertos, y de quien se ha escrito que “fue un manso pastor de almas penetrado a cumplir con su evangelio, llegando a cumplir una gran labor en la parroquia; predicador incansable, impulsó la Sociedad “Hijas de María” y se empeñó en realzar las fiestas patronales”

El sábado 26 de Agosto bautiza al niño Mariano dejando constancia en los registros parroquiales a través de la siguiente partida:

Mariano Parra.

“En la Santa Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Altagracia, a veintiséis de Agosto de mil novecientos once, yo, el infrascrito Cura interino de ella, bauticé solemnemente según el Ritual Romano a un niño que nació el día trece del presente mes, y le puse por nombre Mariano, hijo legítimo del Dr. Mariano José Parra Paz y de María Nicasia León. Fueron sus padrinos José Ramón León y Josefa Antonia Troconis de Parra, a quienes advertí parentesco y obligaciones. Pbro. Rodolfo Bohórquez”

Al pie de la anterior partida se insertaron las siguientes notas:

Del Pbro. Heliodoro Núñez.- “Fue ordenado sacerdote el 23 de Septiembre de 1933. El Párroco.

“Fue consagrado como tercer Obispo de Cumaná el 22 de Enero de 1967, en la Iglesia Parroquial de Santa Bárbara, Maracaibo, por el Excmo. Y Rvdmo. Dr. Luigi Dadaglio, Nuncio Apostólico de S. S. Co consagrantes Excmos. y Rvdmos. Drs. Domingo Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo y Alejandro Fernández Feo, Obispo de San Cristóbal. Fernando Inciarte Medina, Párroco y Vicario”.

1912

29 de Septiembre: es ordenado Sacerdote el Diácono zuliano Olegario Villalobos en la Catedral de Maracaibo por el II Obispo del Zulia, Mons. Arturo Celestino Álvarez.

13 de Octubre: en la Iglesia de la Inmaculada Concepción de la Parroquia Santa Bárbara, el Pbro. Olegario Villalobos oficia su primera Eucaristía.

1913

El 08 de Abril, nace en Los Puertos de Altagracia Rita Josefa Parra León, hermana de Mariano Parra León.



Fotografía del Padre Parra en los primeros años de sacerdocio.



Fotografía del Padre Parra en su despacho de Santa Bárbara.

1914

11 de Marzo: realiza visita pastoral a la Parroquia de Nuestra Señora de Altagracia el Obispo del Zulia Mons. Arturo Celestino Álvarez, a quien acompaña como Secretario de Visita el Pbro. Olegario Villalobos.

3 de Septiembre: es electo Papa el Cardenal Giacomo Della Chiesa, quien asume con el nombre Papal de Benedicto XV.

3 de Diciembre: nace en Los Puertos de Altagracia, Hugo Francisco Parra León, hermano del futuro Obispo y futuro notable médico y político zuliano.

1915

13 de Diciembre, Mariano, a la edad de cuatro años, es inscrito en la Cofradía de Nuestra Señora de Altagracia, en presencia del Párroco, Pbro. Rodolfo Bohórquez (1880-1972).

1916

El 6 de Diciembre, se rinde homenaje en Los Puertos a Mons. Felipe Nery Sendrea, Obispo de Calabozo y nativo de este pueblo, en ocasión de sus Bodas de Plata Episcopales y de cuyo hecho quedó como testimonio una placa de mármol que se conserva en el frontis de la iglesia, y en cuya junta aparece como uno de sus miembros el Dr. Mariano Parra Paz, acompañado de notables personajes de la época en los Puertos: Pbro. Rodolfo Bohórquez, Domingo Fajardo, Salvador Bracho, Dr. Baldomero Barrios, Cnel. A. Crespo, Ramón García Oliveros, Jesús Ángel Paz Rodríguez, Cástulo Ferrer, Ramón de Jesús León, Antonio J. Albornoz, Jesús Romero, Manuel Felipe Tovar, Manuel González.

El 10 de Agosto, el Papa Benedicto XV designa al prelado zuliano Mons. Felipe Rincón González como Arzobispo de Caracas.

1917

16 de Julio: el Pbro. Antonio María Soto, nativo de Los Puertos de Altigracia y Párroco de San Juan de Dios y Chiquinquirá, solicita ante la Santa Sede la Coronación Canónica de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

6 de Octubre: el Obispo del Zulia, Mons. Arturo Celestino Álvarez inicia su segunda Visita Pastoral a la parroquia de Nuestra Señora de Altigracia.

7 de Octubre: al día siguiente de iniciada su visita, en la misma Iglesia, el Obispo Diocesano ordena sacerdote al diácono altigraciano Juan de Dios Tapia e impone el Diaconado al igualmente joven nativo Baldomero Barrios Padrón. Fueron las primeras ordenaciones realizadas en la Iglesia local.

1919

12 de Enero: en la Catedral de Maracaibo, Mons. Álvarez ordena sacerdote al joven diácono nativo de Los Puertos, Baldomero Barrios Padrón.

7 de Septiembre del mismo año, Mons. Arturo Celestino Álvarez es designado Obispo Coadjutor de Calabozo con derecho a

sucesión de Mons. Felipe Nery Sendrea. Se marcha inmediatamente a su nueva Diócesis llevándose el afecto del pueblo cristiano. Se despide del Zulia a través de una Pastoral emitida desde Calabozo, pero con fecha del mes de Abril.

Durante estos años, el niño Mariano, realiza sus estudios de educación primaria en su pueblo natal, dirigido por educadores de la talla del sabio Don Ramón García Oliveros y del insigne maestro José Paz González.

1920

La familia Parra León fija residencia en Maracaibo, en donde Mariano continuará su formación, siendo inscrito en el “Instituto Pestalozziano”, recibiendo educación de manos del maestro zuliano Br. Hermágoras Chávez, entre otros.

18 de Mayo: el Papa Benedicto XV eleva a Basílica Menor el Templo de San Juan de Dios y Chiquinquirá,

El 23 de Mayo S. S. Benedicto XV publica la Encíclica “Pacem Dei munus pulchumammun” sobre la institución cristiana de la paz.

El 5 de Julio asume como nuevo Obispo del Zulia Mons. Marcos Sergio Godoy, quien ejercerá gran influencia sobre el joven Mariano Parra León.

En el mes de Agosto, es designado como párroco de Altagracia, su pueblo natal, el Pbro. Dr. Antonio María Soto, quien la gobernará hasta 1932 realizando una destacada labor en la misma, no solo como conductor espiritual, pues además era gran orador, músico, poeta, dramaturgo, arquitecto y artesano, habiendo adelantado obras de mejoramiento y embellecimiento de la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, tal como antes lo había realizado en San Juan de Dios y Chiquinquirá.

El 1º de Diciembre, S. S. Benedicto XV publica una nueva Encíclica: “Annus iam planis”, sobre la situación de los niños en Europa Central.

En este año se culminó la construcción del Asilo “San José de la Montaña”, obra emprendida por el trabajo incansable del Pbro. Olegario Villalobos.

1921

El 9 de Mayo fallece el Obispo de Calabozo Mons. Felipe Nery Sendrea, asumiendo la Diócesis Mons. Arturo Celestino Álvarez.

El 15 de Abril, toma posesión como Párroco de El Sagrario, Iglesia Catedral, el Pbro. Olegario Villalobos.

El 15 de Mayo, Mons. Godoy da inicio en Maracaibo a los trabajos del nuevo edificio para el Seminario Menor.

En este año, las Hermanitas de Los Pobres asumen la administración y funcionamiento del Asilo "San José de la Montaña".

1922

El 22 de Enero fallece el Santo Padre Benedicto XV.

El 6 de Febrero es electo como nuevo Pontífice de la Iglesia Católica el Cardenal Achille Damiano Ambrogio Ratti, quien toma el nombre papal de Pío XI, asumiendo la dirección de la Iglesia tres días después.

12 de Octubre, S. S. Pío XI erige la Diócesis de Cumaná y Margarita, designando como su primer Obispo a Mons. Sixto Sosa Díaz, quien se desempeñaba como Obispo de la antigua Diócesis de Santo Tomás de Guayana, con sede en Ciudad Bolívar.

1924

El 2 de Enero, Mons. Godoy funda el Diario Católico "La Columna" como órgano oficial de la Iglesia



El Padre Parra en su despacho de Santa Bárbara.

del Zulia, y designa como su primer Director al Pbro. Helímenas Añez.

El 6 de Enero, a la edad de doce años, el joven Mariano Parra León ingresa al Seminario Conciliar de Maracaibo fundado por Mons. Marcos Sergio Godoy, en el cual estudia Filosofía, Letras, Retórica y Latín, destacándose por sus altas calificaciones así como por su ya notable vocación. Comparte estudios con el igualmente joven mirandino Lisandro Puche García, nacido en 1900, y quien comenzó su formación sacerdotal a mayor edad debido a las dificultades económicas de su familia.

1926

En el mes de Enero, El Obispo del Zulia, Mons. Godoy hace la designación del sacerdote altagraciano Pbro. Dr. Manuel María Padrón (1858-1953) como Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Maracaibo y Pro Vicario de la Diócesis, así como la de Mons. Olegario Villalobos (1888-1971) como Canónigo Penitenciario.

1927

Culminados sus estudios de Bachillerato en Filosofía en el Seminario Conciliar, Mariano Parra León y Lisandro Puche ingresan al Seminario Interdiocesano "Santa Rosa de Lima" de Caracas, donde continuarán su formación teológica, y en el que concluirán su carrera sacerdotal en 1933, Mariano de 22 años y Lisandro de 33.

1928

El 6 de Enero, S. S. El Papa Pío XI promulga la Encíclica "Mortalium Animus", acerca de cómo se ha de fomentar la verdadera unidad religiosa.

SACERDOTE, PERIODISTA Y DOCENTE

1933

El 3 de Junio, el Papa Pío XI promulga la Encíclica “Delectissima Nobis”, referida a la persecución de la Iglesia en España.

El 15 de Agosto, Mariano Parra León recibe la Orden del Diaconado.

El 23 de Septiembre, en la Santa Iglesia Catedral de Maracaibo, el Obispo del Zulia, Mons. Marcos Sergio Godoy impone la Orden del Presbiterado al joven Diácono de 22 años de edad Mariano Parra León, mediante dispensa especial debido a no contar con la edad canónica exigida.

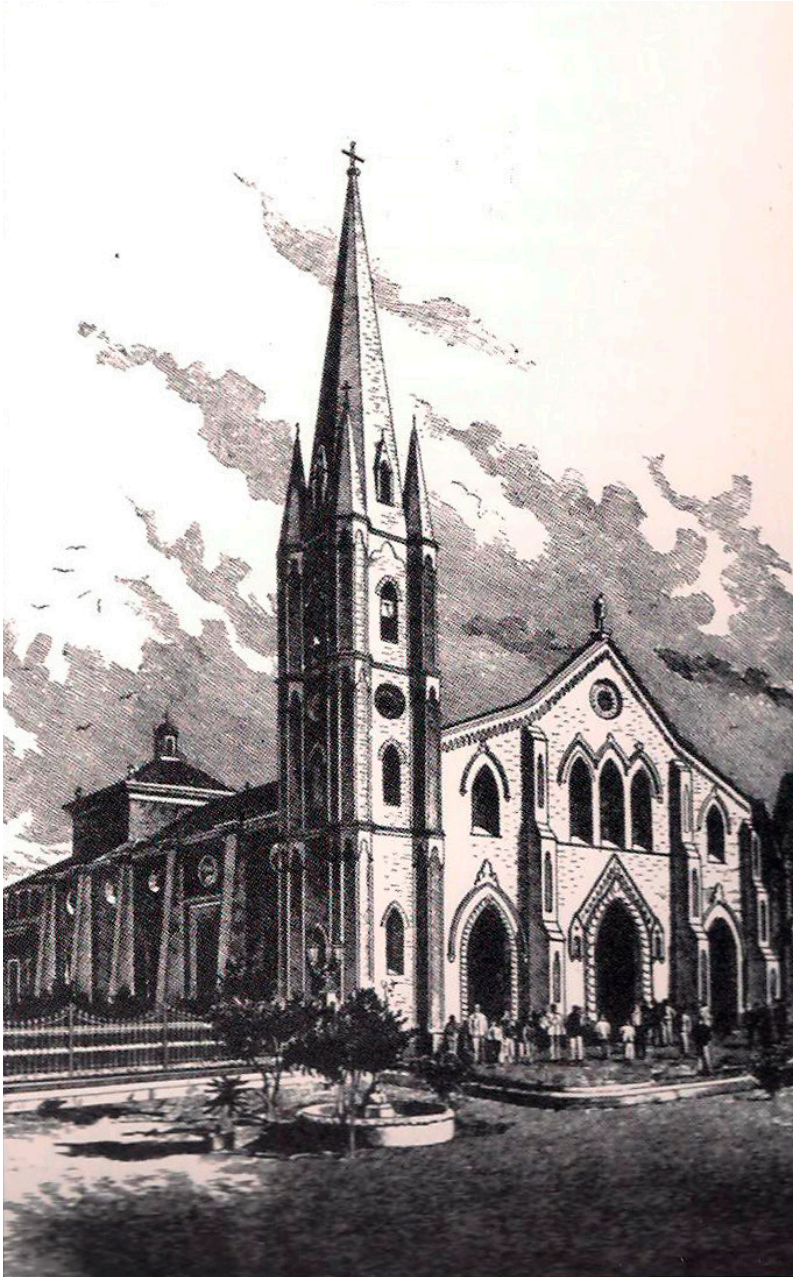
24 de Septiembre, un día después, oficia su primera Eucaristía en el Templo a Nuestra Señora de las Mercedes de Maracaibo.

23 de Diciembre, en la Iglesia Catedral de Maracaibo y de manos de Mons. Godoy, es ordenado Sacerdote, ingresando a la Orden de los Presbíteros el Diácono altagraciano Lisandro Puche García, a la edad de 33 años.

26 de Diciembre, el Pbro. Lisandro Puche García oficia su primera Eucaristía durante la celebración de la fiesta patronal de Nuestra Señora de Altagracia en su pueblo natal de Los Puertos.

El Padre Parra o Parrita, como comienza a conocerse entonces, inicia su labor ministerial con la energía y decisión que caracterizarán y darán impronta personal a su fecunda vida. Dotado de una fuerte personalidad, gran sentido del orden y de la autoridad y de un recio carácter desprovisto de vacilaciones, defensor apasionado de la fe, asume todas estas características como normas de su vida sacerdotal y pública.

El cumplimiento del deber por encima de toda circunstancia, la organización y disciplina serán señales de su incansable labor en



Grabado de la Iglesia de Santa Bárbara.

cada una de las responsabilidades que a partir de entonces le serán asignadas, a lo cual se agrega su sentimiento de entrega y obediencia a sus superiores eclesiásticos.

El Dr. Ángel Lombardi, al referirse a él escribe estos comentarios: “Nunca dejó de ser un cura de pueblo en el mejor sentido de la palabra. Esta sencillez humana que lo caracterizaba convivía perfectamente con una esclarecida inteligencia y un discurso profundo y brillante”... “Monseñor Parra León fue un sacerdote de convicciones y lealtades, y la mayor, aparte de la iglesia, era el país y la región, particularmente Maracaibo”.

Al trazar la personalidad sacerdotal de Mariano Parra León, su sobrino, Mons. Mariano Parra Sandoval, Obispo de Ciudad Guayana expresa: “Su principal rasgo fue su amor a la Iglesia y su fidelidad al Evangelio”

En el mes de Octubre, el Padre Parra había sido designado Rector de la Iglesia de Santa Teresita.

1934

Bajo las anteriores premisas comienza su trabajo sacerdotal. A escasos meses de haber sido ordenado, pronuncia el sermón de “Las 7 Palabras” el Viernes Santo de 1934 en la Catedral de Maracaibo, adquiriendo desde entonces una muy bien ganada fama de “orador elocuente, de vibraciones fogosas y claras emociones”

El Padre Parra comprendió perfectamente que el sacerdote hace suya la Palabra y al sentirla en su interior, “vive el esfuerzo, el drama, el riesgo y la aventura de tener que comunicársela a los demás, aceptando este mandato”.⁽¹⁾

Se identificó plenamente con la expresión de San Pablo: ¡Ay de mí si no evangelizara! (1ª Corintios, 9,16) pues el predicador, como hombre de Dios se convierte en heraldo, apóstol y mártir de la Buena Noticia”. Su clara predicación y fuerza expresiva desde el púlpito serán desde sus inicios sacerdotales unas de sus más notables características.

Funda en Santa Teresita un Centro de Juventud Católica, como filial de la “Juventud Católica Venezolana” ya establecida en

Caracas desde 1932 por el Arzobispo de la capital, el zuliano Mons. Felipe Rincón González, y auspiciada por S. S. Pío XI, y lo hace con la plena convicción de “trabajar por la fe, la cultura y la sociedad”. Estos centros de juventud católica cumplieron una extraordinaria labor para la iglesia hasta la década de los años 60, pues allí se formaba a los jóvenes en todos los sentidos para el trabajo al servicio de Dios como laicos comprometidos, recibiendo clases de filosofía, teología, acción social y oratoria, entre otras, convirtiéndose en verdaderos auxiliares para los párrocos de ciudades y pueblos.

Es allí, en Santa Teresita, donde se despierta la vocación periodística del joven sacerdote Parra León. Al referirse a ello, el historiador mirandino Don Adolfo Romero Luengo, de quien fuera gran amigo y pariente, comenta: “En 1934 se desarrollaba un movimiento juvenil de grandes proyecciones espirituales, de auténtica cultura, canalizador de nobles pensamientos y claramente formativo de un carácter acerado para el debate de las ideas y de los principios y para la defensa de la fe y de la nacionalidad. Era un grupo de Juventud Católica fundado por Mons. Godoy con un claro concepto del apostolado seglar altamente proclamado por el Papa Pío XI para que sirviera de baluarte cristiano en las grandes luchas de la sociedad”⁽²⁾.

Así, el Padre Parra publica “Fides”, semanario católico de interés general, contentivo de noticias y temas diversos. Su formato era de un cuarto de página pasando luego a media página, y el cual se imprimía en los talleres de “La Columna”. Su primer número apareció el 1º de Septiembre de 1934, siendo su redactor el Padre Parra León, colaborando con él su hermano Hugo Parra León, junto a los jóvenes Renato Esteva Ríos, Francisco Ávila Carrillo, Jesús Alfonso Morillo como correductores, y participando además Fabio Arias Rojas, Alejo Fuenmayor, Germán Oquendo, Carlos Gil Rincón, Carlos Parra Belloso y Francisco Acosta Baralt, quienes eran miembros del Centro de Juventud Católica. Su valor era de 12.50 céntimos de la época, y ya desde sus páginas, el Padre Parra escribía fuertes críticas y declaraciones polémicas.

El mismo día 1º de Septiembre, el Obispo Mons. Godoy, lo designó Canciller Notario (Interino) de la Curia Eclesiástica y Secretario de Cámara y Gobierno del Obispado del Zulia.

El 7 de Enero se había conformado en Maracaibo el “Consejo Diocesano de la Juventud Católica de Venezuela”, quedando integrado de la siguiente manera: Asistente Eclesiástico, Pbro. Mariano Parra L; Presidente, Ángel Renato Esteva Ríos; Vicepresidente, Dr. José Santos Parra Valbuena; Secretario, Francisco Acosta Baralt; Sub Secretario, Alberto Hernández Amado; Tesorero, Alejo Fuenmayor García; Sub Tesorero, Marcos Martínez Villasmil; Bibliotecarios, Carlos Rodolfo Gil Rincón y Hugo Parra León; Vocales Consejeros, Marcos Vinicio Ramírez, Alberto de Jesús Vera, José Luís De John y Fernando Romero Rincón. Estos jóvenes serían notables profesionales de la medicina, del derecho y de otras disciplinas, y pasarían a tomar parte activa en la vida pública de la región. Este Consejo fue instalado en esa fecha por el Obispo Mons. Godoy y a él podían pertenecer jóvenes y personas entre 15 y 30 años de edad”.³

Como otros hechos resaltantes para estos años en la región y en el círculo vital del Padre Parra pueden mencionarse: el 1º de Marzo de 1934, el Pbro. Dr. Miguel Govea, quien era Canónigo Magistral de la Catedral es designado Director del Diario “La Columna”. La Diócesis del Zulia conforma una Junta dirigida a organizar un homenaje al II Obispo del Zulia, Mons. Arturo Celestino Álvarez, ahora Obispo de Calabozo, con motivo de sus Bodas de Plata Episcopales.

1935

En Enero de 1935, el sacerdote mirandino Pbro. Juan de Dios Tapia es designado Párroco de Santa Cruz del Zulia.

El 17 de Abril nace en el poblado de Los Haticos del Sur, aldeaño a Los Puertos de Altagracia, Medardo Luís Luzardo Romero, futuro Sacerdote y Obispo de San Carlos de Cojedes y Ciudad Guayana, y Arzobispo de Ciudad Bolívar.

El 12 de Octubre, culminados los trabajos de remodelación del Templo de San Juan de Dios y Chiquinquirá, el Obispo Godoy cumple con el decreto papal de elevación a Basílica Menor del templo de Nuestra Señora de Chiquinquirá, ejerciendo para ese momento como párroco el Pbro. Julio César Farías, habiendo ejecutado los trabajos la Gobernación del Estado Zulia a través del gobernador Vicencio Pérez Soto.

El 20 de Diciembre, S. S. Pío XI promulga la Encíclica “Ad Catholici Sacerdotti”, sobre el Sacerdocio Católico.

El 26 de Diciembre de 1935, festividad de Nuestra Señora de Altagracia, se produce un hecho singular para la historia eclesiástica de esta parroquia, pues todos los oficiantes de la eucaristía principal son nativos de la Villa Levítica del Zulia, Pbro. Dr. Manuel María Padrón como oficiante principal, acompañado de los Pbro. Mariano Parra León y Lisandro Puche García, y ocupando la cátedra sagrada el Pbro. Dr. Antonio María Soto, igualmente altagraciano.

1936

En 1936, el Pbro. Juan de Dios Tapia es transferido al Distrito Sucre como párroco de Bobures, y el Pbro. Dr. Miguel Govea asume como Párroco de la Basílica de Chiquinquirá.

En este mismo año es designado el Pbro. Ángel Ríos Carvajal como Párroco de Los Puertos de Altagracia.

Todos estos movimientos entre 1934 y 1937 se producen, ocupando el Pbro. Mariano Parra León el cargo de Secretario de la Diócesis.

1937

El 22 de Abril de 1937, el Obispo Mons. Godoy realiza su IV Visita Pastoral a la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia, acompañado del Padre Parra como Canciller Notario de la Curia Eclesiástica. En su pueblo natal fue recibido por el entonces párroco de la misma el Pbro. Ángel Ríos Carvajal.

El 15 de Mayo de 1937, Mons. Godoy designa al Pbro. Parra León como Cura Rector de la Basílica de San Juan de Dios y Chiquinquirá, llevando ahora su labor sacerdotal y social al corazón espiritual del Zulia, sede de la sagrada devoción a la Madre del Cielo, patrona regional y receptora de las peticiones de todos sus hijos bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.

Es un año de convulsión mundial; el nazismo avanza en Alemania alertando al mundo. El 14 de Marzo el Papa Pío XI promulga la Encíclica “Mit brennender sorge” condenando a la doctrina hitleriana

por sus ideales paganos y anticristianos, y luego, el 19 del mismo mes publica la Encíclica “Divini Redemptoris” condenando igualmente al comunismo ateo.

Fue una época de intenso movimiento político en el Zulia y de grandes cambios políticos y sociales. Los comunistas y militantes de partidos de izquierda realizan actos violentos contra el clero, profanando la Basílica y la Catedral de Maracaibo, que fueron blanco del marxismo ateo.

El Padre Parra había comenzado a publicar desde la Basílica su hoja parroquial “Semillas”, escrita con gran espíritu crítico y de denuncia de hechos como el derroche realizado por el gobierno en las fiestas de carnaval, inaceptables frente a las necesidades sociales, el hambre y la miseria de su feligresía. Levanta su voz de protesta contra los actos de barbarie de los comunistas locales y contra las autoridades regionales, lo cual le va creando un círculo de rechazo en los sectores políticos anarquistas de entonces. Se convierte ya el Pbro. Parra León en una inconmovible e intolerante voz que clama por la justicia, elevándose con gran autoridad dentro del clero zuliano.

Sus críticas al gobierno regional y las consecuencias de ellas, obligan al Obispo Mons. Godoy a trasladarlo desde Maracaibo a otra parroquia, entregando la Basílica el 26 de Marzo de 1938, siendo designado Párroco de Nuestra Señora de Altagracia en el pueblo que lo vio nacer en 1911.

1938

El 30 de Marzo el Padre Parra León toma posesión de su parroquia natal recibéndola de manos del Pbro. Ángel Ríos Carvajal y actuando como testigo el Pbro. Guillermo Bríñez Valbuena. Regresa a su casa, al reencuentro con sus amigos y paisanos, a luchar por la devoción hacia la Virgen de Altagracia a quien pidió su protección, y en donde realizará a partir de dicho día y durante cuatro años una extraordinaria y encomiable labor.

No espero mucho el Padre Parra para dar inicio a una incansable actividad en beneficio del culto a Nuestra Señora de Altagracia y de su nueva feligresía.

El 1º de Mayo instala la “Sociedad Pro Templo de Nuestra Señora de Altigracia”, de la cual será su asistente eclesiástico, acompañado de una directiva que se conformó así: Presidente, Rogerio Añez; 1º. Vicepresidente, Rogerio Cepeda; 2º. Vicepresidente, Rómulo Faría Nones; Tesorero, Héctor Leal; Vocales, Edgar Maduro Pernía, Manuel Hernández, Isaac Geizzelez, Dr. Edward Gabriel; Secretario de Actas, Eucario Romero Gutiérrez; Secretario de Correspondencia, Adolfo Romero Luengo.

El 18 de Julio comenzaron los trabajos de reconstrucción de algunas áreas del templo, de remodelación y mejoras en otras. Se modificó la cubierta de los pisos antiguos de la iglesia colocándole hermosos mosaicos, se instalaron arcos de ojiva en las ventanas y en la entrada al presbiterio, con lo cual a partir de entonces el templo local presentó una mezcla de estilos arquitectónicos superpuestos que aún se mantiene y que le dieron al templo características de arte religioso compuesto.

Culminados los trabajos gracias a las colaboraciones recibidas de personas, instituciones comerciales e industriales y con aportes del Ejecutivo del Estado Zulia, la iglesia fue abierta de nuevo en presencia del Gobernador del Estado Dr. Manuel Maldonado (1938-1941), y en cuyas obras se incluyeron la remodelación de dos capillas laterales, el altar del Santísimo Sacramento, instalación de nuevas bancas y alfombras, instalación eléctrica nueva en toda la construcción, pintura general, cielo raso, arreglos en el coro, sacristía, baptisterio y nuevas ventanas.

1939

El 10 de Febrero, muere en Roma el Papa Pío XI, siendo electo el Cardenal Eugenio Pacelli como nuevo Pontífice y quien tomará el nombre papal de Pío XII. Comienza la segunda guerra mundial que enfrenta y pone en riesgo a toda la humanidad.

El 11 de Julio fallece en Maracaibo el ilustre sacerdote altagraciano Pbro. Antonio María Soto, hombre de inmensa obra apostólica en Maracaibo y Los Puertos.

El 20 de Octubre, el nuevo Papa publica la Encíclica “Summi Pontificatus”, en la cual proclama el derecho a la compasión humana y fraterna en todo el mundo.

En Noviembre es designado Mons. Lucas Guillermo Castillo como Arzobispo Coadjutor de Caracas con derecho a sucesión.

Este mismo año de 1939, Parra León es designado Presidente de la Junta de Fomento Agropecuario del Distrito Miranda, y es electo Diputado por su Distrito natal ante la Asamblea Legislativa del Zulia.

Luego de la inauguración de los trabajos de la Iglesia, el Padre Parra instituye en su parroquia la bendición del Lago de Maracaibo y la procesión lacustre con la imagen de Nuestra Señora de Altigracia a partir del 26 de Diciembre de 1939.

Desde su llegada a su parroquia nativa, trabaja con decisión por la fundación de una medicatura oficial de servicio público en Los Puertos de Altigracia; gestiona y colabora para ello hasta verla hacerse realidad, siendo designado como su primer Director el médico Dr. Francisco Meléndez Badell. Igualmente organiza un Centro de Juventud Católica, como ya antes lo había hecho en sus anteriores responsabilidades en Maracaibo, dándole presencia y prestigio en la parroquia a este movimiento de apostolado seglar.

También en este año, nace la emisora católica “La Voz de la Fe”, obra del incansable trabajo apostólico del Padre Olegario Villalobos.

1940

17 de Marzo: circula el primer número de la hoja parroquial “Semillas”, redactada por el Padre Parra en Los Puertos de Altigracia, como órgano religioso de la parroquia. Se imprimía en la Imprenta Americana de Maracaibo y su reparto era gratuito.

1941

En 1941, Parra León es designado Presidente de la Asamblea Legislativa del Estado. En su pueblo natal, en la continuación de su intensa labor parroquial y social, promueve y funda el 6 de Octubre la Escuela Nocturna para Adultos “León XIII”, comenzando ahora también su actividad docente a la cual dedicará largos años de su

vida. Inicia con los grados 4º, 5º y 6º de instrucción primaria en la sede del Centro de Juventud Católica, sirviendo él mismo como docente, acompañado del Dr. José Otilio Mármol Luzardo, Eucario Romero Gutiérrez, Olimpiades Rodríguez, Federico Barroso y Ernesto Salas, dictándose las clases todas las noches de 7 a 9.

En la práctica de su vocación periodística continúa con la publicación de la hoja parroquial "Semillas", de cuatro páginas y cuya redacción realizaba él personalmente. Su contenido mantiene su misma línea de información general, denuncia, promoción por la fe y defensa de los derechos de los desposeídos.

En el ejemplar N° 43 editado en Diciembre de 1941 con motivo de las fiestas patronales, el Padre Parra escribe lo siguiente: "Con respecto a nuestra patria, la Virgen Santísima ha querido manifestar su predilección por este tan querido suelo, enriqueciéndolo con milagrosas imágenes y derramando a manos llenas sus bondades y misericordias. Formando parte de este concierto armonioso está desde el siglo XVII nuestro pueblo altagraciano, que escogió para honrar a la Santísima Virgen la conmemoración del privilegio por excelencia de la más "alta gracia" con que Dios enriqueció a María, la divina maternidad"⁵.

Durante su permanencia en la parroquia de su tierra natal, Parra León se esmeró por acrecentar la fe y devoción en la Santa Patrona, por enriquecer y resaltar con la mayor solemnidad la fiesta anual del 26 de Diciembre, además de dar la mayor importancia a la Sociedad "Hijas de María", como instrumento efectivo para la labor piadosa y devota en eras de la extensión del culto a la Madre de Dios.

El Padre Parra León administro esta parroquia hasta el 13 de Agosto de 1942, entregando la misma al Pbro. José Méndez Rincón, despidiéndose así de su pueblo natal, por el cual trabajó con la vocación y responsabilidad que lo caracterizaban, dejando un recuerdo y una huella indeleble de ministro dedicado por completo a sus labores de pastor y luchador social.

Al volver a la capital zuliana, a partir del mes de Agosto, Parra León continuará su incansable labor y su indetenible ascenso hacia las mayores dignidades eclesiásticas, definida ya su robusta perso-

nalidad y su probada e indeclinable vocación religiosa al servicio del pueblo de Dios y de su iglesia.

Inicialmente, el Padre Parra León es designado de nuevo por la curia eclesiástica como Rector de la Iglesia de Santa Teresita y a la vez Director de la Escuela Normal "Rafael María Baralt", dando ahora rienda suelta a su vocación docente, pues en la misma, regenta también las cátedras de Castellano, Literatura y Latín. Forma parte de una acción dirigida a formar la "Unión de Profesores y Maestros de Venezuela", a la cual se integra. Igualmente durante los siguientes años ejercerá la Capellanía en el Colegio "Nuestra Señora de Chiquinquirá" de los Hermanos Maristas y la docencia en el Colegio "Gonzaga" de los Padres Jesuitas.

El 6 de Octubre de 1942, su hermano Hugo Parra León obtiene el doctorado en Ciencias Médicas en la Universidad Central de Venezuela.

El 18 de Noviembre de este año, día del culto principal a Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, el Zulia se viste de gala para presenciar la coronación canónica de la sagrada imagen, completándose así el trabajo iniciado por el sacerdote mirandino Pbro. Antonio María Soto, ya fallecido para esta fecha, y quien había promovido ante El Vaticano tal acontecimiento. En presencia del Presidente de la República, Gral. Isaías Medina Angarita, del Nuncio Apostólico Mons. José Misuraca, del Arzobispo de Caracas y Obispos y sacerdotes de diferentes partes del país y del exterior, se cumplió en el sector La Ciega de Maracaibo tan solemne acto.

1943

El 3 de Febrero toma posesión como Párroco de Nuestra Señora de Altigracia el Pbro. Lisandro Puche García, nativo de la misma y de la promoción del Padre Parra. Da inicio a un largo y fecundo servicio más de veinte años a su parroquia natal.

El 29 de Mayo, Cumaná, la futura diócesis de Parra León se cubre de luto ante la muerte de su primer Obispo, Mons. Sixto Sosa Díaz (1870-1943), quien la dirigía desde su erección en 1923, nativo de Cojedes, y quien había sido ordenado sacerdote en Diciembre de 1894

por el Obispo de Calabozo, Mons. Felipe Nery Sendrea, nativo de Los Puertos de Altagracia. La iglesia venezolana sintió profundamente la muerte de este excelso pastor de almas.

El 26 de Mayo se erige el Vicariato Apostólico de Machiques, regentado por la Orden Franciscana de Hermanos Menores Capuchinos, siendo su primer Vicario Fray Ángel Turrado Moreno (1944-1954).

1944

El 6 de Enero se celebran las bodas de oro sacerdotales del Pbro. Mons. Manuel María Padrón, Canónigo Doctoral de la Catedral de Maracaibo y Párroco de la Iglesia de San Rafael de El Moján, en la cual realizó una extensa y profunda labor sacerdotal y social. En la eucaristía lo acompaña su amigo y paisano el Pbro. Mariano Parra, quien para la fecha ocupaba también responsabilidades como Capellán del Colegio Nuestra Señora de Chiquinquirá.

1945

Comenzando el año 1945, el Padre Parra es designado Director del Diario Católico "La Columna" por el Obispo del Zulia, Mons. Godoy. Su labor será nuevamente digna de los mayores elogios como responsable del órgano oficial de la Diócesis del Zulia y como periodista de probada vocación.

En ocasión de la visita de la Junta de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt a los campos petroleros del Zulia, Parra León escribió en el editorial de La Columna: "Va desapareciendo la reprochable actitud de anteriores gobiernos que arreglaban las cuestiones económicas a espaldas de los entendidos en la materia"⁽⁶⁾.

Como era de esperarse, su labor como director de La Columna fue polémica, a consecuencia de las características personales de Parra León, defensor de la verdad y de la justicia a toda costa, de claridad conceptual que para muchos se hacía irreverente y hasta intolerable, pero por sobre todas las cosas auténtico defensor de la fe y del sentido ético de la vida que cimentaba en la educación y formación para el cristianismo desde la temprana edad.

El 22 de Agosto de 1945, se instala el Centro Histórico del Zulia, del cual Mariano Parra fue uno de sus primeros miembros.

En este mismo mes, es bendecido y consagrado el Santuario a la Virgen de Coromoto en la calle Obispo Lazo de Maracaibo, obra impulsada y realizada gracias al empeño del Padre Olegario Villalobos.

1946

El 16 de Abril, en la Iglesia Catedral se efectúa la celebración eucarística de los 25 años de trabajo del Padre Olegario Villalobos en la Parroquia El Sagrario. Luego, en el Teatro Baralt, continúa el homenaje en el cual toman la palabra el Dr. Rafael Belloso Chacín, el Dr. Renato Esteva Ríos y el Pbro. Mariano Parra León.

En este mismo año, el Pbro. Olegario Villalobos es elevado a la dignidad de Deán de la Catedral de Maracaibo.

En el mes de Junio, Mons. Godoy realiza su cuarta visita pastoral a la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia.

El 25 de Septiembre la Diócesis del Zulia celebra las bodas de plata sacerdotales del Padre Olegario Villalobos, pronunciando las palabras centrales del homenaje el Padre Parra León, interviniendo también el Dr. Rafael Belloso Chacín, el Dr. Renato Esteva Ríos y el Sr. Alberto González.

Al producirse la reapertura de la Universidad del Zulia el 1º de Octubre de 1946 y ser designado Rector el Dr. Jesús Enrique Lossada, Parra León escribe en su editorial del 2 de Octubre: "El Zulia ha pedido una universidad. Que sea una Universidad, no un edificio donde pasen las horas varios señores con el título de Rector, secretario, decanos, profesores y bedeles, y donde los estudiantes, ansiosos de cultura y de ciencia, vegeten con los libros debajo del brazo para admirar como se ganan los sueldos en Venezuela. Que la Universidad del Zulia sea una universidad ha sido y es el anhelo de este pueblo"⁽⁷⁾

El eximio humanista altagraciano Don Adolfo Romero Luengo, colaborará con Parra León en la redacción de La Columna. Los unía su origen y una gran amistad, además de que eran parientes. Don Adolfo ocupó diversos cargos, pues en 1946 era el administrador del diario, en 1947, jefe de redacción y entre 1949 y 1950 ocupó la dirección como encargado por ausencia del Padre Parra y había fundado la revista "Avance" de la cual el sacerdote fue gran colaborador.

1947

El 27 de Julio fallece Mons. Dr. Miguel Ángel Govea, Deán de la Catedral y Vicario General de la Diócesis. Parra León es designado por Mons. Godoy como Canónigo Magistral de la Catedral de Maracaibo.

1948

Como hecho notable de 1948 puede señalarse la ordenación sacerdotal el 5 de Diciembre en la Catedral de Maracaibo, del diácono Luís Guillermo Vilchez, oriundo del caserío El Caimito en la costa norte del Distrito Miranda, muy cerca de Los Puertos de Altagracia. Este poblado desapareció al final de los años 50 para dar paso a la construcción de Puerto Miranda.

1949

En 1949, el Pbro. Parra León es designado Vicepresidente del Centro Histórico del Zulia.

Este mismo año, S. S. Pío XII designa a Mons. Crisanto Mata Cova como II Obispo de Cumaná y Margarita, futura diócesis del sacerdote zuliano.

Como Director del diario católico "La Columna", Parra León tuvo serios enfrentamientos con sectores políticos de la región, experimentando varias veces censura y persecución por la claridad de los conceptos emitidos en sus editoriales y en los artículos de opinión que firmaba bajo el pseudónimo de "Majopale" en columnas que denominada "Frisos" y "Alfilerazos". En una ocasión fue multado con mil bolívares por orden del gobernador del estado por la publicación de un artículo que título "El apóstata Padre Verde reparte hojas de propaganda por las calles de la ciudad", y en el cual, a juicio del gobierno, emitía conceptos equívocos sobre el estatuto Gobierno-Iglesia. Dicho artículo fue publicado en la edición del martes 1º de Agosto de 1950.

Parra León defendía con pasión sus convicciones, y rechazaba llevar sus escritos a la oficina de prensa para su revisión, según se leyó en el diario Panorama del 3 de agosto.⁽⁸⁾

Luego se publicó en El Nacional la información de que EL Padre Parra había sido demandado por difamación por la familia Trujillo, familiares del Br. Cañizales quien era el jefe del servicio de

información y prensa del estado. El motivo fue un escrito publicado en La Columna con el pseudónimo de “Ojeda” atribuido a Parra León, quien como se sabía utilizaba el de Majopale. En todo caso, esta demanda fue rechazada y pasó a apelación en la Corte Superior sin mayores resultados⁹.

El historiador altagraciano Adolfo Romero Luengo, al referirse a esta característica de Parra León expresa: “Cuando hablaba o cuando escribía, el Padre Parra León no se detenía para decir con claridad lo que consideraba que debía decir, muchas veces con dureza hiriente, y hasta con cierto humor que algunas personas celebraban como ocurrencia, mientras otras le criticaban con disgusto. Él lo reconocía y en tal sentido decía: ...”*nuestra lengua –nuestra venenosa sin hueso está en verdad cansada y no es mucho decir, cuando se ha movido tanto y en todas direcciones en tantos años de sacerdocio*”¹⁰.

1950

El Pbro. Olegario Villalobos es designado Vicario General de la Diócesis del Zulia por Mons. Godoy.

1951

La autoridad moral e intelectual del Padre Parra le era ampliamente reconocida en la región en la cual gozaba de la mayor distinción y respeto. Por ello, en 1951 es designado Concejal por el Distrito Maracaibo y Vicepresidente de la Cámara. En este mismo año, arriba a Maracaibo Mons. José Rincón Bonilla quien asume como Obispo Auxiliar de la Diócesis del Zulia.

El 6 de Marzo, en los salones del Club Alianza de Maracaibo se funda la “Institución Mirandina”, integrada por nativos del Distrito Miranda, quienes se organizaron atendiendo el llamado del Concejo Municipal presidido por Don Ángel Ramiro Morán, para trabajar por resolver el abandono en que se encontraban Los Puertos de Altagracia y demás poblaciones mirandinas. Para este momento, Altagracia carecía de calles asfaltadas, de los más imprescindibles servicios públicos, de suficientes y adecuados centros de enseñanza para la niñez y juventud, de centros asistenciales de salud. Parra

León se hace presente y expone una enérgica y valiente intervención ante sus paisanos conminándolos al trabajos por el lar nativo, por el rescate de una población rica en historia, en hechos y en valores humanos que engrandecieron a la patria. A él se debe el nombre de “Institución Mirandina” con la cual se designó esta agrupación, pues su proposición fue aprobada por unanimidad. El propio Padre Parra iniciará gestiones ante los organismos públicos para llamar la atención sobre el estado lamentable en que se encontraba su Distrito.

Parra León viaja a Roma para participar en las ceremonias del Año Santo, y al regresar participa en diversas actividades religiosas en varias regiones del país.

1952

El 8 de Enero fallece el Obispo de Calabozo Mons. Arturo Celestino Álvarez, de grato recuerdo como II Obispo del Zulia, a cuya estado legó su corazón físico como muestra del amor con el cual se entregó y trabajó por esta región.

El 15 de Febrero, con la participación de todo el clero zuliano, se colocó su corazón en la Catedral de Maracaibo, pronunciando el discurso de orden el historiador altagraciano Adolfo Romero Luengo.

En este mismo año, Parra León es designado Párroco de Santa Bárbara, Iglesia de la Inmaculada Concepción en el centro de Maracaibo, en la cual realizará una larga y fructífera labor apostólica y social hasta su elevación al obispado en 1966 (en capítulo aparte trataremos esta fase de su vida sacerdotal).

1953

El 2 de Enero, por disposición de la Santa Sede, la Diócesis del Zulia pasa a denominarse Diócesis de Maracaibo.

El 14 de Febrero, fallece en Maracaibo el virtuoso sacerdote altagraciano Pbro. Dr. Manuel María Padrón a los 95 años de edad. Fue trasladado a El Moján y sepultado en la Iglesia de San Rafael de dicha población, a la cual dedicó largos años de lucha y entrega sacerdotal como párroco.

El Padre Parra comienza a publicar en Santa Bárbara su hoja parroquial, la cual ahora denominará "Siembra".

1954

El 24 de Octubre, Mons. Olegario Villalobos, incansable luchador y emprendedor social en nombre de la iglesia, funda el "Hogar Clínica San Rafael", destinado a satisfacer la necesidad de atención médica de la niñez afectada por la poliomielitis y por otras enfermedades y malformaciones infantiles.

Para 1954, el Cabildo Catedralicio de la Diócesis de Maracaibo estaba integrado así: Mons. Olegario Villalobos, Deán y Vicario General; Pbro. Guillermo González Fuenmayor, Canónigo Doctoral; Pbro. Roberto Acedo, Canónigo Lectoral; Pbro. Mariano Parra León, Canónigo Magistral; Pbro. Claudio Parra, Canónigo Mercedario; Pbro. Delfín Paz, Canónigo Penitenciario y Pbro. José González Chacín, Secretario Capitular.

1955

El 23 de Septiembre, Mons. Rincón Bonilla realiza visita pastoral a la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia y al Distrito Miranda.

Fallece el Arzobispo de Caracas Mons. Lucas Guillermo Castillo y es designado como su sucesor Mons. Rafael Arias Blanco.

1956

En Agosto S. S. Pío XII designa como Obispo Titular de Arado y Auxiliar de Maracaibo, al Ilmo. Mons. José Alí Lebrún Moratinos, natural de Puerto Cabello, Estado Carabobo y perteneciente a la curia de Valencia. Es consagrado el 2 de Septiembre siguiente en la Catedral de Valencia por Mons. Rafael Forni, Nuncio Apostólico en Venezuela. El sábado 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de María, toma posesión en Maracaibo, para sustituir a Mons. Rincón Bonilla quien es transferido a Caracas como Obispo Auxiliar.

La labor de Mons. Lebrún en Maracaibo será recordada gratamente por la Diócesis. Su inteligencia, don de gente y su condición de celoso e incansable trabajador lo convertirán en un factor de unión del clero zuliano y un gran colaborador en los ya últimos años del obispado de Mons. Godoy, de quien era paisano. Sus características personales y vocación lo llevarán en el futuro a ser designado Arzobispo de Caracas y Cardenal de la iglesia católica.

El 9 de Septiembre, Mons. Godoy designa al Obispo Auxiliar Lebrún como Vicario General de la Diócesis de Maracaibo.

PÁRROCO DE SANTA BÁRBARA

1957

Detengamos un momento esta revisión cronológica paralela con la vida sacerdotal y pública del Pbro. Mariano Parra León para referirnos al inmenso trabajo desarrollado por él en esta parroquia cuyo corazón espiritual está en el centro de Maracaibo, en lo que era la barriada del Saladillo y próximo a la Basílica de la Chiquinquirá.

Al llegar a ella en 1952, su primera visión estuvo dirigida al mal estado en que se encontraba la Iglesia de la Inmaculada Concepción sede de la parroquia. Tal como lo había hecho antes en Nuestra Señora de Altagracia, integró una Junta que se responsabilizara de iniciar las acciones necesarias para la reconstrucción del templo. A dichos trabajos se entregó con la energía y pasión que ponía en cada uno de sus actos. Comprometiendo a la propia feligresía poco a poco, sin prisa pero sin pausa, con la colaboración pública y privada vio como sus esfuerzos iban arrojando resultados positivos. El 1º de Diciembre de 1957, el Obispo Auxiliar de Maracaibo, Mons. José Alí Lebrún bendijo e inauguró solemnemente el reconstruido templo para felicidad del párroco y de su feligresía.

La fama del Padre Parra como trabajador incansable, orador elocuente y periodista combativo, fue creciendo a través de su larga actuación en esta parroquia tradicional de Maracaibo.

Su inquietud humanista e inclinación a la comunicación social lo lleva desde 1953 a publicar nuevamente su hoja parroquial, la cual bautiza con el nombre de "Siembra", y que antes había llamado "Semillas" en sus anteriores parroquias.

"Siembra" se publicaba semanalmente, porque el mismo Padre Parra León consideraba "que la fuerza de este siglo está, sin duda alguna en el papel. Hoy se construye y se destruye a base de papel. Con

esta arma se atosiga al pueblo cada vez más alejado de los templos, donde debería escuchar las enseñanzas cristianas, con mil falsedades contra la fe católica, contra la Iglesia, contra Jesucristo mismo”¹¹.

En el comentario agregaba: “Y como el párroco no puede hablar en cada esquina a la manera de los antiguos bandos, ha de valerse de la hojita parroquial para construir, educar y forjar voluntades con la misma poderosa arma con que otros destruyen y aniquilan”¹².

Cuando su modesto medio de comunicación cumplió un año de haber salido a la luz, el Padre Parra escribía: “En el cumplimiento de su visión, ella es portadora de la palabra del Evangelio; ella avisa, amonesta, previene; ella mantiene a todos alerta a los programas, iniciativas y empresas de la Parroquia; es el lazo de unión más seguro entre el Párroco y sus fieles”¹³.

Quienes han estudiado la personalidad del Padre Parra coinciden en afirmar que su estilo periodístico, acorde con su modo de ser era frontal y sin vacilaciones. Criticaba lo que creía debía hacerse, siempre utilizando la verdad y la valentía en su defensa, lo cual a menudo le creaba enfrentamientos y oposiciones de los sectores denunciados, e incluso con un sector de la jerarquía eclesiástica.

Así, a raíz de lo publicado en “Siembra” del primer domingo de Enero de 1954, en el cual exponía comentario sobre los Ejercicios Espirituales del Clero de la Diócesis, y que el Obispo Auxiliar de Maracaibo Mons. José Rincón Bonilla (1951-1956) consideró que constituía una crítica a la autoridad eclesiástica, se le prohibió seguir publicando la hoja parroquial, a lo que el párroco acató en cumplimiento de su precepto de obediencia.

Mariano Parra León ha podido ser un sacerdote polémico, de posiciones claras y de verbo sin dobleces, pero jamás podrá decirse que fue un cura rebelde con tendencia a la libertad en su forma de actuar, que es libertinaje cuando se aparta de los deberes contraídos con su sacra misión. Al contrario, desde Mons. Marcos Sergio Godoy, quien lo ordenó de sacerdote en 1933, pasando por los siguientes Obispos del Zulia y de Maracaibo, Mons. José Rincón Bonilla y Mons. José Alí Lebrún (Auxiliares), Mons. José Rafael Pulido Méndez y Mons. Domingo Roa Pérez, a todos demostró siempre su deber de obediencia

y sumisión con humildad y apego a las normativas religiosas, como bien lo sostienen sus biógrafos.

Todo cuanto demostró en su larga vida sacerdotal queda expresado en estas reflexiones escritas por él años después, en 1963: “El Obispo no es un funcionario público más a quien democráticamente, los sacerdotes y fieles pueden discutir sus decisiones, porque el Obispo es el pastor legítimo y único en su propia Diócesis; la organiza según su apostólico criterio y la gobierna con autoridad propia, no recibida de los católicos, ni siquiera de los sacerdotes, sino del mismo Jesucristo, y el Obispo no tiene por qué rendir cuentas democráticas a nadie, ni siquiera a los sacerdotes, sino únicamente al Romano Pontífice, con quien debe mantener la unidad más estrecha y decidida”.

Continúa: “Como maestro, el Obispo en su Diócesis es la suprema autoridad que declara con toda potestad, si la enseñanza es verdadera o falsa, y a él corresponde vigilar la predicación de los sacerdotes, la enseñanza en los colegios y escuelas y las publicaciones de libros y de prensa que se relacionen con el dogma o la moral e imponer penas a quienes falten a las leyes de la Iglesia... Los párrocos administran sus parroquias no en nombre propio, sino en nombre y por autoridad del Obispo, quien puede removerlos, destituirlos, cambiarlos, de acuerdo con las taxativas disposiciones del Código de Derecho Canónico”¹⁴.

Estas verdades no pudo descubrirlas Parra León en 1963 cuando las escribe. Fueron una constante en su formación y actuación sacerdotal, y sirviéndole de basamento, acató la disposición del Auxiliar Rincón Bonilla, aunque no la compartiera ni le encontrara justificación. Según información periodística de la época, al ser entrevistado para recoger su opinión sobre la prohibición de continuar publicando “Siembra”, solo responde: “Que sea lo que Dios quiera”.

Tres años permaneció “Siembra” en silencio. En 1957, el nuevo Obispo Auxiliar de Maracaibo, Mons. José Alí Lebrún como Vicario General autoriza su salida de nuevo, y entonces Parra León escribe en el primer número de su reapertura: “Después de tres años de obligado silencio, vuelve hoy “Siembra” a reanudar el diálogo con los

feligreses y amigos de la parroquia de Santa Bárbara, no para sembrar odios, como tan injustamente fue acusada en la oportunidad de su supresión, sino sencillamente para seguir sirviendo de “púlpito de papel” del párroco y poder construir, educar y forjar voluntades con la misma poderosa arma con que otros las destruyen y aniquilan” (...) “Vuelve Siembra a la carga, a la brega, no circulará todos los domingos, sino simplemente dos veces al mes, porque la verdadera y única razón de esta segunda quijotesca salida es la urgencia de una propaganda fácil de llegar a todas partes, entradora en todos los rincones de la parroquia, que caiga en muchas manos y sea leída por el mayor número posible de personas, en pro de la reconstrucción de los techos de nuestra Iglesia Parroquial”¹⁵

El 21 de Octubre de 1957, la iglesia zuliana se cubre de luto al fallecer el Obispo de la Diócesis Mons. Marcos Sergio Godoy, luego de 37 años de extraordinaria labor episcopal en la región, pues había asumido la misma el 5 de Julio de 1920 como III Obispo del Zulia. Dos días después es sepultado luego de las honras fúnebres en el Presbiterio de la S. I. Catedral de Maracaibo.

Mons. Lebrún, Obispo Auxiliar, es designado Administrador Apostólico por Sede Vacante, hasta el 21 de Junio de 1958 cuando el Papa Pío XII lo designa I Obispo de la recién erigida Diócesis de Maracay.

Mons. Lebrún, durante el tiempo que permaneció en la Diócesis de Maracaibo “supo apreciar las cualidades sobresalientes del entonces Padre Parra León, quien ejercía el curato de almas en la Parroquia de Santa Bárbara” (1952 - 1967), y en donde correspondió al Auxiliar el 1º de Diciembre de 1957 bendecir solemnemente e inaugurar los trabajos de reconstrucción del templo parroquial de la Inmaculada Concepción que había realizado el Padre Parra como párroco”¹⁶.

En su hoja “Siembra” N° 120 de fecha 01-12-57, el párroco escribe: “Hace un año prometimos para las festividades de Diciembre de este año la reconstrucción de los techos de la Iglesia en la que es venerada la preciosa imagen de la Inmaculada, y ha sido tan poderosa su intercesión ante su Divino Hijo que nos sentimos en verdad

abrumados por las bondades con que Dios ha premiado la fe de esta parroquia y la confianza que todos depositamos en Él cuando nos lanzamos de lleno a la obra de la reconstrucción de este Templo¹⁷.

1958

En Febrero, se efectuó la Consagración del reconstruido templo, y en esa oportunidad, el Padre Parra escribe en "Siembra" N° 125 del 26-01-1958: "Como un homenaje a la Inmaculada Concepción, Patrona de esta Parroquia en el primer centenario de su aparición en Lourdes a Santa Bernardita (1858-1958), el Excmo. Sr. Administrador Apostólico Doctor José Alí Lebrún Moratinos, ha querido consagrar este templo de Santa Bárbara con el solemnísimos y severo rito que tiene establecida la Iglesia en su Liturgia, y ha escogido el mismo Excmo. Prelado los días viernes 7 y sábado 8 del próximo Febrero, para llevar a la realidad sus piadosos anhelos, una vez que ha sido reconstruida totalmente esta Iglesia y bendecida por el mismo el domingo 1º de Diciembre del año próximo pasado ..."

Para estos años, "ya el Padre Parra se había destacado en el ministerio sacerdotal en los anteriores y diferentes cargos, además de ser reconocido como orador elocuente y como periodista polémico en el diario "la Columna", del cual había sido su Director durante varios años en una época política turbulenta. Fue entonces el gran defensor de la Iglesia, de la fe, de la moral, de la justicia social, de la educación católica; labor que continuaba en su parroquia con su publicación semanal "Siembra" porque consideraba que "la gran fuerza de este siglo está, sin duda alguna, en el papel"¹⁸.

El 1º de Mayo de 1957, el Arzobispo de Caracas Mons. Rafael Arias Blanco había publicado su famosa "Carta Pastoral", la cual contribuyó a acrecentar la ya indetenible oposición al gobierno dictatorial de Marcos Pérez Jiménez.

El 26 de Junio de 1958, S. S. Pío XII designa como nuevo Obispo de Maracaibo a Mons. José Rafael Pulido Méndez, quien arriba a Zulía para tomar posesión de su cargo el 15 de Noviembre.



El Padre Parra León en los años de 1960

En este mismo año se establece la Conferencia Episcopal Venezolana con la finalidad de agrupar a las autoridades eclesiales del país para tratar los problemas comunes de la iglesia y fomentar el progreso y la coordinación de las actividades católicas.

El 9 de Octubre fallece el Gran Pontífice S. S. Pío XII. En el cónclave convocado para elegir a su sucesor, es designado el Cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, Patriarca de Venecia como nuevo Papa, quien toma el nombre de Juan XXIII, e inicia uno de los períodos históricamente más importantes para la Iglesia contemporánea, a pesar

de su corto pontificado de cuatro años.

El 1º de Noviembre se despide Mons. Lebrún de Maracaibo luego de un fecundo y enaltecedor trabajo como Auxiliar, Vicario General y Administrador Apostólico.

En la toma de posesión del nuevo Obispo de Maracaibo Mons. José Rafael Pulido Méndez, el 15 de Noviembre, corresponde al Pbro. Mons. Parra León, Canónigo Magistral de la Catedral y Párroco de Santa Bárbara, pronunciar el discurso de salutación en nombre del clero de la Diócesis.

1959

El 30 de Septiembre, en un terrible accidente de tránsito en la carretera hacia el oriente venezolano, perecen el Arzobispo de Caracas Mons. Rafael Arias Blanco, y el Obispo de Barcelona Mons. Humberto Papparoni.

En este mismo mes, el Obispo Pulido Méndez designa al Padre Parra León como Provisor o Juez Eclesiástico de la Diócesis.

1960

En Enero de este año, a solicitud de la Diócesis, S. S. Juan XXIII le confiere al Pbro. Parra León el título honorífico de Camarero Secreto Super numerario de Su Santidad y como tal, se le otorga la dignidad de Monseñor pasando a formar parte de la familia pontificia.

El 31 de Agosto de 1960, la Santa Sede designa a Mons. José Humberto Quintero Parra (1902 - 1984), quien se desempeñaba como Arzobispo de Mérida, para ocupar el Arzobispado de Caracas.

Durante el episcopado de Mons. Pulido Méndez, el Padre Parra León continuó activo en la parroquia de Santa Bárbara y como Canónigo Magistral en Catedral. . .

El 6 de Enero de 1960, en la Iglesia de Nuestra Señora de Alta-gracia en Los Puertos, el Obispo de Maracaibo Mons. Pulido Méndez ingresa al orden de los Presbíteros al joven diácono mirandino Medardo Luís Luzardo Romero, quien el día 10, en la misma Iglesia celebra su primera Misa rodeado de su pueblo natal. Allí estuvo presente acompañando a su joven paisano Mons. Parra León.

El 2 de Julio Juan XXIII publica su Carta Apostólica “Inde a Primis” sobre el fomento a la devoción de la Preciosísima Sangre de Cristo y la redención.

1961

El 16 de Enero se produce un importante cambio en la Diócesis de Maracaibo. Mons. José Rafael Pulido Méndez es trasladado a la Arquidiócesis de Mérida como Obispo Coadjutor con derecho a sucesión del titular, el ya anciano y venerable Arzobispo Mons. Acacio Chacón.

A comienzos de 1961, S. S. Juan XXIII eleva a la dignidad de Cardenal al Arzobispo de Caracas Mons. Dr. José Humberto Quintero, constituyéndose en el primer prelado venezolano en alcanzar tan alta distinción eclesiástica.

El 15 de Mayo el Papa Juan XXIII promulga su conocida encíclica “Mater et Magistra”, en la cual recoge ideas de León XIII en la “Rerum Novarum” y de Pío XI en la “Cuadragésimo Anno” y trata sobre la ética social y la aplicación de la ley natural a la comunidad internacional.

El 11 de Marzo de 1961, asume como V Obispo de la Diócesis de Maracaibo Mons. Dr. Domingo Roa Pérez, quien venía de ejercer como Obispo de Calabozo en el Estado Guárico.

El 25 de Diciembre, S. S. Juan XXIII, a través de la Constitución Apostólica “Humanae Salutis” toma la histórica decisión de convocar el Concilio Ecuménico Vaticano II, concebido con orientación pastoral para ordenar y adecuar la vida estructural y apostólica de la iglesia a las necesidades del mundo contemporáneo.

1962

El 11 de Octubre de 1962, Juan XXIII instala el Concilio Ecuménico Vaticano II en la Basílica de San Pedro en El Vaticano.

En este mismo mes designado el joven sacerdote Pbro. Fernando Inciarte Medina como Canciller Secretario de la Diócesis de Maracaibo y Vicario Cooperador de la Parroquia de Santa Bárbara, en la cual trabajará al lado del Padre Parra León. El Padre Inciarte ocupará en 1964 el curato de Nuestra Señora de Altagracia.

1963

El 11 de Abril, S. S. Juan XXIII promulga su última Encíclica: “Pacem in Terris” sobre la paz de todos los pueblos que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

El 3 de Junio de 1963, fallece en Roma a la edad de 82 años el Gran Papa Juan XXIII dejando inconclusa su máxima obra, el Concilio Ecuménico que abrió las puertas de la Iglesia a los tiempos actuales. El 21 del mismo mes, el Cardenal Giovanni Baptista Montini, Arzobispo de Milán, es electo nuevo Pontífice tomando el nombre de Pablo VI, y quien el 27 del mismo mes convoca la continuación de la magna asamblea de la iglesia católica.



El Padre Parra recibe a Mons. Pulido Méndez a su arribo al Zulía como nuevo Obispo de Maracaibo en 1958.

El 10 de Junio la Diócesis de Maracaibo rinde homenaje a la memoria del fallecido Pontífice en la Iglesia Catedral de Maracaibo, en cuya eucaristía corresponde a Mons. Mariano Parra León pronunciar el "Elogio Fúnebre" a su memoria, tratando con gran profundidad la extraordinaria obra de Juan XXIII en su corto reinado, haciendo énfasis en el Concilio Ecuménico. En el análisis de la obra del Santo Padre fallecido, expresa:

"Y no era para menos, señores, que el tema de sus últimos coloquios con su Dios antes de despedirse hacia la eternidad, fuera el del Concilio Ecuménico porque en esa magna asamblea había puesto el Papa y con él toda la humanidad las esperanzas más serenas y jubilosas de unidad cristiana y de paz para la tierra convulsionada por los odios entre las naciones, los gobernantes y los pueblos. Porque el Papa esperaba del Concilio que la Iglesia Católica se fortificase en su fe y

se contemplase en su propia admirable unidad, y diese eficiencia a su sana vitalidad promoviendo la santidad de sus miembros, la difusión de la verdad revelada y la consolidación de sus estructuras" (...) "Será ésta –decía el propio Papa Juan XXIII en la Constitución Apostólica Humanae Salutis del 25 de Diciembre de 1961- una demostración de la Iglesia siempre viva y siempre joven, que percibe el ritmo del tiempo, que en todos los siglos se va adornando con nuevo esplendor, que brilla con nuevas luces, que realiza nuevas conquistas aun permaneciendo siempre idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa sobre su rostro por el esposo que la ama y la protege" (...) " Al hablar del Papa Juan XXIII necesariamente debemos referirnos a las dos Encíclicas, "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris", como a los monumentos más duraderos por lo granítico de su doctrina y de sus orientaciones, que tuvieron impacto mundial como documentos básicos, imprescindibles como fuentes de orientación para la humanidad actual y del futuro, en la recia labor de las consultas sociales en que se hallan empeñados todos los hombres de buena voluntad para hacer de este mundo un verdadero mundo mejor"¹⁹.

Documentos como al que pertenecen los anteriores fragmentos, son dignos de su lectura y análisis, pues en ellos se comprueba la intensidad conceptual y el sabio razonamiento que distinguían a Parra León en cada una de sus intervenciones, tanto en el campo eclesial como público.

1964

Regresando a la cronología seguida, el 1º de Junio de 1964, el Pbro. Lisandro Puche García hace entrega de su parroquia natal, Nuestra Señora de Altigracia, luego de 21 años de intenso y piadoso trabajo, a los Pbro. Fernando Inciarte Medina como Párroco y Vicario y Luís Raúl Sandoval como Cooperador. El Padre Puche asume responsabilidades en Maracaibo como Capellán de la Cárcel Nacional y Capellán de las "Siervas del Santísimo" en el Colegio "La Epifanía" de la misma capital zuliana.

El 22 de Diciembre, el Obispo de Maracaibo, Mons. Roa Pérez, designa al Pbro. Mons. Mariano Parra León como Vicario General

de la Diócesis para compartir esas responsabilidades en el gobierno eclesiástico de la región con el también Mons. Olegario Villalobos, y permaneciendo como Párroco de Santa Bárbara.

Para estos momentos, la Diócesis de Maracaibo tenía una extensión geográfica considerable, y el crecimiento poblacional de la costa oriental del lago, convertida ya en una poderosa sub región ameritaba soluciones que garantizaran la debida atención del Obispo.

1965

Por ello, S. S. Pablo VI, por Bula Papal del 23 de Julio de 1965 divide la Diócesis de Maracaibo, y se erige la Diócesis de Cabimas, la cual comprendería los Distritos Miranda, Bolívar y Baralt de la costa oriental y Sucre en el sur del lago, designando como I Obispo de la misma a Mons. Dr. Constantino Maradei Donato, quien la dirigirá hasta 1969.

El 28 de Julio fallece en Maracaibo el eminente y bondadoso Dr. Edward Gabriel, conocido como “El Negrito de la Estacada”, organista oficial de la Iglesia de Nuestra Señora de Altigracia desde 1933, fecha desde la cual acompañó a todos los párrocos que la dirigieron hasta su fallecimiento. Su cuerpo fue trasladado a Los Puertos de Altigracia para su velación y sepelio. Mons. Parra León participó en las exequias acompañado de los Pbro. Fernando Inciarte, Lisandro Puche y Medardo Luzardo.

El 16 de Agosto, el Pbro. Roberto Lückert León es designado Vicario Cooperador de Santa Bárbara, para colaborar y compartir responsabilidades con Mons. Parra León.

El 3 de Septiembre Pablo VI publica la Encíclica “Mysterium Fidei” que trata sobre la doctrina y el culto de la Sagrada Eucaristía, exponiendo el carácter sacrificial de la misa y reafirmando la doctrina de la transustanciación. A partir de este momento, comienzan a aplicarse las reformas introducidas por el Concilio Ecuménico Vaticano II, oficiándose la eucaristía en el idioma natural de cada país y no en latín y con el sacerdote oficiando de frente al pueblo, además de muchas reformas más que modificaron la forma de los diferentes cultos y liturgias de la iglesia católica.



Iglesia de Santa Bárbara el día de la consagración episcopal.

El 8 de Diciembre de este año de 1965, Pablo VI clausura el histórico Concilio iniciado por su antecesor Juan XXIII.

1966

El 30 de Abril, por decisión de S. S. Pablo VI, la Diócesis de Maracaibo es elevada a Arquidiócesis, confirmando a su Ordinario, Mons. Domingo Roa Pérez, ahora como su I Arzobispo.

Antes de finalizar el año, el Vaticano publica la preconización de Mons. Mariano Parra León como III Obispo de la Diócesis de Cumaná y Margarita, llenando al Zulia de un legítimo gozo y agradecimiento a Dios, por ver alcanzar la plenitud del sacerdocio a uno de sus más brillantes y esclarecidos hijos.

El 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, en su templo de Santa Bárbara, Mons. Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo impone el “solideo” a Mons. Parra León.

26 de Diciembre: Los Puertos de Altagracia celebran su fiesta patronal. La noticia de la elevación de Mons. Parra León al episcopado, había causado igualmente gran felicidad desde que se conoció la misma. Ya culminaba el año, y Mons. Parra León asiste como tradicionalmente lo hacía desde muchos años atrás a la Eucaristía Solemne de Nuestra Señora de Altagracia. El pueblo lo recibe con alborozo y oficia acompañando al Obispo de Cabimas Mons. Constantino Maradei. Al finalizar la liturgia se realizó una sesión solemne del Concejo Municipal del Distrito Miranda en honor del nuevo Obispo nacido en Los Puertos, lo que confirmaba el título de “Villa Levítica del Zulia a esta población. Mons. Maradei pronuncia unas inolvidables e improvisadas palabras en esta sesión, en la cual simboliza cristianamente a la luz de las escrituras los nombres del sacerdote altagraciano hecho Obispo. Así, va desglosando el significado de cada uno de sus nombres y apellidos y el simbolismo relacionado con las nuevas tareas que Dios le impone; Mariano, Parra y León distinguen como conceptos a este obrero de Dios. “**Mariano**” simbolizado en una vida dedicada a la devoción de María desde su infancia al haber nacido en un pueblo bendecido por la Madre de Dios y haberle servido en varias parroquias en las cuales acrecentó la devoción a la Virgen, Reina del Cielo y de la Tierra y dulce madre e intercesora de la humanidad; “**Parra**” como símbolo de la fructificación y de la fertilidad, en el trabajo constante, sembrando y recogiendo frutos; y el “**León**” como símbolo y ejemplo de valentía, dignidad y nobleza en cada uno de sus actos. Recordamos solo a grandes rasgos aquellas palabras y lamentamos que las mismas no hubiesen sido recogidas para su permanencia en el tiempo y conocimiento de las generaciones actuales.

1967

El 22 de Enero de 1967, en la Iglesia en la que había trabajado durante tantos años, la Inmaculada Concepción de Santa Bárbara,

Mons. Mariano Parra León es consagrado Obispo por el Nuncio Apostólico de S. S. Mons. Luigi Dadaglio, acompañado como celebrantes, Mons. Domingo Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo y Mons. Alejandro Fernández Feo, Obispo de San Cristóbal, con la asistencia de varios Obispos de Venezuela, del clero zuliano y de su feligresía y de representantes de su lar nativo. La primera bendición del nuevo Obispo fue para su anciana madre, Doña María Nicasia León de Parra, presente en primera fila con los demás familiares, y en presencia de autoridades civiles y religiosas de diferentes regiones.

Al despedirse de su parroquia de Santa Bárbara, las manifestaciones de tristeza de sus fieles y el reconocimiento unánime a su labor fueron una constante: "La obra parroquial del Padre Parra León fue notable. Fiel a la tradición mariana, siguió los pasos de sus antecesores para darle el mayor esplendor al culto dirigido a la Santísima Virgen María, tanto en la celebración del mes de Mayo como en todas las fiestas que en el calendario de la Iglesia se dedican a algunas de sus advocaciones; pero, particularmente en la festividad patronal del 8 de Diciembre, Día de la Inmaculada Concepción"²⁰.

El 18 de Febrero siguiente parte hacia Cumaná por el viejo aeropuerto de Grano de Oro en Maracaibo. Antes de subir al avión, se inclinó y besó el suelo zuliano al cual amó siempre entrañablemente hasta el final de su vida, sirviéndole con devoción y desprendimiento. Ese mismo día asumió la Diócesis de Cumaná, para sustituir a Mons. Crisanto Mata Cova, quien fuera transferido como Arzobispo de Ciudad Bolívar.

Comenzaba ahora para el esclarecido sacerdote altagraciano la etapa más importante de su vida en el servicio a Dios.

LA DIÓCESIS DE CUMANÁ Y MARGARITA

La Diócesis de Cumaná y Margarita fue creada por S. S. el Papa Pío XI por Bula "Ab Munus Ab Unigénito" de fecha 12 de Octubre de 1922. Antes de su erección formaba parte de la antigua Diócesis de Santo Tomás de Guayana con sede en Ciudad Bolívar, la cual abarcaba como jurisdicción eclesiástica todo el sur y oriente del país, pues a ella pertenecían los estados Nueva Esparta, Sucre, Anzoátegui, Monagas y Bolívar.

Al ser creada, se designa como su primer Obispo a Mons. Dr. Sixto Sosa Díaz, quien se desempeñaba como Obispo de la ya nombrada Diócesis de Santo Tomás de Guayana desde 1917, aunque desde 1915 ejerció en ella como Administrador Apostólico y desde el 31 de Octubre de dicho año sería consagrado Obispo Auxiliar del anciano titular Mons. Antonio María Durán, a quien sucedió a su muerte en 1917.

Falta esta imagen no esta en la carpeta

Mons. Sixto Sosa Díaz, nacido en El Tinaco, estado Cojedes el 20 de Octubre de 1870, es reconocido como un gran pastor, de magna y laudable obra en el episcopado venezolano; hombre de preclara inteligencia, dotado de una gran sencillez y de un acendrado amor por los pobres y por los ancianos, y quien dejara una excelsa obra que aún hoy perdura en el recuerdo de todo el oriente y sur de Venezuela, hasta el punto de calificarlo como un “Santo Obispo”.

Por considerarlo de interés, hacemos alguna referencia a su persona y obra, pues este notable hombre de Dios fue guiado y protegido por el Obispo de Calabozo Mons. Felipe Nery Sendrea, nativo de Los Puertos de Altigracia, quien antes de su elevación al Episcopado ocupaba la Rectoría del Seminario Josefino de Calabozo, precisamente cuando el 2 de Junio de 1887 ingresa al mismo el joven Sosa Díaz, recordando alguna vez ya Obispo, que “el Dr. Felipe Nery Sendrea desde el principio me distinguió con su cariño y benevolencia”.

Fallecido el 2 de Julio de 1888 el I Obispo de Calabozo, Mons. José Salustiano Crespo, el 5 de Septiembre de 1891, S. S. León XIII designa a Nery Sendrea como II Obispo de Calabozo, comenzando como pastor una inmensa obra en aquellos lares de los llanos centrales de Venezuela. El 21 de Diciembre de 1892, Sixto Sosa es ordenado sacerdote en la Catedral de Calabozo por el Obispo Sendrea, a cuyo lado trabajará durante varios años en dicha Diócesis. Fue Cura párroco de San Juan Bautista del Pao (Cojedes) y de la Catedral Calabozeña, habiendo desempeñado además diversos cargos eclesiásticos como, Secretario del Cabildo de Calabozo, Maestro de Ceremonias de Catedral, Canónico Lectoral de la misma Catedral, Vicerrector del Seminario Josefino. En 1896 obtiene el título de Doctor.

En 1903 había comenzado en la Parroquia de Altigracia de Orituco su más importante labor en estos años, pues crea el Hospital “San Antonio” y con la aprobación de Mons. Sendrea funda la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Altigracia, que con el correr del tiempo se convertiría en la Congregación de Hermanas Carmelitas de Venezuela, la cual inició al lado de Sor Susana Paz Castillo, quien tomaría el nombre de Hermana Candelaria de San José, hoy Beata venezolana.

Le costó trabajo al Obispo Felipe Nery Sendrea el desprenderse de su aventajado alumno y colaborador Pbro. Sixto Sosa, al ser éste designado Obispo como Auxiliar en Santo Tomás de Guayana, hacia donde partió para comenzar una nueva y extensa tarea como pastor de la iglesia católica.

Como I Obispo de Cumaná y Margarita, se desempeñó durante veinte años haciendo honor a la mitra y el báculo, hasta su deceso en Caracas el 29 de Mayo de 1943. Su cuerpo fue llevado a la Catedral de Cumaná, siendo sepultado en el Presbiterio de la misma en la cual reposa desde entonces.

A su muerte fue designado como II Obispo de Cumaná uno de sus más dilectos alumnos, Mons. Crisanto Mata Cova, quien tomó posesión de la misma el 19 de Noviembre de 1949, dirigiéndola hasta ser preconizado II Arzobispo de Ciudad Bolívar el 30 de Abril de 1966.

Éste igualmente gran pastor de nuestra iglesia católica, es quien hace entrega a Mons. Mariano Parra León de la Diócesis de Cumaná y Margarita como su III Obispo el 18 de Febrero de 1967, y como cosa curiosa, puede observarse que entregó la Diócesis de Cumaná a un nativo de los Puertos de Altagracia, y años más tarde, el 5 de Agosto de 1986 haría entrega de la Arquidiócesis de Ciudad Bolívar a Mons. Medardo Luzardo Romero, igualmente hijo de Los Puertos como su III Arzobispo.



Mons. Parra León acompañado por el pueblo hasta Santa Bárbara para su consagración.

III OBISPO DE CUMANÁ Y MARGARITA

1967-1986

El sábado 18 de Febrero de 1967, Mons. Mariano Parra León arriba a la capital sucrense para tomar posesión de la extensa Diócesis de Cumaná y Margarita, siendo recibido con emotivas muestras de júbilo por parte de las autoridades regionales, el clero y el pueblo católico de su jurisdicción eclesiástica.

De inmediato comenzó su labor pastoral, e inició un recorrido de visitas por los distintos Distritos de entonces y por diversas poblaciones de los Estados Sucre y Nueva Esparta, a fin de iniciar el contacto con sus autoridades, instituciones y pobladores, y obtener una visión completa de las necesidades y problemas de la jurisdicción eclesiástica que se le había confiado.

Culminada esta visita, el 30 de Abril siguiente se dirige mediante una Pastoral al “Venerable Colegio de Consultores, a los Venerables Párrocos y Sacerdotes, a los Movimientos de Apostolado Seglar y a todos los diocesanos”, en la cual detalla los resultados de este rápido recorrido por su Diócesis y el diagnóstico que obtuvo de ella. Entre otras cosas les expresa: “Nos habíamos tardado un poco en dirigiros nuestra Primera Carta Pastoral, porque queríamos que ella se concretara en algo real que resultara de nuestras experiencias vividas en la Diócesis y no como hija de las ilusiones y entusiasmos nacidos al calor de las clamorosas recepciones de que nos hizo objeto la ciudad capital de la Diócesis, la Primogénita del Continente, al abrirnos sus brazos generosos para recibirnos en la tarde el próximo pasado sábado 18 de Febrero, ni mucho menos como fruto de las inolvidables manifestaciones de aprecio y cariño con que el Clero, las Autoridades y el pueblo todo nos ofrecieran espontáneamente en esa tarde memorable y en los días que siguieron a la toma de posesión.



Acto de postración durante la consagración episcopal (22-01.1966)

Por eso emprendimos una visita rápida, en primer lugar a la isla que guarda el tesoro inapreciable de los orientales, la Santísima Virgen del Valle, Patrona de esta Diócesis; y luego a los pueblos que forman la Península de Paria, a los del Distrito Montes, y, de paso, a los del Distrito Ribero y Mejía, para formarnos una visión, aunque muy general, de la Diócesis que Dios había puesto en nuestras manos, delinear en nuestra mente una vívida geografía de los pueblos que la forman y poder trazarnos, más o menos, un plan de nuestras primeras actividades en orden a cumplir con la misión que el Señor nos ha confiado”²¹.

Así comenzaba su labor en tierras orientales; palpando directamente la realidad cristiana y social de tantas comunidades que a partir de entonces debía pastorear como apóstol de Cristo.

Su principal preocupación luego de aquella visita fue el comprobar la pobreza de tantos pueblos y la escasez de sacerdotes para atender espiritualmente tan vasta región. El mismo expresaba que se llenó de “angustias infinitas” por no poder satisfacer en corto plazo

tal necesidad, pues apenas contaba con treinta y ocho sacerdotes, de los cuales solo nueve eran venezolanos, para atender una población de quinientas cincuenta mil almas. Ello lo llevó a afirmar que su primera preocupación sería la pastoral vocacional.

Tuvo plena conciencia de que la solución era ponerse a trabajar y luchar pidiendo el concurso de todos, comprometiendo a todos los sectores cristianos en el impostergable trabajo por las vocaciones sacerdotales y por la relevancia del Seminario, siguiendo lo establecido por el Concilio Vaticano II: "El deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que debe procurarlo ante todo, con una labor totalmente cristiana"

Monseñor Parra León adelantó gestiones para la erección de la Diócesis de Margarita con jurisdicción en el Estado Nueva Esparta a fin de lograr una mejor efectividad en la labor pastoral en aquella región. Así, el 18 de Julio se crea dicha Diócesis y se designa como su primer Obispo a Mons. Francisco de Guruceaga Iturriza.

Sus esfuerzos por las vocaciones sacerdotales fueron dando frutos. Para 1977 ya contaba con veinte alumnos en el Seminario Menor San José de Cumaná y tres estudiando la última fase en el Seminario Mayor de Bogotá, los cuales fueron en aumento los siguientes años.

Nunca dejó de predicar sobre la necesidad de luchar por las vocaciones sacerdotales, lo que se convirtió en preocupación esencial de su episcopado.

Como un resumen de su inmensa obra pastoral en aquella región del sur, mencionamos párrafos dedicados al término de su labor por un diario de circulación en Sucre a manera de Editorial:

"Queremos ahora agradecer a Mons. Parra León porque a lo largo de estos veinte años ha constituido para vastos sectores de la Iglesia y de la sociedad venezolana y sobre todo para el pueblo creyente y oprimido, un símbolo, un estímulo y un baluarte. Como cristianos venezolanos nos hemos sentido orgullosos de él. Y pensamos sobre todo que Dios, a quien tiene que dar cuentas y por quien ha trabajado, estará satisfecho del desempeño del servicio que le encomendó".

Mons. Parra León, tercer Obispo de Cumaná se percató enseguida de que no había llegado a la “tierra de gracia” que visionara Colón. Él no miró paisajes sino personas y por eso concluyó que el Estado Sucre era un infierno de injusticia, abandono y deterioro. Porque se atrevió a ver de frente la opresión y a nombrar por sus cargos a los opresores, se encontró con la oposición durísima y lo que es peor, con una cortina de denso silencio y resentido desprecio. El Obispo de Cumaná tuvo la entereza de vivir en la sociedad hostil de la mayor parte de las fuerzas vivas de la región y del país.

Pero sintió el consuelo de la cercanía del pueblo y a él se entregó. Recorrió incansablemente ciudades, pueblos y caseríos, por carreteras, por trochas, por lancha, reuniéndose con la gente, repartiendo como Jesús la palabra de vida y su apoyo personal. Él no vivió su ministerio de un modo dicotomizado como lo relativo al alma, al templo, a lo sacral, a la otra vida. Predicó y vivió el evangelio de la liberación integral. Y esto no lo hizo de un modo personalista y caudillesco. Apoyó en todo momento a sacerdotes, religiosas, seminaristas y grupos seculares cuando, a causa de esta “opción solidaria y profética por los pobres” (Puebla) se encontraron en conflictos, a veces graves, con poderosos y hasta con las fuerzas policiales.

La Diócesis, pobre en todo, se resentía también de escasez crónica de agentes pastorales a causa de la dureza de esas soledades y de tanta penuria. Monseñor buscó como pudo sacerdotes y religiosas; pero lo hizo no prometiendo una situación de privilegio y excepción en medio de la pobreza ambiental sino invitando abiertamente al heroísmo de la existencia apostólica y reglamentando la administración sacramental de modo que por una parte se venciera la tentación de explotar al pueblo y por otra se liberara tiempo y energía para la evangelización...

“Pero sabiendo que las normas sin espiritualidad y formación permanente son letra muerta y fuente más bien de amargura, propició con esmero Ejercicios Espirituales, retiros y cursos periódicos para el clero y demás agentes pastorales. Hemos sido testigos del ambiente de búsqueda sincera, estudiosa atención y fraternidad cristiana de estas reuniones diocesanas...”²².

Sabemos de la inmensa obra cumplida por Mons. Parra León durante veinte años de episcopado en el Estado Sucre. Hubiéramos querido ofrecer datos objetivos precisos sobre algunos aspectos de su administración como Obispo de Cumaná, pero no fue posible obtener los mismos a pesar de los esfuerzos que hicimos por obtener dicha información.

La sinceridad con la que se expresaba Mariano Parra y que le era reconocida, trasluce en sus escritos la satisfacción por la obra cumplida y que estaba en paz con Dios y consigo mismo.

En la Navidad de 1985 se dirige a los habitantes del Estado Sucre con estas palabras: “En las postrimerías de mi actuación pastoral en esta Diócesis, en vísperas, puede decirse, de renunciar a ella por mandato expreso del Canon 401 del Código de Derecho Canónico en vigor, y por ser este el último mensaje de Navidad que dirijo a los católicos del Estado Sucre, me complazco en expresarles mis sentimientos de agradecimiento y gratitud por los diecinueve años que me ha correspondido gobernar esta Diócesis, y por los diecinueve años que me ha tocado vivir en ella, he gozado de alegría espiritual en medio de las mil dificultades encontradas en el desempeño de mi ministerio episcopal.

Hoy estamos en la Navidad de este último año de mi permanencia en Cumaná. Y, como todos los años, quiero aprovechar esta oportunidad para enviar mi mensaje navideño a todos los sucrenses. Y será breve este mensaje, como todos los mensajes de despedida...” “...Con gusto ciertamente me quedaría en Sucre, donde he pasado los años más felices de mi vida, a pesar de las mil dificultades que he encontrado. Porque soy hombre de dificultades, de resistencias, de dar el frente a los problemas que puedan presentarse. Pero es ley escrita que a los setenta y cinco años de vida el Obispo debe poner a las órdenes del Papa la renuncia a su Diócesis, tenga los años que contare en ella...”²³.

Durante los años en que Mons. Parra León permaneció como miembro de la Conferencia Episcopal, llegó a ocupar altas responsabilidades en el seno de la misma, en la cual le fueron reconocidos altamente sus innegables méritos.



Acto de postración durante la consagración episcopal.

Monseñor trabajó en diferentes comisiones, tales como Liturgia, Arte y Música Sagrada, Presidente de la Comisión de Medios y Comunicación Social, miembro de la Comisión del Diaconado Permanente, Delegado Suplente ante la Comisión Episcopal Latinoamericana (CELAM), miembro de la Comisión Apostólica Seglar, Vicepresidente de Cáritas Venezolana, miembro de la Comisión

Pastoral de Migración y Turismo, miembro de la Comisión Central Permanente de la Conferencia Episcopal. Asimismo viajó varias veces al exterior como Delegado de la Conferencia a diversos eventos y reuniones de la iglesia latinoamericana y universal, al igual que a Roma en las visitas Ab Límnia al Santo Padre.

El 13 de Marzo de 1986, S. S. Juan Pablo II acepta la renuncia al cargo de Obispo de Cumaná de Mons. Parra León en razón de la edad, dando cumplimiento a las normas que en esta materia rigen a la Iglesia, por lo que el prelado zuliano regresa a su región a reunirse de nuevo con su pueblo y rodearse del afecto de sus conterráneos.

El 26 de Diciembre visita como todos los años su pueblo natal para participar en la Eucaristía Solemne de la Festividad de Nuestra Señora de Altagracia, acompañando al Obispo de Cabimas Mons. Marco Tulio Ramírez Roa. Es de hacer notar que Mons. Parra León, desde su posesión como Obispo de Cumaná nunca faltó a su cita anual del 26 de Diciembre en Los Puertos de Altagracia, e pesar de la distancia que nos separa desde el oriente venezolano. Asiste igualmente a la festividad de 1987.

El 24 de Octubre de 1988, Bicentenario del Natalicio del paladín zuliano Rafael Urdaneta, visita Los Puertos de Altagracia invitado por la Institución Mirandina para reinaugar y bendecir la sede de dicha asociación cívica, ubicada en su casa natal en la Plaza Miranda, Previamente participa en la sesión solemne de la Alcaldía y Concejo Municipal programada con motivo del bicentenario, pasando luego a los actos que realizaría la Institución Mirandina.

El 26 de Diciembre de este año de 1988, realizaría su última visita al pueblo que lo vio nacer en 1911. Oficia junto al Obispo de Cabimas, Mons. Roberto Lückert en la festividad de María de la Alta Gracia, dejando su postrer mensaje a sus conterráneos. En esos momentos, la Iglesia local presentaba un aspecto de inminente ruina. Algunas áreas de la misma estaban cerradas a los feligreses, pues parte del techo había cedido ante el deterioro de sus puntales, y en general, el cierre del templo era inminente. Antes de la bendición final de la Eucaristía insta a los mirandinos a unirse para salvar el templo de Nuestra Señora de Altagracia, mediante esta arenga:



Acto de imposición de los Evangelios durante la consagración episcopal.

“¿Es que van a dejar que se les caiga la Iglesia porque el gobierno no le mete la mano?” Terminada la Misa y ante la exigencia de Mons. Parra León, se convocó una reunión de emergencia en la cual participaron muchos hijos del pueblo, y conformándose una Junta que comenzó a trabajar por la restauración del templo, el cual en 1990 fue definitivamente cerrado para su total reconstrucción, cuyo aporte mayor fue proporcionado por la Alcaldía del Municipio Miranda. La Iglesia, totalmente reconstruida y restaurada fue reabierta en 1996.

1989

Un mes después, exactamente el 26 de Enero de 1989, en un lamentable accidente de tránsito en Maracaibo, culminaba la vida de Monseñor Mariano Parra León, el sacerdote integral, el ciudadano ejemplar, el extraordinario Obispo de nuestra iglesia, dejando para la posteridad uno de los legados más preciados, a través de sus enseñanzas basadas en sólidos principios y valores morales y cristianos.

El Zulia entero se puso de pie para despedirlo el 28 de dicho mes, cuando luego de una Eucaristía Solemne en la cual participaron varios Obispos de Venezuela y sacerdotes de toda la región, fue inhumado en el Presbiterio de la Catedral de Maracaibo, al lado de los Obispos Francisco Márvez y Marcos Sergio Godoy.

ORADOR SAGRADO Y PÚBLICO

Desde su ordenación sacerdotal, el Padre Parra León demostró amplias y reconocidas aptitudes para la oratoria sagrada. Meses después de alcanzar el presbiterado pronunció el Sermón de las 7 palabras durante la ceremonia del Viernes Santo de 1934 en la Catedral de Maracaibo, en la cual resaltó su verbo fluido y su capacidad para llegar al corazón de los fieles. Bien entendía que “no hay oratoria, sino verborrea sin sustancia en la charla insípida, ni siquiera en sus párrafos tersos y brillantes. Hay oratoria cuando el alma del que habla se proyecta al exterior y se anida en las almas de aquellos que lo atienden”²⁴.

Comulgaba el Padre Parra con la sentencia de San Pablo en su 1^a a los Corintios: “Aunque yo hablara el lenguaje de los ángeles, si no tuviere caridad, vendría a ser como la campana loca que suena en nuestros oídos, pero que no acierta en vuestros corazones”.

Con esas cualidades y con talento innato, tejía sobre el espectador su red haciéndolo partícipe de la obra espiritual que exponía y haciendo que se fundiera con ella. Si la oratoria es el arte de persuadir con la verdad, Parra León era un genio en el hablar, con cualidades de índole natural que hizo brillar aún más con el estudio y la práctica, y así, mediante la oratoria sagrada lograba la exaltación de la fe y la moral de la religión cristiana.

Mariano Parra León, fue además un hombre público que llegó a ocupar cargos de relieve en las administraciones legislativas y municipales, por lo que constantemente ocupaba la tribuna desde la cual dejó memorables discursos para la posteridad, dada la profundidad en el tratamiento de los temas y su reconocida calidad conceptual, lo que lo llevaba a decir las cosas con total claridad y a exponer los problemas que aquejaban a las clases humildes, haciendo escuchar su voz de protesta y reclamo en la búsqueda de las soluciones requeridas.

El mismo afirmaba: “Desde que comenzamos a escribir y hablar, a predicar y actuar, seguros de que todas nuestras ambiciones habían encontrado ya su culminación en el Sacerdocio, nos sentimos moralmente autorizados para no hipotecar nuestro pensar, sentir o decir, a trueque de crearnos simpatías, o de que nos llamasen humildes, buenos, cultos y prudentes”²⁵.

Sus homilías, pastorales, exhortaciones y reflexiones abarcan la mayor producción intelectual de Mons. Parra León por su misma condición de Sacerdote y Obispo, pero por considerarlo de interés, transcribimos más adelante dos extraordinarios discursos en la tribuna pública, pronunciados por el pastor zuliano en dos fechas de gran trascendencia para la región.

Mons. Parra León gozaba de una potente voz y una presencia imponente, lo cual unido a su natural elocuencia y perfecto manejo de las normas de la oratoria perfeccionadas a través del estudio, le ganaron el reconocimiento unánime como “gran orador”. Pronunciaba perfectamente las palabras con inmejorable dicción, balanceando perfectamente sus gestos con la entonación y las pausas, a lo que se unía el profundo conocimiento de los temas que trataba. A ello se agregaba su gran autoridad moral para plantear un discurso veraz, que en el plano moral estaba absolutamente acorde con los principios que condujeron su vida.

Los discursos públicos de Mons. Mariano Parra León incluían, además del propio tema que exponía verdades meridianas sobre la situación política, social y económica del país para la época. Denunciaba con gran autoridad los errores y desaciertos de los gobiernos, así como la situación de pobreza y abandono de los pueblos y comunidades más humildes; fustigaba el centralismo que asfixiaba a la provincia y exigía rectificación en el rumbo de las políticas aplicadas.

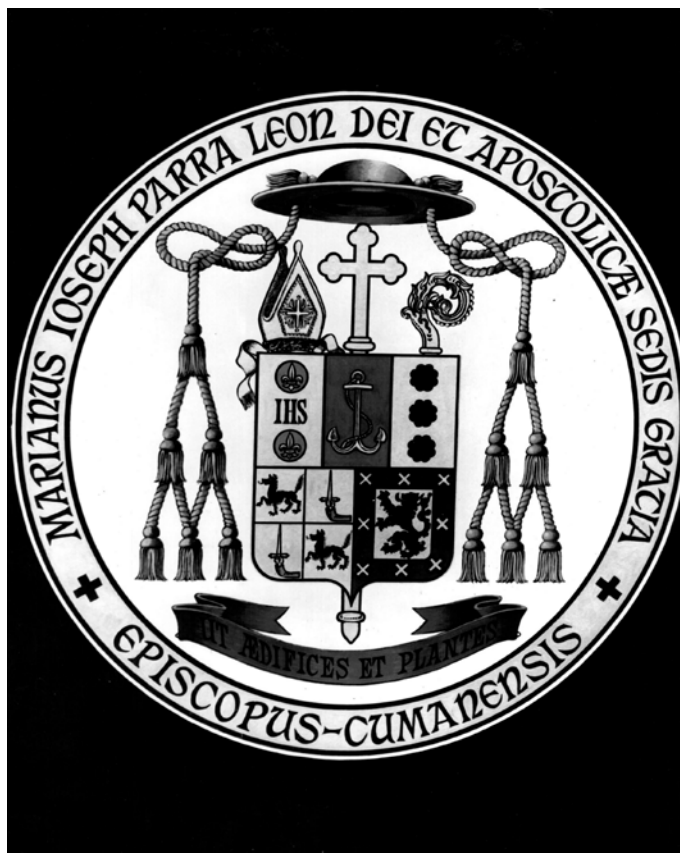
Mucho se equivocan quienes en el presente acusan a los Obispos venezolanos de silencio y complicidad con los gobiernos que hoy llaman equivocadamente de la IV República. La voz dejada escuchar por Parra León en aquellos años no era la única. Muchos Obispos reclamaban rectificaciones y desde la Asamblea o Conferencia Episcopal publicaban, al igual que como hoy lo hacen, memorables documentos

en defensa de los más humildes y necesitados exigiendo con respeto, el apego a los principios constitucionales relativos a los derechos de todos los venezolanos, cosa que en el presente no ha variado.

Como muy bien lo afirmaba el gran humanista altagraciano Adolfo Romero Luengo, “el Sacerdote no puede desmembrarse de la sociedad y, menos, marginarse de los problemas humanos. Por el contrario, ha de mantenerse en contacto permanente con los hombres y las cosas del mundo manteniéndose al mismo tiempo al día con la evolución de los tiempos, con las necesidades de los pueblos y compartir dolores y alegrías con la misma colectividad a la que sirve”⁽²⁶⁾

La anterior reflexión se aplica totalmente a lo que fue la actuación sacerdotal y pública de Parra León, quien no desaprovechaba la oportunidad de sus intervenciones públicas para plantear los problemas más comunes de la sociedad que le tocó vivir.

Transcribimos aquí dos de los más importantes discursos públicos de Parra León, el pronunciado en Maracaibo el 8 de Septiembre de 1969 con ocasión del cuatricentenario de la ciudad, y el que expuso en el Panteón Nacional el 24 de Octubre de 1981 con motivo del 133º Aniversario del natalicio de Rafael Urdaneta. En ambos podrá observarse el inconfundible estilo del prelado zuliano, el gran conocimiento de la historia, cultura y valores de su región y del país, y su consecuente e invariable posición ante los problemas nacionales.



Escudo Episcopal de Mons. Parra León.

MEMORABLES DISCURSOS PÚBLICOS

Discurso pronunciado por Mons. Mariano Parra León en cabildo abierto del Concejo Municipal de Maracaibo, con motivo de la conmemoración del cuatricentenario de la ciudad, el 8 de septiembre de 1969

Ciudadano Presidente y demás miembros del ilustre Concejo Municipal de Maracaibo y en ellos como representación auténtica y genuina del pueblo de Maracaibo a todos los presente.

Vengo peregrino de Oriente a esta mi inolvidable tierra, a cantar las glorias de la ciudad de Maracaibo, cuatro veces centenaria y a unirme a las palpitaciones cordiales de sus habitantes, que no quieren detenerse en el hecho histórico para revivir el pasado sino romper las barreras del futuro; ni mucho menos sentarse a llorar ante el muro de las lamentaciones por lo que no se ha hecho durante estos cuatrocientos años, sino arrancar de lleno con optimismo y esperanza en la obra de progreso que está reclamando esta ciudad, y tomar nuevos bríos para hacer honor al gentilicio regional y a la fama, no se si bien adquirida o mejor defendida, de nuestro regionalismo constructivo.

No pretendo yo penetrar en los misterios de la historia para dilucidar en este día si Maracaibo fue fundada en 1501 por Alonso de Ojeda con el nombre de Nueva Andalucía, ni si fue Ambrosio Alfínger en 1529 cuando el guerrero y aventurero alemán le dio el nombre de Villa de Maracaibo, despoblada seis años después por otro aventurero llamado Nicolás Federman, ni si le debemos a Alonso Pacheco la fundación en 1569 o el 20 de Enero de 1571, o entre Marzo y Agosto del mismo año, de la aldea que llamó Nueva Ciudad Rodrigo, caída tres años después ante el fiero empuje de los indios,

ni tampoco sostener que fue Pedro Maldonado en 1574 el verdadero fundador de esta ciudad que llamó Nueva Zamora de Maracaibo. No. No es esta la oportunidad ni mucho menos el lugar para dedicarme ahora en estos momentos a jugar con fechas y con nombres, porque lo importante es que los zulianos celebremos los cuatrocientos años de la fundación de nuestra ciudad capital en este 8 de Septiembre de 1969, sin precisiones matemáticas de ningún género para aprovechar el hecho real y auténtico de la fundación de la ciudad en orden a despertar el fervor patriótico de este pueblo, su característico empuje de progreso y a crear un estímulo que saque a Maracaibo del marasmo en que la tienen sumida tantos años de gobiernos rateros que no hicieron otra cosa que exprimir su subsuelo, para llenarse sus bolsillos y aventar los dineros públicos en obras infecundas, como no fuera en orgías y bacanales; a lograr que Maracaibo vuelva a ser la ciudad de hombres y mujeres emprendedores, entusiastas luchadores que sin presupuesto abultados y encima con la espada de Damocles de quedar convertida en “playa de pescadores”, se enfrentaban a los problemas con voluntad de hierro, para plasmar en realidad obras asistenciales, edificios públicos, iglesias, hospitales, como un reto a la mala voluntad con que siempre ha contado el Zulia por parte del poder central.

Es necesario y por supuesto, y a modo de revisión, volver los ojos ligeramente al pasado, para afincarnos en ansias de superación, en el futuro.

No hay duda de que fue en las aguas del Lago de Maracaibo, el 24 de Agosto de 1499, donde el Capitán Don Alonso de Ojeda, incorporó al acervo patrimonial de los venezolanos un factor de extraordinaria e insuperable ponderación geográfica, y, con el correr de los años, la más poderosa fuente de recursos de todo género con que cuenta la economía de la nación. Aquí, en las orillas de este lago, cuya toponimia tampoco pretendo investigar en esta oportunidad, ya que ha sido y seguirá siendo motivo de hermosas teorías e inspiración fecunda de poetas y cronistas. El Lago “clavado con los clavos de la luz de las estrellas o engarzado en los éxtasis del sol el Lago de los Mara urgido de relámpagos, sonoro de centellas, con líneas de

guitarra y ecos de caracol”, aquí, nació la patria venezolana, ya que precisamente, la visión de aquella veintena de chozas levantadas sobre estacas, caprichosamente distribuidas, semejantes a las flores acuáticas sobre aguas tranquilas, diéronle al descubridor Ojeda, la impresión romántica a cuyo influjo habría de nacer el nombre de la patria, nominación a la cual estuvo asociado el recuerdo generoso de una de las ciudades donde entonces florecía el Renacimiento: Venecia, la Reina del Adriático, derivado en Venezuela, nombre de este glorioso pueblo sobre cuyas tierras está engastado para la eternidad, el zafiro trémulo de nuestro lago.

Y fue el lago el que creó nuestro estado y nuestra ciudad capital, Maracaibo, con su gran reservorio de riquezas naturales, con las grandezas espirituales de su cultura, de su amor al trabajo y a la belleza, que nos ha venido señalando un hermoso destino en el concierto de la gran patria venezolana; con su rico filón científico y literario que ha cristalizado tantas veces en la iniciativa y el esfuerzo propio, como el legítimo florón del orgullo zuliano, para crearnos vida propia sin que tuviéramos jamás que doblar nuestras espaldas en plan de mendigar de los poderes federales o nacionales, lo que debíamos realizar en obras de progreso, de cultura, de caridad cristiana, de grandeza espiritual, porque lo hacíamos con nuestras propias fuerzas.

Y a propósito de la grandeza de esta tierra, al amanecer de un venturoso día del año de 1749, bajo el sol esplendoroso que caía sobre la bruñida superficie de nuestro lago, y cuando sus rayos pintaban de color aguamarina la onda que se recrea en el vaivén eterno del Coquivacoa, llegó a las orillas de este lago, el lago de las espumas de abedul, una pequeña tabla juguete de las olas, caída quizás de alguna nave de las que entonces marcaban caminos de incipiente progreso o de sangrientas piraterías y que recogida por una humilde lavandera de las orillas del lago, ha llegado a constituir para esta tierra zuliana el más preciado tesoro de su grandeza espiritual y material, porque renovada en esa tablita milagrosamente la imagen de la Santísima Virgen, Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre de los Hombres, “este pueblo bravo y fuerte que en la vida y en la muerte, ama y lucha, canta y ora”, la ha declarado su patrona. Durante más de

doscientos años ha sido Ella el verdadero faro del Catatumbo para el pueblo zuliano, como que no hay en su vida social, política, económica, industrial, algo que haga vibrar más a esta tierra y la haga levantar como fiero león en defensa de sus derechos conculcados, de sus tesoros naturales, cívicos, literarios, científicos, tantas veces desconocidos y negados, como la devoción que el Zulia ha venido tributando a la Virgen de Chiquinquirá, la amorosa Chinita, que recorre a todo lo largo de la historia de este pueblo las grandes mansiones de los potentados, las humildes de los que no tienen bienes de fortuna, viajera con los navegantes en nuestro lago para socorrerlos y ampararlos en sus horas amargas e infortunadas, siempre refugio de quienes se encuentran en peligro ya sea en tierra, en el lago, o en el aire, de tal manera que donde entra el dolor, donde reina la alegría, el nombre de la Chiquinquirá está presente, hasta el punto de que cuando el pueblo zuliano se postra ante la imagen de su Reina para cantarle, “Gloria a Ti, Casta Señora”, y exornarle sus benditos pies con el lago encantado, que con rizos y ondas de armónico halago la proclaman Reina del Lago, olvida todas sus diferencias, todos sus naturales antagonismos, así se trate de los políticos que tanta y tan honda división siembran en nuestro pueblo y solo recuerda que nuestra Casta Zuliana debe florecer en virtudes para proclamarla Reina de nuestra Tribu.

Al celebrar Maracaibo sus cuatrocientos años, escoge, como diría el poeta, lo mejor de sus blasones, vendimia de los predios, la belleza para llevarlas en límpidas legiones al Altar donde esplende la belleza de su Reina, para colocar sobre las sienes inmaculadas de su Chinita la corona preciosa, preciosa por sus piedras y por el fervor con que fue ofrecida y construida, con que hace veintisiete años rubricó el pueblo zuliano su amor a la Reina del Coquivacoa.

Los años coloniales pasaron para Maracaibo, en una puja constante de destrucción y muerte, de atrocidades sin fin de los colonizadores contra los indios, de estos contra sus opresores, y de todos contra los piratas que asolaron las tierras españolas de la América. El Lago de Maracaibo, en feliz frase de un joven y laureado escritor, para hacerse lago tuvo que sufrir la purga de los elementos; para ha-

cerse indio hubo de ver la tremenda guasábara; para hacerse español y cristiano tuvo necesidad de vencer su propio maleficio; y cuando quiso ser criollo, templó el corazón de sus hombres en la más dura y difícil de las pruebas, porque nuestro lago tuvo en todo tiempo la desgracia de excitar con las riquezas de sus poblaciones ribereñas, la avaricia de aventureros y piratas: desde las depredaciones y ambiciones de los tudescos en nombre de la conquista hasta los filibusteros del siglo XVII, y de estos hasta los aventureros de las guerras civiles y los explotadores de nuestro petróleo.

Así Maracaibo conoció el asedio, las depredaciones, la destrucción y la ruina de los tantos piratas que asolaron las costas del lago: Preston, Gerard, Jackson, El Olonés, El Vascongado, Morgan y tantos otros que dejaron en nuestras orillas huellas de sangre y desolación; y escribieron junto con algunos conquistadores y administradores tudescos las páginas más negras de las espantosas crueldades, sin que hasta ahora haya podido la historia calibrar las verdaderas proporciones de aquellas catástrofes, ni las funestas consecuencias que acarrearón para el futuro de nuestra patria, ya que al apretar la cuerda de los bárbaros tormentos estaban también apretando el alma nacional venezolana.

Y llegó para Maracaibo la independencia de la Patria. Fue un proceso largo y lento. No pretendo justificar la actitud tomada por Maracaibo al no incorporarse a la gesta emancipadora desde el año 1810. Habría que estudiar a fondo la situación política de esta región para alabar por el contrario la dura lealtad al Rey que caracterizó a los habitantes de Maracaibo. Maracaibo había tomado un alto rango entre las ciudades que formaban la Capitanía General y ya desde entonces podía considerarse como la segunda en importancia sin negar la influencia avasalladora que ejercía sobre la ciudad el Gobernador Fernando de Mijares y su esposa. Por eso, el sol del 5 de Julio de 1811 no iluminó a Maracaibo con sus rayos de libertad, porque nuestra ciudad gemía aún bajo el férreo yugo del despotismo español. Pero, tampoco se puede negar que en el ánimo de muchos de los hijos de esta tierra germinaba la semilla de la libertad, como lo prueban las andanzas conspirativas de Juan Evangelista González

y de los hermanos Luís y Lucas Baralt, y sobre todo la existencia y actividades de la “Escuela de Cristo”, Sociedad Revolucionaria que aparentemente, como de carácter religioso se reunía en el templo de Santa Ana, anexo al hoy Hospital Central “Dr. Urquinaona”, y que mantenía viva la antorcha de la independencia, tremolada por Don Juan Crisóstomo Villasmil, doctor León Campos, Don Joaquín Vale, Dr. Dionicio Torres, Dr. Y Pbro. Fernando de Saint Just, Don Diego Melo, Don Manuel López y el mismo Juan Evangelista González, Marcelino Vale, y tantos otros que pagaron con la muerte o con el destierro sus ansias de libertad y sus esfuerzos por zafarse de las cadenas del despotismo y la esclavitud, cuando fueron denunciados por un traidor. Los patriotas de Maracaibo no dormían, Velaban en silencio y esperaban la ocasión propicia para demostrar la pujanza de su brazo y los quilates de su fe republicana. Y el lago, “convencido por la nobleza de los ideales y el tesón de sus hombres, complacido abrió surco en sus olas y dio fuerzas al viento para que llegaran a tiempo los bajeles de la libertad”.

Y es este el momento de destacar la fe republicana, el valor indomable, la nobleza de sentimientos, la lealtad a toda prueba, la irreductible rebeldía del más grande de los hijos del Zulia, Rafael Urdaneta, incorporado a la lucha emancipadora desde los primeros momentos y que llevaba consigo el dolor de que su patria chica no se hubiera adherido al movimiento de 1810. Espectador vigilante desde Bogotá, alentando siempre la idea de libertar a su tierra natal destrozó con su lealtad las maniobras egoístas de los enemigos de Bolívar y se entregó de lleno a la azarosa lucha, con la secreta esperanza de llevar hasta el lago el iris de la bandera de la Patria, hasta lograr que por Agosto de 1821, el lago se hinchara de orgullo al cruzarlo desde Moporo El Libertador para hacer su primera visita a Maracaibo y pudo desde entonces el gran Urdaneta contemplar lleno de satisfacción la plena incorporación de Maracaibo a la causa de la libertad, hasta sellar, con el glorioso estruendo de la Batalla Naval del Lago, inmortalizada en el nombre de Padilla y de tantos zulianos como en ella pelearon y dieron su vida en defensa de la patria, la fidelidad que había demostrado en Maracaibo al Rey de España y que ahora



Arribo a Cumaná el 18-02-1967 para tomar posesión de la Diócesis.

volvía los fueros de la Venezuela libre y de Bolívar , para quien en Urdaneta hubo de ser en la indeleble y varonil lealtad, noble con la nobleza de corte castellano, el mejor amigo de Bolívar y el último baluarte del glorioso sueño del Libertador, ya que fue Urdaneta el postrer Presidente de la Gran Colombia. Después de tantos años, el Lago de Maracaibo entregaba a su más grande héroe, el General Rafael Urdaneta Faría, sus credenciales para recibir su carta de venezolanidad que no habría de perder jamás en el transcurso de los años libres que aún estamos viviendo y ante el mundo mostró Maracaibo que en esta tierra, "donde una raza mestiza se había proclamado libre del dominio ajeno, no requería el honor de la fuerza para su existencia , porque eran suficientes la sangre y el alma para hacerlo presente.

No puedo pasar por alto en esta celebración cuatricentaria, aunque el tiempo no me permita extenderme en consideraciones patrióticas y humanas que me sería tan gratas, acontecimientos tan importantes y tan decisivos en la vida del Maracaibo cuatricentenario.

Precisamente, con la entrada de las fuerzas revolucionarias en 1821 a Maracaibo, que comandaba el General Lino de Clemente, hizo su entrada en esta ciudad también para poner la primera

piedra de lo que habría de significar toda una vida de cultura y de desarrollo intelectual, una imprenta, pequeña, como toda semilla de árbol corpulento y frondoso, y fue, justamente en la calle conocida con el nombre de Marqués de Santa Cruz, llamada más tarde Calle Ancha o del Comercio, y hoy 99, donde comenzó la imprenta a abrir los surcos de luz sobre los que ha trillado siempre el pueblo zuliano los derroteros de su laboriosidad y de su cultura, y cuyos resaltantes pilares se llamaron en el transcurso de los años “El Correo del Zulia” en 1821; “El Tribuno” en 1825; “Diario de Maracaibo” y “El Correo de Occidente” en 1859; “El Faro del Zulia” en 1864; “Ecos de Occidente” en 1868; “El Zuliano” en 1870; “El Eco del Zulia” en 1872; “La Beneficencia” y “El Hospital de Chiquinquirá” e 1874; “Las Brisas del Lago” en 1876; “El Comercio” en 1877; “El Fonógrafo” en 1879; “Los Ecos del Zulia” en 1880; “El Derecho” en 1882; “El Sentimiento Público” e 1886; y “El Zulia Ilustrado” en 1888, notable revista de arte e información, creada por Don Eduardo López Rivas para dar a conocer las bellezas naturales y el progreso del Zulia y que circuló hasta 1891, impresa con nitidez, buen gusto tipográfico e interesante lectura de poesías, biografías, costumbres y leyendas del escenario regional y que ofrecen al zuliano de hoy todo un acervo de conocimientos y datos del Zulia de ayer que jamás podemos olvidar. Era la época del Maracaibo que brillaba con luz propia; la época del Maracaibo que apenas contaba con 50.000 habitantes y junto con los diarios “El Relator”, “El Fonógrafo”, “Ecos del Zulia” y “El Avisador”, se daba el lujo a iniciativa de la “Sociedad de Mutuo Auxilio”, cuando en la capital de la república no había perdurado ninguna institución bancaria, de contar con un Banco Comercial para descuentos y depósitos; el benemérito y zulianísimo “Banco de Maracaibo”, institución de amplio prestigio que a través de mil vicisitudes, ha ejercido y sigue ejerciendo en el Zulia y en más de la mitad de Venezuela beneficiosa influencia comercial y crediticia, sostenida por la férrea voluntad de quienes encarnan el verdadero y auténtico espíritu progresista de esta tierra y su noble empeño de ser útiles a los demás.

Y para completar esta deficiente lista de faros de luz que alumbraron a Maracaibo desde un día en que un General hizo su entrada

a la ciudad al frente de sus tropas con una espada en la mano y conduciendo en la otra una imprenta; ante la imposibilidad con que me tiraniza el tiempo, el espacio y la paciencia de mis oyentes, no debo olvidar la revista "Ariel" de Jesús Semprún, "La Ley", de Amador Chirino Acosta; "El Siglo" de Carlos Medina Chirinos, "Arte" de José Agustín López; "Proshelios", de Butrón Olivares y Jorge Schmidke; "Guttemberg", del gran políglota Octavio Hernández; "La Información" de Juan Bessón; "Excelsior", de Octavio Luís Criollo", y destacar como legítimo orgullo de esta tradición cultural de Maracaibo, la existencia hoy, cuando celebramos las glorias de Maracaibo Cuatricentenario, del Diario "Panorama", que desde 1914, desafiando las iras de las dictaduras, sigue sirviendo al pueblo zuliano como tribuna de civismo, de firme regionalismo y de fe republicana democrática; y "La Columna", diario vespertino fundado el 2 de Enero de 1923 por el eximio Obispo del Zulia Mons. Godoy, que a través de todas sus alternativas y angustias económicas, precisamente por la índole confesional de sus páginas ha conservado hasta hoy el prestigio que supo conquistar desde su fundación gracias a la noble pluma y a la conducta rectilínea de su primer director y el nunca bien llorado sacerdote zuliano Helímenas Añez.

Permitidme señores que tribute un rendido y sincerísimo homenaje de afecto y admiración para la pléyade de periodistas con que el Zulia ha relampagueado en medio de la noche de las envidias e intrigas que han pretendido apagar su luz: Eduardo López Rivas, Valerio Perpetuo Toledo, Aniceto Ramírez Astier, Ramón Villasmil, Helímenas Añez, Roberto Acedo, Jesús María Portillo, Agustín Baralt, Abraham Belloso, Octavio Hernández, José María Alegretti, Benito H. Rubio, Víctor Raúl Sandoval, Benedicto Peña, Manuel González Herrera, Alejandro Borges, José Ramón Morán, Juan Bessón, Valmore Rodríguez, Gabriel Bracho Montiel... y mil más, cuyos nombres sería imposible enumerar en esta mañana cuatricentenaria, que encendieron en esta tierra la lámpara perpetua y votiva del periodismo; grandes y humildes, viejos y jóvenes, acertados o equivocados, recordados u olvidados, que dieron al Zulia y con el Zulia a la Patria porque en eso consiste nuestro regionalismo, pedazos de sus almas y de sus

nombres, esplendores de gloria y de cultura, de energía y de aliento, de sinceridad, abnegación y servicio. Y al tributar este homenaje a los grandes de la prensa, lo rindo también complacido por la gran obra de zulianismo y venezolanismo que han realizado por las ondas del éter desde Ecos del Caribe, pasando por Ondas del Lago, Radio Mara y La Voz de la Fe a la radiodifusión en esta ciudad con sus grandes esfuerzos y no pequeños sacrificios para incorporar a Maracaibo y el Zulia todo al rapidísimo y avasallador progreso del espacio que va violentamente quemando etapas sin ni siquiera mirar hacia atrás.

Y no puedo tampoco, señores, pasar por alto en estos momentos el nombre de una mujer, encarnación de todas las mujeres zulianas, a quienes hoy rendimos nuestra admiración, respeto y cariño –que no nació en Maracaibo sino en la Villa de Altigracia–, pero se inmortalizó en esta misma plaza que hoy llamamos de Bolívar, Ana María Campos, la heroína del alba y de la rosa, como la canta una poetisa zuliana, la heroína del viento y de la espiga, cuyo nombre pasa por la historia en ritmo de jazmín, laurel y gloria.

A cien y más años de su fecundo martirio, “la sombra de su sombra” sigue soñando en la bahía de nuestra ciudad cuatricentenaria por su actitud varonil ante el tirano Morales en momentos decisivos para la Patria y como un latigazo –de aquellos mismos que ella recibió sobre sus carnes virginales–, a las iconoclastas generaciones del presente en esta hora de inversión de valores, de absurdas negaciones y de infelices traiciones con mengua y ludibrio de la dignidad y del valor, como una lección objetiva de lo que puede la férrea voluntad del pueblo zuliano cuando va acompañada de sentimientos nobles y generosos.

Estos cuatrocientos años que estamos celebrando han sido fecundos en numerosos hombres de letras y científicos, cuya lista no podría yo en estos momentos agotar, pero si podría concretarme en varios nombres que vendrían a ser símbolos inequívocos y elocuentes de lo que Maracaibo ha rendido durante estos cuatrocientos años no solo para Venezuela sino también para el mundo.

De los hombres de letras de todos los tiempos es imperativo categórico abrir la lista ilustre con el nombre consagrado de Rafael



Catedral de Cumaná.

María Baralt, nacido en Maracaibo en 1810 y cuyo nombre preclaro llena el ámbito nacional; ingenio verdaderamente singular de quien nos han quedado los mejores modelos del lenguaje castizo en la prosa y en la dicción clásica en el verso. “La tierra del sol amada” y el lago que lo vio nacer se enorgullecen de que en su pluma se aposentara el genio del bien hablar para admiración del mundo castellano al forjar su gloria de historiador, lingüista, de poeta y de académico, hasta el punto de que, en expresión de un gran venezolano, profundo conocedor de nuestro idioma, en pureza del lenguaje y en virtudes de estilo creemos que no hay quien le aventaje en toda la América, como que el mismo Andrés Bello en su Gramática Castellana cita muchos de los pasajes de las obras de Baralt, escogidos para dechados de las maneras de expresión más recomendables, o para confirmar una opinión acerca del uso o del sentido de una voz. Y como autor de “estudiados y perfectos versos” según la atinada frase de Juan Vicente González, Baralt es por antonomasia el poeta clásico de Hispanoamérica, y en sus lirás relucen con más brillo que en los giros de su poética prosa, la propiedad del lenguaje, las excelencias de la dicción y la sublimidad de su estilo.

Plugo a Dios que en las orillas encantadoras y llenas de misterio de nuestro hermoso lago, naciera un inspirado cantor que en sublimes y encantadores versos supo cantar las bellezas de su lago:

“Perfiles de oro tienen a miles
las tersas olas del lago azul,
y aunque otros lagos tengan sutiles
perfiles de oro,
no son de aquellos áureos perfiles,
olas de fuego, rondas de luz,
perfiles de oro del lago azul”

José Ramón Yépez, el “Cisne del Lago”, cuya musa campea con todo el colorido nativo; gallarda en la forma, inquieta, espontánea, ardiente y vigorosa, para pulsar la lira en el tono profundo y misterioso de los astros, interrogando el misterio, indagando el arcano con mirada de luz, para encontrar a la postre la huella de Dios marcada en los senderos del infinito.

José Ramón Yépez, “Poeta de las Nieblas”, para quedar su nombre marcado en la poesía latinoamericana como el único que haya podido arrancar a las musas el lenguaje vívido, espontáneo, sencillo, espiritual y a la par filosófico, de sus “nieblas”.

Poeta del hogar y de la melancolía, poeta de las llamaradas del crepúsculo, de los perfiles del horizonte que se confunden con los perfiles del océano, poeta que supo decorar con pompa de luz el ocaso de los cielos tropicales, poeta del “rayo azul”, de las marinas nubes, de las aguas tembladoras, del plateado y pacífico arroyuelo, del astro sumiso en lluvia de flotante fuego de los genios y fantasmas de las regiones índicas que cruzan los espacios ascendiendo las lamparillas del cielo; poeta maestro de poetas, porque tras sus huellas buscaron camino de la gloria muchos otros que brillan como luminarias propias en el cielo de la literatura zuliana.

José Ramón Yépez, “El Cisne del Lago” se durmió para la muerte en brazos de las ondas de ese lago que él había cantado, de esa naturaleza que él había exaltado.

Y para completar esta trinidad de lucernas en el cielo del Zulia literario, pasando por alto tantos y tantos nombres que enriquecieron la prosa y la poesía zulianas, me basta para pronunciar un nombre que envuelve para el Zulia toda una época de brillantez y de grandeza literaria: Udón Pérez. Cometería un pecado de lesa zulianidad si en este apretado resumen de las glorias de Maracaibo cuatricentenario, hubiese omitido el nombre de uno de los hijos que más gloria le ha dado en el campo de la literatura. Udón Pérez, el autor de las estrofas bronceadas del Himno del Zulia y del Escudo del Zulia, el maestro del Gay Saber, como que supo conquistar por tres veces la "Flor Natural" en gallardas lides literarias, a las que concursó con el nombre del Zulia tatuado en la mente y en el corazón para consagrarse como todo un "caballero del ritmo". Udón Pérez, de quien describió un gran pensador zuliano, "fue todo un poeta", poeta en la leyenda hermética, en el augusto hexámetro, en el dístico aristocrático y en la décima y redondillas populares, en la pompa de los grandes días y en la sencillez burguesa de la vida cotidiana. Udón fue el genio de los genios en el campo de la poesía. Tránsito los más variados géneros: la dramática, la épica, la mística, la amatoria, la descriptiva, la elegíaca, y en todas alcanzó ricas preseas. La patria era para él lo que es para todos los soñadores: la novia para quien la suprema caricia es el sacrificio. Por eso le cantó todas sus bellezas, sus glorias y grandezas, y sus cantos patrióticos desbordan entusiasmo, nobleza, justicia histórica, ejemplaridad fecunda, enseñanza patria saturada de amor, veneración y civismo, y "suenan como chocar de címbalos, como redobles de parches marciales, como clarinadas de victorias". "Maracaibo Mía", hubiera cantado en esta mañana el gran Udón ante los cuatrocientos años de la ciudad que él tanto amó y a la que cantó con singular maestría y ternura; y hubiera hecho fulgurar sobre la ciudad que hoy se ve llegar a sus cuatrocientos años triste y abatida, desgarrada por el infortunio, abandonada de sus hijos el "relámpago del Catatumbo" que el "viejo tigre" cantó en nuestro escudo: "En tu sombría púrpura /poniendo áureo derroche/ ese zigzag es símbolo /del que en la negra noche/ enciende en fuegos rápidos el lúgubre capuz /del que en el lago undísono/ cual radiadora



Mons. Parra León en la Conferencia Episcopal.

pauta /hasta en el hondo océano /distingue el rumbo al nauta/ al sur
brillando espléndido /su intermitente luz"/.

Hombres de letras y hombres de ciencia hallaron su cuna en la ciudad cuatricentenaria. Imposible señalarlos a todos, ni siquiera en apretada síntesis, ni mucho menos marcar sus obras y sus méritos. Cuando apenas unos meses Maracaibo fue señalada como la capital científica de Venezuela, allá en el oriente lejano se exalto mi corazón de júbilo, y pensé que ese reconocimiento a la obra científica de los zulianos, coronada hoy en la callada investigación del equipo de médicos jóvenes del Hospital Universitario en su afán de hacer el bien a la humanidad, no eran otra cosa que la culminación del esfuerzo y del sacrificio de hombres que conquistaron para el Zulia áureos trofeos en todos los campos del saber; y recordé complacido, satisfecho, los nombres inmortales de Francisco Eugenio Bustamante, Manuel Dagnino, José Atilio Mármol, Ramón Soto González, Guillermo Quintero Luzardo, Adolfo D'Empaire y José Encarnación Serrano, y tantos y tantos otros a quienes Maracaibo vio andar y desandar en trajinado afán en sus empolvadas calles, los corredores y salones de la Casa de Beneficencia y del Hospitalito de Chiquinquirá aliviando dolores, curando heridas, salvando vidas, abriendo la entraña enferma. Centinelas, vigilantes de la ciudad, caballeros andantes de la ciencia en rústicas cabalgaduras, derramando a manos llenas los

efluvios de su ciencia y de su bondad, de la exquisitez de sus almas buenas y generosas. Y ese Maracaibo grande y noble, que ha sabido derramar siempre la ánfora de su aceite bienhechor sobre todas las calamidades que ha padecido, sigue relampagueando, como el rayo de su escudo en las personas de sus científicos de hoy que, con un Humberto Fernández Morán a la cabeza, continúa esparciendo haces de luces no solo en Venezuela sino más allá de las fronteras de la Patria. Un recuerdo tembloroso de emoción para esos hombres que fueron buenos y fueron zulianos. Y como diría Abraham Belloso, eso basta para el Zulia. Señores, que difícil misión la que se me encomendado cumplir en esta mañana: reseñar en pocas palabras, que ya van muchas, los principales acontecimientos registrados por la historia de esta ciudad cuatricentenaria. Desde el primer momento manifesté que consideraba que no era éste el sitio para un discurso de orden por las circunstancias de calor y de espacio que vosotros estáis precisamente sufriendo, pero ante la obligante insistencia, he tenido que hacer una pensada síntesis de lo más importante acontecido en el transcurso de estos cuatrocientos años.

Y no puedo olvidar, justamente, porque ello envuelve uno de los hitos más gloriosos de estos cuatrocientos años, la creación de La Universidad del Zulia, instalada el 11 de Septiembre de 1891 después de más de medio siglo de haberla solicitado el Zulia y de esperarla con más de un título legítimo para gozarla precisamente durante solo doce años durante los cuales significó para la región el más alto exponente de su cultura y de su belleza moral, y de cuyos claustros egresaron mentes y caracteres elevados, espíritus ilustrados e íntegros, corazones generosos y nobles, hombres verdaderamente útiles no solo para el Zulia sino para toda la Patria. Hasta que un malhadado decreto de uno de los más pintorescos y primitivos dictadores que ha sufrido nuestra Venezuela, barrió con ella, para convertirla como diría después Marcial Hernández, uno de nuestros grandes, en un mausoleo.

Desde aquel triste Septiembre de 1903, el Zulia hizo cuestión de honor la reapertura de su Universidad, como su mejor laurel de victoria sobre quienes no han cejado en todos los tiempos en convertir

este Estado en “playa de pescadores”, según los deseos del vesánico Guzmán Blanco, terriblemente inquieto por el don matriz de orgullo constructivo y generoso y escudo moral de la dignidad y el valimiento ciudadanos que ha caracterizado siempre al Zulia.

Fueron años largos, tristes, de política ruin, absurda, personalista, de vergüenza nacional, cuando la Patria se mantuvo durante más de treinta años vilipendiada por bárbaros y zafios, y lamentablemente hasta por ilustrados que sirvieron de limpiabotas a los dos tiranos que humillaron a Venezuela durante el primer tercio del Siglo XX, los que transcurrieron hasta 1946, y después de aquella larga noche de ignominia en la que notó un retroceso en la cultura docente, científica y literaria del Zulia, y un grave estancamiento en la vida intelectual y artística de Maracaibo, brilló nuevamente el sol –pos nubila phoebus– para seguir iluminando los senderos de esta noble tierra.

Tampoco debo pasar por alto como uno de los acontecimientos más decisivos de la historia de esta ciudad cuatricentenaria, la aparición del petróleo en nuestro Estado. Yo no sé, señores, si decir que fue un acontecimiento venturoso o por el contrario, desgraciado para nuestra tierra. Porque para la época en que reventó el primer chorro enloquecedor petrolero de La Rosa de Cabimas en 1922, Maracaibo gozaba de una grandeza que diríamos autóctona; era el Maracaibo que se bastaba por sí mismo, el que al impulso de sus grandes hijos –llamáranse ellos Francisco Ochoa, Manuel Dagnino, Joaquín Piña, Francisco José Delgado, Renato Serrano, Francisco Rincón, Marcial Hernández–, edificó la Casa de Beneficencia, el Hospital de Chiquinquirá, el Manicomio, el Leprocomio de Isla de Providencia, La Gota de Leche, el Instituto Hijitas de la Inmaculada, el Maracaibo que se dio el lujo de alojar sus poderes públicos en edificios, como en el aún existente Palacio de las Águilas, que no deslucían entonces ni aún deslucen en la capital de la república; el Maracaibo que cuando grandes ciudades americanas, inclusive Caracas alumbraban sus calles con gas, iluminaba las suyas con bombillos incandescentes de arco; el Maracaibo que ya para 1884 establecía comunicación del centro de la ciudad con sus simpáticos y pintorescos aledaños por



Recibiendo en Cumaná al Dr. Raúl Leoni, Presidente de la República en Julio de 1968.

medio de tranvías de tracción animal como se hacía en los Estados Unidos; el Maracaibo que vio anclar en su puerto el primer barco de vapor que llegó a Venezuela, el cual utilizó en la navegación lacustre y fluvial de toda esta región, y se comunicaba quincenalmente con los Estados Unidos por medio del vapor de carga y pasajeros llamado “El Maracaibo”; el Maracaibo que antes del auge económico consiguiente a la explotación del petróleo, era el obligado puerto de importación y exportación de la región andina de Venezuela y del Departamento Norte de Santander en Colombia; era el lugar de preparación, venta y embarque del café procedente de dichas regiones y donde se manipulaban las divisas, precio en el exterior de ese fruto; el Maracaibo puerto de exportación de maderas, pieles, aletas, buchets de pescado, taninos y resinas; de sus industrias enviaban para el resto de la república licores, cerveza, cigarrillos, fósforos, sombreros y artículos farmacéuticos, y para las Antillas, frutos y comestibles, azúcar para los Estados Unidos e Inglaterra.

Ese Maracaibo bucólico quizás, pero noble, grande, esforzado, emprendedor, que no se humillaba jamás a pedir ni un céntimo al gobierno nacional, porque conocía el resultado bastardo de la inicua ojeriza y el desdén primitivo e insensato que se alimentaba desde

Caracas para el Zulia; ese Maracaibo se perdió ennegrecido por el oro negro al interrumpir su vida de progreso firme y sereno de que venía gozando, por el lógico aumento que se produce alrededor de una explotación de minas, del costo de la mano de obra. Hoy Maracaibo pretende resurgir de sus cenizas, las que le ha dejado la desinversión petrolera, cuando del auge del petróleo, al quedarse dormida nuestra región en la bacanal producida, otras regiones de la república, como las centrales, se aprovecharon del dinero que se exprimía al Zulia y se volcaba sobre la capital de la república para montar industrias y crearse un verdadero y sólido progreso. Menos mal, que durante los años del petróleo los hacendados y ganaderos zulianos lograron fomentar la cría hasta el punto de que hoy sale del Zulia el 80% de los productos lácteos que consume el país. El Maracaibo cuatricentenario que desde hace más o menos diez años, ha tenido que sentarse a las puertas de sus casas viejas y destartaladas a contemplar el éxodo del auge petrolero, y ver como se viene desplomando aquel castillo de naipes que levantó y sostuvo el petróleo, y solo quedan edificios vacíos, calles enchiqueradas y llenas de basura espesa, carreteras intransitables, un puerto casi muerto, la ciudad anulada como centro comercial, taladros sin movimiento.... Comienza a recordar sus pasadas glorias, su viejo regionalismo acentuado de colectividad, el mismo en que se afincaron tan notablemente para el esfuerzo creador de sus hijos, llenos hoy de esperanzas en la Corporación de Desarrollo de la Región Zuliana, que esperamos todos los zulianos no sea un elefante blanco más de los tantos que la politiquería ha levantado en nuestra tierra.

Y ahora, permitidme, en medio del alborozo que respira la ciudad cuatricentaria, tres recuerdos tristes, de tres hechos que han quedado marcados en la historia de Maracaibo con crespones de dolor y de luto y que pusieran dura prueba al temple heroico de los hijos de esta ciudad. La gripe de 1918, cuando los maracaiberos creyeron que sobre esta ciudad había pasado algún Atila como el "Azote de Dios" y se enfrentaron con la firme voluntad de todos los tiempos a la muerte implacable que llevó la desolación y la ruina a tantos hogares.

La tragedia de la "Ana Cecilia", cuando el lago, esencia de Dios, que a veces tiene sus enojos y se torna tempestuoso, como todo lo grande, sorprendió en una noche aciaga a este Maracaibo cuatricentenario hoy, con una de las tragedias más dolorosas que ha sentido en carne propia este pueblo. Más de treinta personas de las que pudieron ser identificadas, perecieron en las fauces del lago azul, tan cantado por los poetas, tan útil a nuestra tierra.

Y ya en este mismo año cuatricentenario, en el mediodía del 16 de Marzo de 1969, Maracaibo presencié y sentí la tragedia del avión que llenó de dolor y de tristeza a la ciudad y la cubrió de luto ante la muerte de más de un centenar de personas y que marcó el record del desastre aéreo más espantoso de la aviación comercial en el mundo.

En estas tres oportunidades desgraciadas, Maracaibo ha sabido comportarse a la altura de su grandeza, con la misma serenidad de su lago que a cada movimiento de sus ondas y a cada sonido que producen semejan una oración elevada al cielo en busca de su Creador.

Y a propósito de la gripe de 1918, es de justicia pronunciar aquí el nombre de uno de los hombres a quienes el Zulia guarda imperecedera memoria porque supo unirse a su dolor, supo estar a su lado en los momentos de desgracia: Arturo Celestino Álvarez, 2º Obispo del Zulia.

Porque justamente merece la ciudad cuatricentenaria recordar la fecha del 28 de Julio de 1897, cuando el Papa León XIII erigió la Diócesis del Zulia, separándola del Obispado de Mérida y recordar que su segundo y tercer Obispos, Arturo Celestino Álvarez y Marcos Sergio Godoy, llenan las páginas de la historia de esta ciudad con caracteres áureos.

Con solo pronunciar sus nombres, basta, señores, para decir a esta ciudad, al Zulia y a toda Venezuela, lo que ha significado para la historia de este pueblo, la erección de la Diócesis del Zulia, después Diócesis de Maracaibo, y luego, el 31 de Julio de 1966 Arquidiócesis de Maracaibo. Imposible que yo en estos momentos, ni siquiera en comprimida síntesis, pueda referirme a la inmensa labor espiritual, religiosa, social y patriótica que han realizado durante los setenta y ocho años que lleva de existencia esta jurisdicción eclesiástica, los

señores Obispos Márvez, Álvarez, Godoy, Pulido Méndez y Roa Pérez, centinelas avisados de la moral, de la doctrina cristiana, de las buenas costumbres, de todo lo que ha significado progreso espiritual y material para esta tierra zuliana, llenando siempre al Zulia con la elocuencia grandilocuente de sus vidas ejemplares, de su abnegación y sacrificio, de su acción sacerdotal, ejercida con sus palabras siempre llenas de unción, con los consuelos vertidos en corazones heridos por el infortunio; con la mano bondadosa extendida a los caídos en el pecado o para guiar las almas a la cumbre de la perfección; con las grandes empresas realizadas en bien de esta tierra; con la generosidad de sus corazones al ponerse siempre al lado de los infortunados y necesitados en los momentos difíciles de dolor y lágrimas que ha vivido el Zulia durante estos setenta y ocho años.

Ya para terminar esta oración de orden, debo hacer aunque sea a la ligera, referencia al noble espíritu artístico que distinguió a Maracaibo por lo menos, antes de que el petróleo lo ensuciara y lo corrompiera todo en la vasta expresión brutal e indecente de su opresión social y económica, cuando desde los primeros años de la república se dieron las primeras manifestaciones vernáculas del arte pictórico hasta anclar soberbiamente e dos de los mejores genios zulianos, Puchi Fonseca y Julio Árraga, pintores intelectuales y exquisitos, viejos maestros de larga y honrosa actuación que bien merecen en este mediodía caluroso un recuerdo agradecido, porque de las generaciones por ellos formadas resplandecieron Pedro Villasmil, Jocastilo, Neptalí Rincón Urdaneta, Antonio Angulo, Manuel Felipe Rincón, Evencio Soto y otros tantos, sin contar los pintores contemporáneos, artistas de las más atrevidas y admiradas escuelas, que desde el Círculo Artístico del Zulia, o del Ateneo del Zulia o del Centro de Bellas Artes, han ratificado el talento artístico que ha animado siempre a esta ciudad y que ha producido y sigue produciendo pintores de ideas y de emociones, de situaciones y protestas sociales, creadores de lienzos y de obras decorativas admirables.

No quiero pasar por alto aunque sea a la ligera, a los poetas y heraldos del alma ardiente musical del pueblo de Maracaibo, engarzado brillantemente en sus sonoros valeses y cadenciosas contradanzas,

como en la célebre gaita maracaibera que se ha impuesto en todos los rincones de la patria como expresión del alma del pueblo. Paso de vencedores a los hombres y mujeres que ha alegrado nuestras almas con sus hermosas y sentidas creaciones: José Antonio Chaves, Vidal Calderón, Fulgencio María Campos, Roger Leal, Adolfo de Pool, José Luís Paz, Marcelino Flores y Luís Guillermo Sánchez, el creador de inolvidables melodías, muerto hace apenas una semana para luto del arte musical zuliano, y tantos y tantos otros imposibles de enumerar con sus nombres y apellidos y de cuya influencia y esfuerzos constituyeron pruebas inequívocas los grupos líricos "Casa Zulia" y sobre todo, "Estampas Líricas Miniatura", compuestas por maracuchitos artistas de quienes se llegó a decir, en las tantas loas que le tributó la prensa de Maracaibo, Caracas y Bogotá que "se portaban como grandes, pero como grandes que sabían hacer bien y genialmente las cosas de su arte y su labor".

Otra manifestación, que tampoco puedo preterir, del nervio y de la vida que pone Maracaibo y el Zulia todo en las diversas manifestaciones sociales y populares de arte, cultura y solaz, es el entusiasmo por los deportes, especialmente por el base ball y el boxeo, en cuyos campos han conquistado auténticos laureles de bravura y moral deportiva, mientras la comercialización del deporte no había llegado a invadir los estadios y los rines. Me bastaría nombrar aquí tres novenas beisboleras que pusieron de pie al Zulia todo en los momentos de recreo más felices que ha vivido esta ciudad: Pastora, Gavilanes y Centauros para inmortalizar los nombres de Luís Aparicio y su hijo, figuras estelares del base ball nacional e internacional, de Fausto, Balbino y Antonio Fuenmayor, de Manduco Portillo y de tantos otros players de alta categoría que primero en el rústico estadio de Belén, luego en La Ciega y por fin en el estadio llamado hoy Alejandro Borges, comunicaron a las actividades deportivas de Maracaibo un vuelo y una resonancia sin igual. Para destacar el genio y el coraje zuliano en el boxeo, me limitaría a citar los nombres de quienes por sus cualidades de valientes y excelentes fajadores pusieron bien en alto el nombre de esta tierra en rines nacionales y extranjeros: Firpo Zuliano, Cachucha Pulgar, David Valdés (Flor del Zulia) y tantos otros que fueron luminarias de los cuadrángulos zulianos.



Acompañando al Dr. Rafael Caldera, Pdte. Electo de la República en Enero de 1969, acompañado de otros sacerdotes del clero zuliano.

Y para terminar esta rapidísima relación en el campo del deporte no puedo olvidar a la malograda Rosario Solarte, artista del baloncesto, y al negro Marco Antonio Sánchez, alma y voluntad abiertas a la creación y fomento de todos los deportes de Maracaibo, protector entusiasta y desinteresado de los mejores atletas y deportistas de esta tierra, el negro de alma blanca, zuliano admirable, todo corazón y nobleza, dueño de grandes ideales, que puso siempre al servicio de la juventud de esta tierra toda su voluntad para ennoblecerla en el deporte.

Este ha sido señores el Maracaibo de estos cuatrocientos años, pujante, luchador, nervio de acero en las calamidades y tragedias que ha sufrido paciente al sentirse discriminado en el panorama nacional por los politiqueros que ayer y hoy lo han querido convertir en

una playa de pescadores; ese ha sido el Maracaibo culto, científico, ilustrado, consagrado siempre a su trabajo, que supo durante tantos años bastarse a sí mismo, leal siempre a su regionalismo constructivo, eje propulsor de su progreso, palanca fuerte del avance que ha distinguido siempre a los hijos de esta tierra; ese ha sido el Maracaibo que construyó –permitidme que lo repita para que no se olvide jamás-, con sus propios hombres, con sus propios esfuerzos la Casa de Beneficencia, el Hospital de Chiquinquirá, el Hospital Clínica San Rafael, el Manicomio, el Teatro Baralt donde tanto gozaron los maracaiberos de las grandes compañías de ópera y zarzuela que venían con frecuencia a esta ciudad, el mercado, la Plaza Urdaneta, la Plaza Colón, el Cementerio, la Escuela de Artes y Oficios, el Banco de Maracaibo, la Mutuo Auxilio, la Protectora de Familias y otras tantas obras que se construyeron en esta tierra sin mendigar de los gobiernos federales o nacionales, que jamás han mirado al Zulia sino para exprimirlo con su centralismo voraz y burlarse de sus hijos con promesas electorales siempre incumplidas.

Cuantos años pasaron mientras los maracaiberos levantaban todas sus propias obras, para que el gobierno nacional construyera la carretera Maracaibo-Machiques, hoy extendida hasta Colón en el Estado Táchira, cuantas promesas y cuantas burlas padecieron los hijos de esta tierra para que el gobierno nacional construyera el Puente sobre el Lago y abriera la Barra de Maracaibo al tráfico internacional.

Hoy celebra Maracaibo sus cuatrocientos años, y todavía se le discute al Zulia la obra que vendría a restañar la herida profunda que ha dejado en esta tierra la desinversión petrolera después que nos exprimieron todo nuestro oro negro: la Petroquímica de El Tablazo.

Hoy Maracaibo celebra sus cuatrocientos años, y después de haber dejado ejemplo vivificante del más profundo espíritu de iniciativa colectiva, está de rodillas implorando que el gobierno nacional limpie sus calles y plazas y saque los potes de basura. Que dirían los Dagnino, los Bustamante, los Francisco Ochoa, los José Encarnación Serrano, los Gregorio Fidel Méndez de la etapa brillante y profundamente regionalista de este Maracaibo cuatricentenario si vieran que hemos perdido ese espíritu de colectividad que caracterizó a esta

ciudad durante más de tres siglos; ese es el Maracaibo que contra el odio de los gobernantes federales o centrales contó con hombres honrados, en cuyas mentes no cabían intenciones bastardas, ni tristezas del bien ajeno, porque su tierra la referían a la grandeza de la nación.

El Maracaibo de hoy se enorgullece de haber sido el sitio escogido para montar la estación rastreadora que permitió a la América Latina contemplar por la televisión la llegada del hombre a la luna, el acontecimiento más extraordinario de la edad contemporánea que ha marcado para la historia del mundo el comienzo de una nueva edad. Este Maracaibo se encuentra nuevamente de pie, con su mirada avizora al porvenir, cansado de tantas promesas incumplidas, haciendo un último esfuerzo para creer y esperar cuanto se le ha prometido por enésima vez, la construcción del Parque Urdaneta, desde hace unos años vergüenza de la ciudad, el Centro Libertador, trampolín de bastardas ambiciones, la remodelación de El Saladillo, la construcción de un teatro donde Maracaibo pueda repetir en grande lo que realizó en arte y cultura durante tantos años con sus propios y menguados recursos y sobre todo, la promesa, que ya debería ser realidad, porque el engaño y la mentira ha hecho impacientes a los zulianos, de la petroquímica de El Tablazo.

Maracaibo está hoy de pie esperando agua abundante para sus numerosos barrios, todavía abasteciéndose del acueducto construido cuando esta ciudad apenas si contaba con unos dos centenares de miles de habitantes y hoy pasa de los setecientos mil.

Maracaibo está hoy de pie pidiendo justicia, no compasión, para con nuestra raza autóctona, la guajira, la raza de nuestros antepasados, de la que todos nacimos, raza que encontró Ojeda el 24 de Agosto de 1499 y que hoy volvería a hallar en el mismo estado primitivo y de abandono en el que entonces vivía.

“Maracaibo Mía”, te canto hoy con el más grande de los trovadores de esta tierra; tierra del sol amada te invoco hoy con el más sabio y castizo de nuestros hombres de letras; permitidme que en esta celebración cuatricentenaria diga de vos lo que escribió en los últimos días de su existencia Héctor Cuenca, uno de los hijos que más te amó y más luchó por tu progreso:

“No hay una tierra mejor que aquella tierra,
allí se inventaron los crepúsculos,
el cielo es más azul que en todas partes
y el lago es una edición en miniatura
de los lagos y océanos del mundo
para uso solo nuestro”



CUSTODIO DE LA LIBERTAD

Discurso pronunciado por Mons. Mariano Parra León el 24 de octubre de 1981 en el Panteón Nacional, con motivo del 193º aniversario del natalicio del prócer zuliano Gral. Rafael Urdaneta.

Señores:

Estoy aquí en el Panteón Nacional, estremecido por la majestad de este santuario de la patria, donde se guardan los despojos mortales de los héroes y grandes hombres, para atender una obligante, honrosa e inesperada invitación de la Fundación Zuliana para la Cultura, obediente siempre al deber indeclinable de su zulianismo, para hacerme eco de la perenne devoción que el Zulia guarda para con su héroe máximo, a quien la fundación rinde homenaje con motivo del centésimo nonagésimo tercer aniversario de su natalicio.

Y al querer hilvanar hoy el elogio del General Urdaneta, después de haber leído y escuchado todo lo que de él han escrito y voceado grandes talentos de la intelectualidad zuliana y venezolana, debo decir con el ilustre orador francés, Monseñor Bossuet, que “nada podemos nosotros, febles oradores, para las glorias de las almas extraordinarias; el sabio tiene razón al afirmar que solo sus acciones las pueden alabar, cualquiera otra alabanza languidece ante los grandes hombres”.

Por eso, señores, no traigo hoy inciensos fervorosos, diré con ese gran zuliano, excelso poeta y mejor ciudadano que se llamó Héctor Cuenca, “mi desparramada palabra para cantar al héroe, porque rendido tributo de frases brillantes, pero inconsistentes apenas estaría justificado, para aquellos que, sin méritos fundamentales pasan

alzados sobre los hombros de una multitud oportunista, pidiendo una consagración que la conciencia colectiva no les ha otorgado”.

Tampoco vengo a hacer comparaciones ridículas, insensatas, alocadas e irrespetuosas, como parece que se ha hecho costumbre en estos últimos años. No señores, Urdaneta no necesita de glorias vanas y efímeras ni de alabanzas salidas de gargantas y labios desacreditados. Es la historia, esa gran maestra de la humanidad la que nos da la exactitud de su vida. Urdaneta no necesita de frases ampulosas ni de elogios inconsistentes, porque él pasó por los caminos de la vida aureolado por sus propias virtudes y méritos; él fue “astro de luz propia que iluminó la curvatura de los tiempos y se impuso en sus horizontes”. Y es historia la que nos destaca su personalidad colocándolo indefectiblemente en el primer plano de los hombres de su tiempo, como que fue la más hermosa contribución militar y ciudadana que dio el Zulia a la independencia de América, ya que, como militar, se cubrió de gloria en los campos y sitios de batalla donde le correspondió actuar, y en su vida civil y ciudadana, brilló siempre justiciero y ejemplar. La personalidad del General Urdaneta se destaca con facetas luminosas, aún atacado y calumniado por sus adversarios, porque la “sólida figura del héroe zuliano –en hermosa expresión de un pensador de nuestra tierra- se recorta firme, señera, como sobre una roca que en vano pugna por arrastrar los embates de la tempestad”.

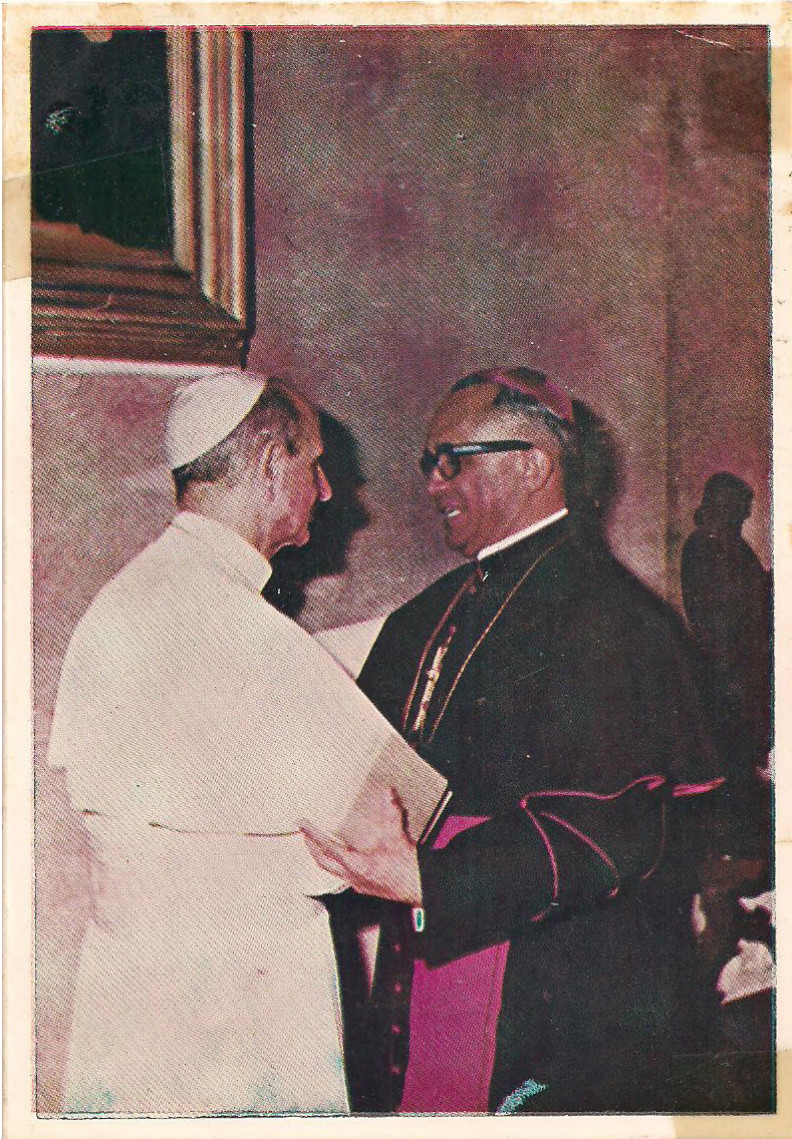
Los pueblos de la Venezuela adentro se lamentan constantemente de la voracidad con que el centralismo económico, político, social, industrial, educativo y sindical estrangula la potencia creadora de la Venezuela provinciana hasta el extremo de que se llega a decir con dolorosa frecuencia y con sobrada, aunque irónica razón que Venezuela es Caracas. El gran pecado de todos los gobiernos que ha tenido nuestra patria desde el 19 de abril de 1810, ha sido y sigue siendo el de marginar los pueblos del interior de Venezuela, el de abandonarlos a su propia suerte, el de cometer con ellos la más flagrante de las injusticias como es la de estrujar a la provincia hasta sacarle la última gota de sus fuerzas económicas y de su sangre social para arrojarle después en los fabulosos presupuestos nacionales las

migajas que caen de la mesa del gran señor que es la capital de la república.

Y dije que desde 1810, señores, porque, aunque tengo el temor de que se me pueda interpretar mal, siento en mi conciencia que debo decirlo: la verdad es que desde la génesis de nuestra independencia y a través de todos los volúmenes de historia que se han escrito para enaltecer las glorias, muy legítimas y harto merecidas, del Padre de la Patria, se ha tratado siempre de minimizar las muy justas también e igualmente consignas de los héroes provincianos, como Urdaneta, Mariño, Sucre, Bermúdez, desnaturalizando de tal modo la función de verdad y justicia que debe siempre guiar los juicios de la historia, como es también la de crear “menos semidioses y más hombres”. Y pareciera como si las mismas palabras de nuestro Himno Nacional “seguid el ejemplo que Caracas dio”, voceada para alimentar el patriotismo nacional y la incorporación de la provincia venezolana a la causa de la independencia, se utilizasen para aherrojar la voluntad de los pueblos interioranos, su acción creadora y civilizadora, sus legítimas ambiciones y el progreso material, espiritual y cultural, y poder mantenerlos empobrecidos, a la causa de la capital de la república, en aras de un centralismo absorbente y antinacional.

Por eso creo que esta Fundación Zuliana para la Cultura debe fijarse, como finalidad principal la de hacer conocer de toda Venezuela verdadera y justa imagen de los hombres que acompañaron a Bolívar en la gesta emancipadora y con esfuerzos, lealtad, coraje, sacrificios y hasta con su muerte, hicieron posible el triunfo de la causa republicana en Venezuela y en todo el continente suramericano, porque si Bolívar fue el Sol de la Libertad, estrellas brillantísimas unas, opacas otras quizás, fueron sus compañeros en la gran lucha emancipadora.

Tristeza y amargura da, por ejemplo, comprobar cómo a todo lo ancho y largo de la patria, amén de alguna que otra referencia obligada, que se hace a vuelo de pájaro en las escuelas, liceos y universidades, cuando se relata alguna acción de guerra de nuestra independencia; o de alguna triste lápida que guarda los respectivos restos en este Panteón Nacional; o de alguna placa enmohecida y deslustrada, apenas legible, que señala a duras penas alguna maltre-



Con S. S. Pablo VI.

cha calle, enriquecida de baches y de ranchos, viviente espejo de la millonaria Venezuela, la misma que se jacta de su moneda fuerte y de gran confianza en el exterior para endeudarse cada día más, la figura de Páez, primer puntal de triunfo en Carabobo con su indomable caballería, que marchó triunfante desde Achaguas, en medio de mil penalidades por el rigor de la estación lluviosa, la carencia de buenos caminos, los innumerables cursos de agua y el embarazo causado por los rebaños vacunos y equinos, bravamente transportados para estar presente en la inmortal llanura de Carabobo como vanguardia del ejército libertador; la figura de Bermúdez, el corajudo sucrense, inteligente, decidido y audaz, cuyas acciones en El Guapo, Chuspita, Guatire, El Calvario de Caracas, Los Valles de Aragua y del Tuy, El Consejo, Las Cocuizas, El Rodeo y Santa Lucía al lograr distraer las fuerzas realistas, alejar de los llanos al enemigo, aprovechar las fuerzas margariteñas de Arismendi y defender los valles de Barlovento y El Tuy, tanto influyeron en los lauros del 24 de Julio de 1821; la figura de Urdaneta, el zuliano insobornable, valiente y leal, factor más que decisivo para el triunfo de Carabobo con su marcha desde Ancón en el Zulia, hasta Coro y Carora por todo el occidente venezolano, a pesar de las viejas y graves dolencias que tanto le molestaron en la jornada heroica y que le impidieron estar presente en el glorioso campo de Carabobo no sin antes lograr entretener al enemigo y alcanzar los objetivos militares que le habían sido confiados por el Libertador; la figura del Mariscal Sucre, el impoluto, el Abel de América, el triunfador de Ayacucho, como las figuras de Mariño y de Ribas, y las de Miranda y Cedeño, y las de Plaza y Campo Elías, y las tantos otros valientes que, con sus sacrificios, su heroísmo y hasta con su sangre, signaron la independencia de todo un continente, es casi desconocida u olvidada y hasta preterida intencionalmente, porque todo el patrimonio se cifra en el culto a la personalidad y obra del Libertador Bolívar, como queriendo acentuar el centralismo capitalino y opacar los valores provincianos, cuando justamente, los soportes de esa justa fama y de ese merecido culto fueron los esfuerzos y la inteligencia y el coraje de todos esos paladines de nuestra independencia.

Hasta esa injusticia llega el voraz centralismo que sacuda y humilla a nuestra patria, porque no solo la sangre y el sudor y los impuestos y las riquezas de la Venezuela provinciana se mantienen en constante transfusión hacia la capital de la república, para que en ella se construyan soberbios hospitales, suntuosas avenidas, costosísimos “metros”, túneles y distribuidores de tránsito, relucientes parques y majestuosos edificios, mientras a los estados y territorios de la república se le arrojan los escuálidos “situados” para que sus habitantes, empobrecidos y olvidados, continúen cantando, con entusiasmo, “seguid el ejemplo que Caracas dio” y hasta se les regatea la gloria de sus héroes relegándolos al olvido con la más cruel de las indiferencias.

Y la verdad es, señores, que por lo que toca a nuestro héroe zuliano, Urdaneta fue el brazo derecho de Bolívar, y con “aquella lealtad”, -diré yo ahora con Héctor Cuenca- que no llegó a rayarse nunca, con aquel valor sereno, con aquel desinterés absoluto, con su espíritu de sacrificio cien veces probado, con su talladura viva de héroe, con sus superiores cualidades morales, Urdaneta era fuerza que acrecía la fuerza de Bolívar”.

Y la verdad es que, desde el primer momento, Bolívar comprendió que los hombres que lo rodeaban acrecían su fuerza, y en reconocerlo y proclamarlo, Bolívar fue justo, aunque los venezolanos no hemos sabido imitarlo. Bolívar supo hacer justicia a sus compañeros de lucha, como lo prueban hasta la saciedad las brillantes páginas de nuestra historia, en las que se recogen, tomadas de cartas y proclamas bolivarianas las alabanzas, los testimonios de justicia, los reconocimientos de hidalguía a la valentía, a la capacidad, a la lealtad, a la fuerza de sentimientos, de nuestros héroes provincianos por parte del Padre de la Patria.

Por lo que respecta al General Urdaneta, pudiéramos llenar unas cuantas cuartillas con testimonios de reconocimientos a las virtudes militares y cívicas, a las cualidades morales que El Libertador hizo de Urdaneta. Bolívar, desde que escuchó a Urdaneta decirle: “sin con dos hombres basta para emancipar la patria, presto estoy a acompañarlo a Usted”, se dio cuenta de la envergadura del hombre



Con S. S. Juan Pablo II

que estaba a su lado y que no se amilanaba ante el poder inmenso de la espada imperial; ni se acobardaba ante el agobiante espectáculo de todo un continente dominado por el León Ibérico, ni ante las mil dificultades y desventuras que agobiaban a la patria en esos precisos momentos; y con razón y absoluta sinceridad, muchos años después, en 1827, Bolívar escribía a Urdaneta: “Desde que conocí a Usted, le descubrí la capacidad que tenía para manejar grandes negocios; ahora tengo la satisfacción de ver la prueba de mi juicio”

Ese elogio, en boca de un hombre del talento y de la extraordinaria visión del Libertador, y después de haber tratado, tan de cerca y durante tantos años al General Urdaneta, es un testimonio excepcional, no solo para gloria de Urdaneta, sino también para quien le honraba de esa forma, comparable con aquel testimonio que, en carta del 27 de Octubre de 1814 suscribía Bolívar: “Mi querido Urdaneta:

con la más grande satisfacción he sabido que Usted, ha salvado el ejército de Caracas, con lo que podemos decir que ha salvado Ud. las esperanzas de la República; este servicio es grande; este servicio lo aprecio yo en tanto como la más grande victoria, aunque algunos tengan que criticar una operación tan prudente y acertada. Yo doy a Ud. las gracias en nombre de Venezuela, que si vuelve a ser liberada, deberá a Ud. este beneficio”

No podía Urdaneta ambicionar una gloria mayor. Bolívar lo llama el Libertador de Venezuela y elogia ardientemente la operación militar realizada por Urdaneta como prudente y acertada, cuando otros que la criticaban no la comprendían. En aquel momento un militar no podía aspirar a escuchar una alabanza mayor de su Jefe.

Ninguno más capacitado para juzgar a Urdaneta que el Libertador. Ninguno más al corriente para valorar las virtudes del gran zuliano. Por eso, Bolívar, en carta del 1º de Enero de 1829, decía que “Urdaneta era el eje sobre el cual rodaba la máquina de Colombia”, y en otra correspondencia, manifestaba el Libertador que Urdaneta “era el eje de sus operaciones militares”. En carta del 30 de Mayo de 1820, Bolívar escribía a Santander, en contestación a una carta del jefe colombiano: “En cuanto a la comisión diplomática aseguro a Ud. dos cosas; la primera, que no me puedo persuadir de que Ud. desee realmente dejar su destino en este momento sin que pueda ser reemplazado por otro que por Urdaneta, el cual no puede ser reemplazado por nadie en el que tiene, por lo cual no me persuado que Ud. pretenda perjudicar la República. La otra es: que mientras no hayamos triunfado de los enemigos, o mientras yo mande, no pienso mudar a Ud. de su destino. Hecha la paz, será otra cosa”.

Y, en carta del 18 de septiembre de 1830, ya en las postrimerías de su vida, el Libertador decía a Urdaneta: “Ahora me toca a mí rogar a Ud. no nos abandone a merced de anarquía tan horrorosa. A Ud. no se le puede culpar de ambición en vista de que Ud. es el más empeñado en que yo vaya y que nunca ha rivalizado al gobierno”, va a decir al mismo Libertador, ya que hasta ese momento, el Libertador había ejercido siempre el gobierno de la Gran Colombia.

Cuando las muchedumbres de Caracas vitoreaban a Bolívar a su entrada a la ciudad y le consagraban el glorioso título de LIBERTADOR, éste, declinando el honor en los jefes que lo habían acompañado, al referirse a Urdaneta, lo presentó al pueblo como el más “SERENO Y CONSTANTE OFICIAL DEL EJERCITO”.

Estas palabras constituyen el mayor y más solemne y acertado panegírico que se ha podido pronunciar sobre Urdaneta. Y a fe que lo demostró durante todos los años de su larga vida pública, jamás alentó sus ambiciones desmedidas de mando, de honores ni de dinero, y siempre estuvo alejado de todo género de intrigas. Su paso por las elevadas posiciones oficiales a las cuales le llevaron su talento, su valor y su lealtad, fue tranquilo, sosegado y sin estrépito; jamás realizó en su vida nada de espectacular, de bullicioso, ni de violento, como que hasta el mismo General Francisco de Paula Santander, enemigo declarado de Bolívar, y por lo tanto de los amigos verdaderos y leales del Libertador, reconoció, en carta a Bolívar del 20 de Febrero de 1823, la grandeza moral de Urdaneta, cuando escribió: “Urdaneta debe ir la Senado y éste debe ser siempre Comandante General, porque es Jefe de toda confianza, capaz de todo lo bueno y de nada malo”.

Con razón, un gran zuliano, el Dr. Juan Tinoco, hizo con su donosa pluma la fotografía moral de Urdaneta, basadas en esas palabras del Libertador: “Paradigma de coherencia y de responsabilidad. Siempre a la medida de sí mismo. En el cauce, siempre en su destino. Una sola laja unánime. Un solo filo de cantil a todas las escandellas. Roca lisa y reluciente, por la que resbalaron, sin morderla, los hongos palaciosos y el hacha mortal de la vida”

Y el mismo Urdaneta se retrató de cuerpo entero, según la apreciación del Libertador, cuando al corresponderle dirigir al gobierno, no en época de paz, ni cuando se encontraban en marcha regular y ordenada todos los organismos del Estado, sino en los momentos en que se deshacía la obra gigantesca de nuestro Libertador, en los instantes de peor naufragio, manifestó: “Aunque temo no poder impedir el naufragio de la nave, procuraré al menos salvar la tripulación y los pasajeros, evitando que en la confusión se disputen una tabla a puñaladas”.



Orador de Orden en el cuatricentenario de Maracaibo el 8-9-1969.

Una de las consecuencias lógicas de esa constancia y de esa serenidad con que lo retrató Bolívar, una de las secuelas obligadas de su lealtad al Libertador y a la causa de la justicia, es el de haber cargado siempre con las desgracias de la patria.

Cuando, el 18 de Octubre de 1839, Urdaneta, obligado por la enfermedad y la pobreza, únicos galardones que obtuvo de sus luchas por la patria, dirigía al Presidente de la República una conmovedora representación para solicitar la pensión de inválido establecida por la ley a favor de los antiguos militares, pudo decir con orgullo, con la frente muy en alto, estas sinceras palabras: “creo notorios mis servicios, tan antiguos como la obra de la independencia, constantes como ella, y no grandes, pero si fieles. Con más o menos fortuna, mi nombre figura en todas las épocas de su historia, y con la dicha de no haber emigrado, siempre tuve la de cargar con el peso entero de las desgracias de mi Patria”.

“Cargar con el peso entero de las desgracias de mi patria”. Correspondió a Urdaneta resistir como bravo en el sitio de Valencia para cumplir con la orden de Bolívar de defender esa plaza hasta morir para que no se perdiera la república. Y en ese sitio dantesco, con doscientos ochenta soldados para oponerse a cuatro mil sitiadores, sin alimentos, sin agua, dispuestos a volar con el parque antes de entregarse al enemigo. Urdaneta soportó todos los dolores, todas las angustias, todas las penas, todo el peso de las desgracias de la patria, como consecuencia de su serenidad, de su constancia y de su lealtad.

“Cargar con el peso entero de las desgracias de mi patria”. Cuando Bolívar seguido por doliente, hambrienta, desastrada y casi enloquecida emigración marchaba hacia el oriente de Venezuela, en esa misma hora, llamada “la hora de la crucifixión de Venezuela”, correspondió a Urdaneta marchar también, acompañado de otra doliente emigración, hacia el occidente, y al beber el cáliz de esa hora aciaga, supo cargar de nuevo con el peso entero de las desgracias de la patria. Con razón Bolívar, consciente de la importancia que involucró para la república la estratégica retirada de Urdaneta, le decía: “Con la más grande satisfacción he sabido que Ud. ha salvado el ejército de Caracas, con lo cual podemos decir que ha salvado Ud.



Ordenación de un sacerdote en su Diócesis.

las esperanzas de la república; este servicio es grande, este servicio lo aprecio yo en tanto como la más grande victoria”.

“Cargar con el peso entero de las desgracias de mi patria”. Cuando manos criminales movidas desde las sombras por ruines pasiones, atentan, en la noche nefasta de septiembre de 1828 contra la vida del Padre de la Patria, Urdaneta, sereno, constante y leal, firme en el principio de no excusarse jamás de cumplir los encargos militares que se le hicieran por Bolívar, acepta la Comandancia General del Departamento de Cundinamarca, con el penoso y difícil encargo de descubrir y juzgar a los culpables, sin que se le ocultara que esta labor de justicia habría de atraerle odios implacables y traidoras venganzas. Una vez más, en el momento en que la Patria vacilaba, porque la vida de Colombia dependía de la de Bolívar, Urdaneta, hombre de una sola pieza, de quien dijo el historiador colombiano Botero Saldañariaga, que “reunía a la franqueza ruda de un gran soldado, el valor que modeló aquel carácter de bronce, del bronce en que se vacían los machos de la historia”, dedicóse con mucha actividad, gran firmeza e imparcial justicia a concluir aquellos ruidosos procesos que tenían agitada la capital y consternados a sus moradores, y en expresión del historiador colombiano Restrepo, su fallo tuvo el firme respaldo de

su propia conciencia ante la debilidad del Consejo de Gobierno, que recomendó el indulto para Santander y sus cómplices sentenciados a muerte por el insobornable juez, y la magnanimidad del Libertador que concedió y firmó el indulto.

“Cargar con el peso entero de las desgracias de mi patria”. Cuando desatada la guerra entre Perú y Colombia, violadas las fronteras colombianas y sublevados Obando y López, el Libertador, “con el corazón oprimido de dolor y el espíritu abrumado por el desengaño irremediable”, debe viajar hacia el sur para castigar a los revoltosos y salvar a la Gran Colombia. Urdaneta recibe de Bolívar, lo que para él, sereno, constante y leal, era una orden terminante. “Yo lo espero todo de la cooperación de mis amigos”, le decía el Libertador, y muy particularmente de parte de Ud. que es el eje de la guerra, y Urdaneta carga nuevamente con el peso entero de las desgracias de la patria, al dedicarse con infatigable tesón a organizar el envío de soldados, pertrechos y dinero, es decir, todos los materiales indispensables para el logro de la victoria, aún a sabiendas de que “para la hora del triunfo no habría palmas para su nombre”, en expresión del señor Cardenal Quintero.

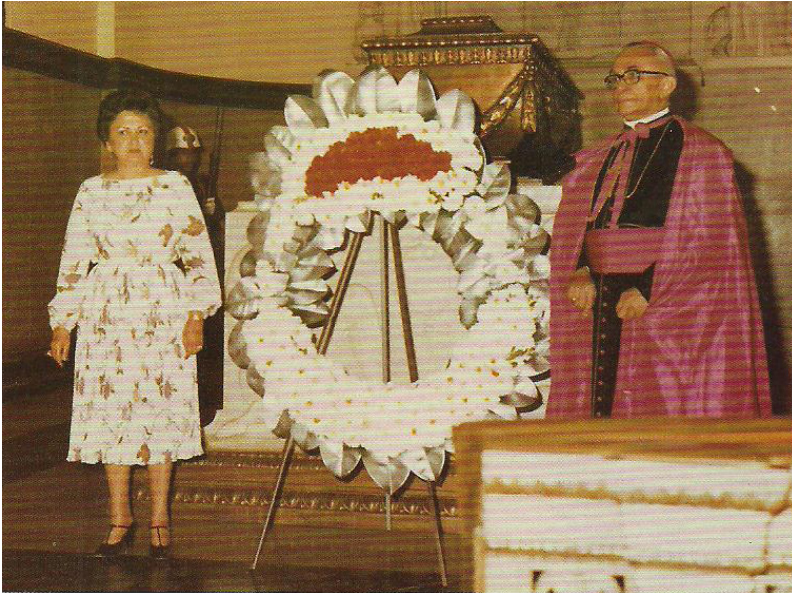
“Cargar con el peso entero de las desgracias de mi Patria”. Resignado por el Libertador ante el Congreso de Colombia, en Bogotá, en Enero de 1830 el poder supremo y la Presidencia de la República, electos Mosquera y Caicedo como Presidente y Vicepresidente respectivamente, surgida la anarquía más horrorosa ante la ineptitud de los nuevos gobernantes y el desenfrenado juego de las pasiones políticas y del odio al Libertador, desgarradas la libertad y el orden, Urdaneta vuelve a cargar con el peso entero de las desgracias de la Patria, y a pesar de la abierta repugnancia, como el mismo confiesa en carta del 1º de Enero de 1831 al venezolano Juan José Flores, empuña sereno y constante el timón de la República para complacer a cuantos clavaron en él sus ansiosas esperanzas, y solo porque consideró que ese tan arriesgado paso abría el camino para que el Libertador se encargase nuevamente del mando supremo y se calmaran las agitaciones de los pueblos y de las tropas, sin otra aspiración que salvar la Patria de la anarquía como él mismo decía al General Flores en la carta citada.

Ese fue el hombre cuyo natalicio estamos celebrando los zulianos una vez más en nuestra historia regional.

Abraham Belloso, zuliano íntegro, apasionado regionalista y venezolano sincero, en uno de los innumerables discursos con que defendió los derechos del Zulia en todos los terrenos, llegó a decir que “es natural y lógico en la comprensión de este pueblo, que ha sabido valorar la talla del General Urdaneta, sentirse orgullosos de su conterráneo; y de ese orgullo levantamos a lo alto el corazón para agradecer al Hacedor Supremo, haberle dado al Zulia ese representativo, que en la vastedad del escenario donde actuó tanto hombre grande y donde apenas si es visible la grandiosidad, él se destacó en toda la plenitud de su grandeza”.

Y ha sido tan hondo, tan suyo, ese sentimiento de afecto y veneración hacia el héroe –continúa diciendo Don Abraham– que en el zuliano corren parejas sus dos grandes devociones: la de la Milagrosa Virgen de Chiquinquirá en lo espiritual; y la del general Urdaneta en lo humano; y se ve y se palpa que en los homenajes que cada año le tributan a la virgen zuliana, repican, cada vez con mayor sonoridad las alegres campanillas en todos los corazones; y en los del héroe, también en progresión creciente, se mueven todas las fibras del patriotismo y ponen un crepitar de satisfacciones en todos los sectores venezolanos de la laguna grande. Y esa observación, hízome decir en una ocasión, que los honores que el Zulia consagra al General Urdaneta cada año, constituyen los festejos de la Chiquinquirá del patriotismo.

Señores: de Urdaneta hemos aprendido los zulianos a ser auténticos venezolanos; porque, desde la escuela primaria se nos enseñó que Urdaneta fue grande, porque siempre fue leal a su Patria en todos los momentos de su existencia, y jamás le tembló ni la espada ni la pluma cuando se trató de situarse al lado de la justicia y del honor; porque, desde el hogar, cuanto entonces se enseñaba en el hogar, nuestros padres nos sembraron en la mente y en el corazón la sana y vigorosa semilla del patriotismo, del amor a la tierra que nos vio nacer dentro del marco grande, inmenso, de una Patria que comienza en Castillete, en la Península de la Goajira, y termina en Don



Acto en honor a Rafael Urdaneta en el Panteón Nacional el 24-10-1980

Pedro, en la Península de Paria, y se inició en las aguas del Caribe, donde se rutila todo un rosario de islas para ir a morir en los riscados orígenes del Orinoco; porque desde la escuelita donde aprendimos a conocer las primeras letras bajo la mirada severa y a la vez dulce de la humilde, noble y desinteresada maestra pueblerina, se nos enseñó a conocer y amar a Urdaneta en sus variadas y siempre ejemplares facetas de político y magistrado, de diplomático y militar, de civil y hombre de hogar; se nos inculcó en el alma que debíamos mirarnos siempre en el terso espejo de “El Brillante”, y se nos repitió –por los labios sinceros y robustos de un Ramón García Oliveros, de un José Paz González, de un Hermágoras Chávez, de un Raúl Cuenca, de un Francisco Araujo García, de un Rafael Escandela, de un Miguel Iriarte Pineda, de una Celia Olivares o de una Amelia Ríos o de una Daría D’Windt, que no conocieron la palabra huelga, sino únicamente las palabras “deber” y “abnegación”, que el patriotismo no es un vago sentimiento romántico, estéril en la acción y fecundo en elucubraciones literarias, sino una sublime virtud” que debe vi-

virse mediante el ejercicio de todos los deberes cívicos y por medio de una vida consagrada a las más nobles actividades del cuerpo y del espíritu, que redunden en honor y beneficio de la Patria grande; porque desde la escuela primaria y desde el hogar se nos enseñó a admirar en Urdaneta el equilibrio de su alma serena, en la que “todo fue grande; abnegación, desprendimiento, valor, talento y lealtad”, y a verlo siempre cruzar, como lampo luminoso por los cielos y senderos de la patria grande Venezuela, con “la fe de un cruzado en el corazón y el sueño grandioso de un quijote en su mente”

Señores: no faltará quien diga que Urdaneta es una hoja amarillenta de un pasado que no volverá y que los venezolanos debemos vivir no anclados en los recuerdos de la historia sino en el presente de la patria en inquietud constante hacia el futuro.

Y es verdad. Pero el ejemplo de quienes nos dieron independencia y libertad nos vive acicateando para que apliquemos en los tiempos actuales, y en orden a un futuro próspero que afinque no sólo nuestra libertad política, sino la económica, espiritual y cultural, el ejercicio de virtudes que resplandecieron en nuestros Libertadores y que, como ayer, son necesarios para lograr los ciudadanos que necesita actualmente la Patria venezolana.

Porque, Urdaneta, señores, se yergue ante los hombres de hoy y del mañana, como un atleta de bronce en el que la Providencia fundió el talento militar, el valor y las virtudes cívicas, y formó esa efigie moral que se destaca entre arcos de luz en los horizontes de Colombia.

Para la hipocresía, la ambición, las intrigas, los rencores, las conciencias airadas y el engaño que utilizan los políticos de hoy con los pueblos que los llevan al poder, Urdaneta tuvo siempre la lealtad sin mácula, el desprendimiento heroico y la más noble sinceridad; para la venalidad de los encargados de administrar justicia, que tanto deshonran en la actualidad a uno de los principales poderes de Venezuela, Urdaneta opuso, durante toda su vida, y principalmente cuando le tocó actuar contra los traidores, su ecuánime e indeclinable voluntad por encima de todas las amenazas, de todos los peligros y de todas las seducciones; para la irresponsabilidad y codicia de los gobernantes y empleados públicos que truecan los dineros del pueblo

en propio tesoro personal, y enriquecidos ilícitamente a los pocos meses del ejercicio de algún cargo público, el pueblo escandalizado los contempla convertidos en nuevos ricos y odiosos burgueses; Urdaneta opuso el tesoro espiritual de su honor, de su dignidad sin arrugas, de su pobreza sin rebajamientos, de su honradez sin tacha y de su probidad suma hasta llegar a la vejez sin casa donde habitar, sin pan y sin recursos pecuniarios después de haber tenido en sus manos el bastón de la república, la espada de General y carta blanca contra el tesoro nacional; para las tráfugas que viven cambiando de color político y mariposeando de partido en partido, en un continuo enlodar nombres y dignidades, porque imaginan que la democracia es una simple lotería de prebendas sin deberes ni responsabilidades, en desmedro de los intereses de la Patria, pospuestos a los suyos tan personalistas y egoístas. Urdaneta nos da el ejemplo de haberse mantenido siempre fiel, generoso y desprendido, en sacrificio constante ante el ara de la Patria, como el más leal entre los leales de Colombia; para los que aborrecen el trabajo y lo consideran una deshonra y pretender vivir sin arrancar a sus frentes una sola gota de sudor y en los cargos de acción, a unos pocos años de ganar sus sueldos, se autojubilán desvergonzadamente. Urdaneta, que tantos laureles cosechó en mil batallas, no desdeñó convertirse en humilde cosechero de algodón y maíz en la laboriosa tierra falconiana, y solo cuando su situación económica se hizo desesperada y sus ojos empezaron a perder el brillo que, como el relámpago de su tierra natal, iluminó a la Patria en tantas vicisitudes y peligros, sólo entonces se decidió a solicitar a la nación le acordara la pensión de inválidos; él, que lo había dado todo para el servicio a la Patria; para los pacatos y cobardes que solo saben defender a la Patria con su verborrea vacía y falsa y que al percatarse del mínimo peligro, se esconden como despreciados reptiles para salir luego a la hora de la repartición a cobrar su cuota. Urdaneta se nos presenta como el valiente entre los valientes que, con su espada, cruzó entre mil azares montañas y ríos, valles y llanos y mares, y presentó siempre batalla frontal a las cobardías, traiciones, peligros y falsías de Caracas y Valencia, de San Carlos y Pampatar, de Ocaña y de Bogotá, de Los Horcones y Taguanes, de Niquitao y

Maturín, y su pecho, siempre noble y grande, erguido como un picacho andino y sereno siempre como su lago, lo enfrentó a todas las traiciones, dificultades y peligros que encontró la Patria en su gesta de libertad, para vencerlos todos en obsequio de Colombia y ocultarse siempre en la hora de los premios y de las loas consagratorias; para los que pretenden establecer la democracia sobre un cementerio de deberes y un campo erizado de derechos, Urdaneta dejó establecido, en profunda comprensión del ideal bolivariano y como insustituible expresión de la democracia, que la libertad no puede existir sin el orden y la justicia.

Señores: Urdaneta no es una página amarillenta de la historia. Urdaneta es vivencia. Y en esta hora, preñada de peligros para la democracia republicana que nos ha tocado vivir, Urdaneta se nos presenta como el custodio del santuario en que el honor del patricio se juntó con la sencillez del cristiano y la profunda dignidad del ciudadano.

Señores: desde la tierra de Sucre, que es mía, no sólo por ser venezolano de nacimiento, sino porque Dios me la entregó cuando al ser consagrado Obispo de Cumaná, el Pontífice colocó en mi mano el anillo que simboliza la fidelidad a mi Diócesis y la entrega total a su servicio; desde esa tierra sucrense, patria de hombres y mujeres rudos por el trabajo del mar y del campo, todavía olvidada y preterida, alimentada sólo con engaños y promesas, patria de Andrés Eloy Blanco y de Bermúdez, del Padre Alcalá y Ramos Sucre y Salmerón Acosta, de Montes, Mejía y Ribero, y de tantos y tantos que, con su inteligencia, con su verbo y con su espada, han forjado la Patria grande, he venido a tributar este homenaje, en mi doblemente sentido, por mi condición de zuliano y de sucrense, a Urdaneta, al Hijo Máximo del Coquivacoa como ofrenda del Hijo Epónimo del Manzanares, y proclamar a los cuatro vientos, que la lealtad que ambos profesaron a Bolívar y a Colombia, es una divisa inviolable, un mandato histórico para la unión que debe reinar entre todos los venezolanos sin distingos de geografías pueblerinas, como un solo corazón y una sola alma y un solo esfuerzo para darlo todo por la gran Patria Venezuela.

Señores: mil gracias.

JOYELERO DE PLATA

**Conmemoración de la
Batalla Naval del Lago de Maracaibo
Mons. Mariano Parra León, 1973**

Nos hallamos en el año conmemorativo del sesquicentenario de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, que, prácticamente selló la independencia de nuestra Patria, y sentimos vibrar en nuestro espíritu el sentimiento del más puro regionalismo que enorgullece a quienes tuvimos la dicha de nacer en las orillas de ese

*Joyelero de plata,
en donde Dios soñara su sueño de zafir...
Lago color de cielo,
y un infinito azul entre los dos!
no alcanzan las pupilas del anhelo
a saber si Dios vaga por el cielo en un vuelo
o si huellan el Lago las sandalias de Dios.*

En hermosísima estrofa del imponderable Yépez Trujillo.

Sobre las ondas de ese Lago sin brumas que en la media noche, a la claridad de la luna lo contempló José Ramón Yépez “coronado de espumas, soñando melancolías”, derrotó el Almirante Padilla en la última batalla que soportó nuestra tierra venezolana a las últimas fuerzas realistas.

Pero –parece mentira– los zulianos no hemos sabido apreciar y valorar nuestro Lago, “verdadero emporio”, como lo bautizó Codazzi;



Visita Ab Limina de los Obispos venezolanos. Roma, 1979

que ha hecho del Zulia “un como imperio acuático y comercial”, en frase feliz de Picón Salas, y lo ha hecho “sentirse siempre timonel de un destino superior y le ha brindado vastos y despejados horizontes”, en expresión de Gonzalo García Méndez.

El Cardenal Quintero, en uno de sus bien cincelados discursos, el pronunciado justamente ante el Lago el 24 de Agosto de 1949, lo describe como “dormido sobre su lecho de oro”, que “ha venido dando a Venezuela y a muchas otras naciones, con la elegante esplendidez de un pródigo rey multimillonario, ese oro de su lecho, que si no brilla como el de Guayana, lo iguala y aún supera en abundancia, utilidad y valor”, y es que el Zulia, dominado por el Lago, realiza en su ámbito una especie de síntesis o resumen de la estructura de la nación venezolana, con sus aguas, sus llanuras, sus selvas y sus montañas, hasta el punto de que este hermoso y vital escenario nativo, como un nuevo Dorado, absorbe todas las apetencias de nuestros hermanos de todo el país y de los extranjeros que vienen a explorarlo.

Sin embargo, los zulianos cargamos sobre nuestras conciencias el pecado cívico de haber permitido con nuestra inercia, nuestra pereza e indiferencia, que “ese corazón que palpita sin cesar” –en hermosa expresión del mismo Cardenal Quintero- y que, “al contemplarlo en su rítmica agitación constante, en su inquietud permanente, en su indomable rebeldía, en su actividad sin segundo de sosiego, hallemos en él la triunfal hermosura de la vida”, esté convertido hoy en un corazón sin vida, no tanto porque ya no surquen sus ondas los airosos veleros que le dieron gracia, poesía y vida en tiempos pasados, sino, sencillamente, porque sus aguas no reflejan, contaminadas, ennegrecidas, sucias, malolientes, aquella “alma poética” con que lo cantó en estrofas imponderables nuestro gran Udón Pérez.

*¿Quién duda que en el Lago parece que palpita
un corazón, que un alma poética se agita?
El céfiro y la onda, el pájaro y la rama,
pregonanel prestigio de esa virtud.*

Los zulianos hemos dado las espaldas al Lago, no solo en el aspecto de la expansión topográfica de la ciudad de Maracaibo; ni –como afirmaba un columnista del Diario Panorama– porque “no tenemos tradición marinera, ni de transporte moderno, ni pesca planificada, ni de pleno consumo de los productos del mar”; ni porque “a lo largo de las costas lacustres -según el mismo testimonio- se encuentran poblaciones mal nutridas, cuando no hambrientas”, sino, sencillamente, porque enloquecidos ante la epifanía del petróleo y maculados por las negras capas oleaginosas, nos dormimos, no ciertamente escuchando como diría Yépez, “el concierto de la noche y su dulce calma al amanecer al remecer el viento el penacho de la palma, cual si fuera hablando una palmera a otra”, sino al son de las sinfonías materialistas y crapulosas que entonó el oro negro y que parecen haber herido de muerte las sustantivas virtudes del alma zuliana y su tesitura espiritual, envanecidos los zulianos por los fuegos fatuos del petróleo cuya situación de riqueza y de bonanza jamás creyeron que se les escaparía de las manos sino que habrían de gozarla y de abusarla sin límite de tiempo.



Mons. Parra León y miembros de su familia.

El Lago de Maracaibo, que, cuando todavía no habían caído sobre él “las miradas, el interés, los capitales y la ambición multicolor de los grandes consorcios y aventureros de la industria petrolera internacional”, creó e instituyó nuestro Estado Zulia y nuestra cuatricentenaria ciudad de Maracaibo, con su gran reservorio de riquezas naturales, con la grandeza espiritual de su cultura, de su amor al trabajo y a la belleza, que le ha señalado siempre un destino en el concierto de la gran Patria venezolana; con su rico filón científico y literario que cristalizó en la iniciativa y en el esfuerzo propio y autóctono de sus hijos, empeñados, como legítimo exponente del gentilicio zuliano, en crear una vida propia, porque los vesánicos deseos de convertirla en “playa de pescadores”, empujados a ser remoto y olvidado confín de Venezuela. Adheridos a una firme voluntad de ser grandes y felices, nuestro “joyelero de plata”, se encuentra hoy abatido de muerte, como aquellos caballeros medievales que caían sobre la arena de las justas con el pesado fardo de sus armaduras,

contemplando con ojos desorbitados la espada del enemigo sobre sus cabezas dispuesto a rematarlos.

Y, justamente, al celebrar los primeros ciento cincuenta años de la Batalla del Lago de Maracaibo, creo que los zulianos debemos hacer realidad aquella profecía de un celebrado escritor venezolano: “El Zulia se siente predestinado más que por el pasado y el presente, por el porvenir”.

Ha llegado la hora en que los zulianos, despertados por ese mismo Faro del Catatumbo, cuya diadema de relámpagos nos cegó hasta el extremo de hacernos olvidar lo que en realidad significa el Lago para nosotros, nos esforcemos por crear en nuestro pueblo una conciencia firme, sensible y receptiva de la belleza, de la bondad y de la utilidad tan generosamente contenidas y prodigadas en esta grandiosa obra de la naturaleza que es el Lago de Maracaibo, porque él es una realidad histórica, de relieves continentales por su belleza y utilidad, y dentro de la estructura de la Patria Venezolana, es de proyecciones inmensas de nacionalidad y unidad. El Lago de Maracaibo, en expresión de un gran escritor, es “historia viva, alegría, nervio, razón suprema de todo lo que gravita a su alrededor; está bullente en la sangre generosa de sus hijos, en los ojos eternos del sol y en la distancia inmensa de sus aguas”.

Dios nos dio este Lago no solo para nosotros los zulianos sino para todos los venezolanos, porque nuestro regionalismo, objeto de tantos y tan diversos y no pocas adversos comentarios e hipótesis, no se concibe sino en función de Patria grande y única. Por eso el Lago de Maracaibo es Patria, porque nuestro Lago dio a Venezuela su nombre en el amanecer de la conquista, y dio a Venezuela, en el anochecer de las cadenas hispánicas, el mismo nombre con que lo bautizaron los conquistadores, pero, un nombre ya libre de los yugos seculares, al rubricar el Almirante Padilla, con la sangre patriota derramada sobre las ondas coronadas de espumas de nuestro Lago, la independencia de todo un Continente. Por eso, es hora de que los zulianos le demos la cara; lo miremos frente a frente; le demostremos, a él, que es emblema de la más pura y auténtica zulianidad en nuestro Escudo regional, el amor patriótico que se merece.

Se ha escrito últimamente que Maracaibo ha traspuesto su cuarto de siglo de fundada, tercamente adherida a su voluntad de ser feliz, y que lo hace como si estuviera inaugurando optimismo... empinándose sobre su apabullante presente y espoleándose con la gama de las posibilidades servidas en la bruñida bandeja del Lago.

Que la celebración de este tricesquicentenario de la Batalla Naval que cubrió de gloria y esperanzas a la Patria Venezolana el 24 de Julio de 1823, despierte, agilice y enardezca la voluntad de los zulianos, en rescate de glorias pretéritas, para que el Zulia vuelva a relampaguear en la noche del olvido, de la indiferencia y el engaño, no con fuegos fatuos sino con tangibles realidades.

Cumaná, Julio de 1973

Mons. Mariano José Parra León

Obispo de Cumaná

MONS. MARIANO PARRA LEÓN

SU PENSAMIENTO HOY

Leer en el presente las homilías, reflexiones, pastorales y mensajes dirigidos al clero y fieles de su Diócesis por Mons. Parra León, es encontrarse con un hombre absolutamente actualizado, cuyas ideas se adaptan a la realidad del país, a pesar de haber transcurrido más de veinte años de su desaparición física.

El Obispo zuliano poseía una preclara inteligencia y un afán investigativo propio de las mentes lúcidas que siempre permanecen dedicados al estudio constante que enriquece el intelecto y proporciona la sabiduría necesaria para comprender al mundo actual y poder ejercer con gran propiedad el trabajo de orientador y maestro en la fe y en las principales ciencias humanas.

Sus biógrafos escriben que el Padre Parra era un modelo como docente en sus clases de Literatura, Latín y Filosofía, disciplinas con manejaba con total suficiencia y autoridad. Estudiaba todas las corrientes del pensamiento universal, los clásicos greco latinos y españoles; memorizaba y recitaba conocidos poemas de la Literatura Venezolana.

Leer a Parra León hoy es escuchar a un hombre que permanece físicamente entre nosotros. Su voz aún parece escucharse haciendo reflexiones a la Venezuela trágica del presente, presentando denuncias y pidiendo soluciones; evangelizando y colocando al pie de la Cruz sus oraciones por la patria que amó hasta la desesperación.

Por ello, he aquí algunos fragmentos escogidos de sus homilías, mensajes, pastorales y exhortaciones, con el interés de que sirvan de mensaje al venezolano de hoy, tan necesitado de voces conscientes que le ayuden a encontrar luces en la oscuridad.



Acompañado de los Drs. Guido Puche Nava y Eucario Romero Gutiérrez, abogados nativos de Los Puertos de Altagracia.

Lo mencionado justifica el que en homenaje a su memoria y a su legado intelectual, se inserten a continuación fragmentos de sus homilías y pastorales, expresiones dirigidas a sacerdotes y laicos, a sus feligreses, al cristiano en general, a través de las cuales catequiza y formula normas de vida para el acercamiento a Dios; reflexiones en forma pedagógica que ayudan al buen cristiano en su búsqueda incesante de la verdad y del camino hacia la redención.

Sobre la desviación de las costumbres cristianas

“...ante tan tamaña desviación de los fines del hombre, ante tanto odio y venganza como comprobamos,... ante tanta rivalidad política y social que enerva nuestras fuerzas espirituales, materiales y morales, ante la desunión que reina entre nosotros nos llamamos cristianos, urge recordad esta gran fecha, celebrar solemnemente esta gran festividad del Cuerpo y Sangre de Cristo, es decir, la Eucaristía, centro de la vida cristiana.

Hemos hecho de la religión cristiana, que decimos profesar, una religión de meros actos externos, de borracheras y de procesiones; de bailes y actos poco menos que paganos, y nos creemos católicos, y hasta devotos, porque en el día de una fiesta patronal destapamos varias botellas de licor, apostamos a las patas de los gallos, bailamos desenfrenadamente al son del steel band, y luego, dominados por el licor, asistimos a la procesión.

Y nos asombramos que entre los que se llaman cristianos exista el odio, el rencor y la venganza. Justamente, porque hemos desviado nuestra religión únicamente hacia los actos externos, los más ilícitos y hasta depravados, y seguimos ignorando que la esencia del cristianismo está justamente en el amor existencial y comprometido en el perdón, en la convivencia, en la comunión..”

Homilía en el Día del Cuerpo y Sangre de Cristo, 29 de mayo de 1975, Catedral de Cumaná

...

Sobre el Papa Pablo VI

“...Pablo VI fue el Gran Pastor de la Iglesia. Su afán evangelizador lo llevó no sólo a dirigir al mundo sus magistrales Encíclicas y Cartas Apostólicas, como la “Eclesiam Suam”, la “Populorum Progressio”, la “Octogésima Advenium”, sino de una manera especial con sus Catequesis semanales...donde se desempeñó como maestro universal que prestó a la iglesia en los tiempos actuales de desorientación y de confusión con motivo de los cambios y vaivenes que padece el mundo, el insustituible servicio de su perseverante ministerio de la palabra.

Pablo VI fue el gran reformador del Siglo XX. La Historia, maestra de la vida le hará justicia, porque Pablo VI transformó la Iglesia anclada en la tradición de unos siglos de inmovilidad en una Iglesia dinámica y viva. Solamente la Iglesia Católica, dirigida por el Papa Pablo VI, ha podido dar al mundo un ejemplo de renovación como el que ha marcado en los fastos de la Historia de la Humanidad desde el Concilio Vaticano II a la fecha. Por eso el Papa Pablo VI revisó el Consistorio, revisó la Curia Romana, revisó las Congregaciones,

transformó la Liturgia, revisó los rituales y emprendió la gran obra de la revisión del Derecho Canónico, estancado en la pátina de los siglos.. Pablo VI puso a caminar el cristianismo por unos caminos vivos, dinámicos, actuales y esencialmente evangélicos..”

Homilía en funeral en memoria de Pablo VI, 9 de agosto de 1978, Catedral de Cumaná.



Sobre la necesidad de auténticos sacerdotes

“...De todos los pueblos del Estado Sucre me piden constantemente sacerdotes, por desgracia, con un concepto muy equivocado de lo que es la misión del sacerdote, porque se le considera no como un representante de Cristo, no como el protagonista de la misión encomendada por el Eterno Padre a su Divino Hijo, no como un evangelizador, un conductor de la fe cristiana, un predicador auténtico de la doctrina de Cristo, sino simplemente como un empleado público más, quizás si como un Prefecto o Jefe de Policía, para que haga bautizos, rece sobre los cadáveres y presida procesiones. El sacerdote así considerado no se necesita para formar ni sostener la Iglesia, la misión del sacerdote es más sublime, más enaltecedora, más ejecutora de la obra de Dios en los pueblos.

Por eso nos hemos empeñado, Obispos y Sacerdotes en dignificar nuestra misión y lograr para esta Diócesis sacerdotes que sean auténticos ministros de Dios, ejecutores de la obra salvífica de Dios y del plan de salvación que el Eterno Padre se trazó para el mundo..”

Homilía en la festividad de la Santísima Trinidad, 10 de junio de 1979, Catedral de Cumaná.



En defensa del Estado Sucre

“...Yo dije ...que sobre nuestro Estado Sucre había caído aplastantemente la sombra de Berruecos, y señalé al Señor Presidente de la República los gravísimos problemas que aquejan a esta gloriosa tierra y le manifesté que teníamos confianza en la labor gubernamental que apenas iniciaba para que liberase a este Estado de esa fatídica y

traicionera sombra. Dije al Señor Presidente entonces que esperábamos que su gobierno realizase obras de trascendencia industrial, de tanta envergadura que hiciese desaparecer el signo negativo y trágico de su gentilicio y lograr cambiar la dirección del crecimiento poblacional, de una tierra que vive en la triste paradoja de sentir a diario la explosión demográfica, pero con un elevado índice de emigración hacia los centros industriales de la República.

Se nos hicieron entonces mil promesas, se burlaron de nosotros hasta el sarcasmo, llegaron hasta insultarnos diciéndonos que no merecíamos que se gastaran tantos millones en nuestro Estado....

Hoy, Señor Presidente, estamos como en aquel día de Junio de 1974. En esta tierra del pan amargo y de la esperanza dulce, en hermosa expresión de nuestro gran Andrés Bello; seguimos olvidados y marginados de los grandes proyectos nacionales, se nos tiene al margen de los programas industriales, nuestra Universidad languidece por falta de presupuesto, se nos tilda de incapaces para las programaciones ambiciosas, nos sentimos despreciados por el centralismo acogotador, y hasta por los Caines que nos rodean, cuando reclamamos injusticias y arbitrariedades y cuando se nos quiere consolar como si fuésemos estúpidos con promesas que se las lleva el viento de la más descarada burla..."

Homilía en conmemoración de los 150 años de la muerte del Mariscal Sucre, 4 de julio de 180, Catedral de Cumaná.

•••

La comprensión hacia el Sacerdote

"...El sacerdote ha de gastar su vida y hasta dar su sangre por heterogéneos caminos: él está primeramente al servicio de los bautizados, pero tiene que ser fermento de toda la masa, luz del mundo y sal de la tierra para todos los seres humanos; tiene que estar con unos y con otros, con todos; tiene que conocer al hombre de este siglo, hablar su lenguaje, entusiasmarse con sus glorias, con sus aventuras y sus riesgos, compartir sus congojas y tristezas y vivir sus alegrías y esperanzas. Tiene que vivir y actuar fuera del recinto enmohecido de las sacristías.

El sacerdote es algo muy difícilmente comprensible, y, por eso, muchísimas veces, los mismos que somos sacerdotes no llegamos a comprenderlo en toda su grandeza.

Para apreciar al sacerdote en toda su dimensión, es necesario caer en la cuenta de nuestros afanes, en la búsqueda de la verdad, de la justicia perfecta, de la libertad en su sentido más íntimo y del amor en su forma más pura...”

Homilía en una ordenación sacerdotal, 24 de febrero de 1981, Iglesia Nuestra Señora Del Valle, Cumaná.



Importancia de la educación cristiana

“... Si la Iglesia tiene escuelas y colegios, liceos y universidades, es porque, a través de estos medios, puede evangelizar. Si esta evangelización no se cumple, tampoco se justifica que la Iglesia tenga escuelas y universidades. Sería contraproducente, incluso sería deshonesto.

Le educación cristiana tiende a que la fe, ilustrada por la doctrina, se haga viva, explícita y activa en los hombres, y la escuela católica es la única que garantiza que este ideal puede ser realizado en la vida de los niños, y jóvenes católicos. Solo en una escuela de esta naturaleza pueden ellos experimentar lo que es aprender y vivir completamente integrados en la luz de la fe. La Escuela Católica se esfuerza, y cada día debe hacerlo con más intensidad, por ordenar toda la cultura sana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre, como lo enseña la Declaración sobre la Educación Cristiana del Concilio Vaticano II.

La escuela católica debe integrar la fe y los valores religiosos con la vida, de tal manera que mientras los alumnos aprenden nuevos conocimientos y habilidades, valiosos por sí mismos, contemporáneamente ven que todo eso toma su más profundo significado del plan creador de Dios. Por eso, la instrucción en la fe y los valores religiosos son parte integral de la escuela católica. No debe ser una manera

separada de las demás, sino que se la debe percibir y funcionar como una realidad que subyace y en la que las experiencias del alumno, en lo que se refiere a aprender y vivir, alcanzan la coherencia y el significado más profundo...”

Homilía celebración aniversario de “Fe y Alegría”, 11 de mayo de 1981, Catedral de Cumaná.

•••

La importancia de los laicos para la Iglesia

“...La Iglesia Madre, la Iglesia Patria, y en particular, la Iglesia Diocesana, necesita en nuestros días de la riqueza inmensa de posibilidades que posee germinalmente el laicado y que son suscitadas en concreto por el espíritu de Dios.

La Iglesia quiere tener fe en ustedes, y en la capacidad que ustedes tienen de apostar positivamente a la edificación misma de la comunidad, que es mediadora en el proyecto último, en función del cual existe en todos: el proyecto de la constitución del Reinado de Dios en el mundo de los hombres.

Sin el laicado, sin ustedes, es imposible la realización de la Iglesia y de su misión.

La Iglesia de nuestros días está llamada a tener fe especial en todas las personas que la constituyen; a tener fe en especial en los miembros laicos del pueblo de Dios que asumen generosa y responsablemente su papel vocacional en un sentido de transmitir a los demás el mensaje del Evangelio, y en nuestro caso concreto, en provocar un encuentro del venezolano con el hombre mismo, creado a imagen y semejanza de Dios, con la Iglesia de Jesucristo y con el mismo Cristo...”

Homilía de inicio de la Misión Nacional en el Estado Sucre, 3 de noviembre de 1984, Catedral de Cumaná.

•••

Aniversario de su Episcopado en Cumaná

“...Y he querido celebrar esta Misa solo para:

En primer lugar, agradecer a Dios estos dieciocho años, en que he tenido la oportunidad, desde mi responsabilidad de Obispo de esta Diócesis de demostrarle a Dios mi amor y mi agradecimiento, al ritmo que lo he hecho por todos los sucrenses, pues yo estoy convencido que la “Mayor Gloria que podemos dar a Dios”, no es otra sino el bien, no solo “espiritual”, sino también material o temporal que hayamos podido o podemos hacer por los fieles de esta Diócesis, como ha sido, desde el momento que pisé tierra sucrense, la defensa de los más pobres y abandonados, de los marginados y siempre pisoteados; mi defensa comprometida de los “sin techo” y con más vigor aún, mi defensa de los “sin voz”. Por eso, mi invitación hoy para ustedes, es que se unan en esta plegaria de acción de gracias, porque es tanto lo que tengo que agradecer a Dios, que solo no podría agradecerle cabalmente.

En segundo lugar, he querido estar aquí hoy, para pedir al Señor que me continúe ayudando con su Providencia justa y siempre oportuna. Yo soy “providencialista”, creo profundamente en la Providencia de Dios, y por eso, pido a Dios Providente que los años que me quedan como Obispo de esta Diócesis antes de mi jubilación, me continúe ayudando para que lleve adelante la labor comprendida hace hoy 18 años, labor de concientización del Clero y del pueblo fiel, labor de educación de la fe del pueblo sucrense, labor de evangelización a todos los niveles, labor a veces dolorosa de suprimir “malas costumbres” en la Diócesis, labor de receptividad de cuantos de alguna manera dependen de mí, labor de humanidad y comprensión, y también como no, labor de denuncia cuando ha sido necesario hacerlo; decir las cosas claras, aunque, como ha sucedido anteriormente, tenga que sufrir en el futuro las embestidas mortíferas de sectores motivados por intereses políticos, económicos, de poder o sobrevaloración de sí mismos, y, a veces, movidos por otros intereses inconfesables...”

Homilía 18^º Aniversario de la Toma de Posesión como Obispo de Cumaná, 18 de febrero de 1985, Catedral de Cumaná.

Sobre la obra del Seminario Mayor de Cumaná.

“... Creo que, una de las obras de Adviento que hemos construido, es sin duda nuestro Seminario Mayor Diocesano. Es una obra que tiene sus raíces aquí, en el más acá, entre nosotros todos: sacerdotes todos, religiosas, grupos de laicos comprometidos, y ustedes cristianos; nuestro Seminario Mayor Diocesano es una obra que entre todos hemos levantado con mil sacrificios y millones de bondades, ahí en sus muros, en sus aulas, en sus espacios de recreo y en su Capilla, y en su altar estamos representados todos; y los frutos de esta obra, símbolo de nuestra Iglesia local, son frutos de Adviento que, a veces, se hacen presente; más, su garantía será para un futuro a corto y mediano plazo.

...Cuando me marche de la Diócesis, que, en cumplimiento de las normativas de la Iglesia, haré a finales del próximo año, para mí será un alivio el pensar que solo por esta obra que encarna futuro, que es adviento, que guarda semilla de cristiandad y semillero de virtudes, de laboriosidad, de personalidad, de sabor a nuestra tierra, ha merecido la pena estar en el Estado Sucre durante casi veinte años...”

Homilía 1er. Domingo de Adviento, 1 de diciembre de 1985, Catedral de Cumaná.

...

Sobre la degradación del servicio público

“...por eso se dice que el 99 por ciento de los venezolanos somos católicos, cuando, sin duda alguna, Cristo pidió en la Cruz a su Padre que perdonara a quienes lo crucificaban porque no sabían lo que hacían, dirigió su mirada sobre nosotros los venezolanos, los que habitamos la tierra descubierta por Colón y libertada por Bolívar.

Y vio desde la Cruz, en innumerable y vergonzosa caravana los Presidentes de nuestra República que se atreven a condecorar la imagen de la Patrona del pueblo venezolano, y llamándose cristianos y católicos, entran a saco el tesoro de la Nación y ofenden con su conducta escandalosa la moral de la familia cristiana. A los Magistrados de la Justicia vendándole los ojos al Cristo del Calvario para, a pesar de reconocer su inocencia, como Pilatos, condenarlo a muerte en la

persona de tantos pobres y marginados que no tienen el dinero suficiente, como los potentados y los ladrones de guantes blancos para comprar conciencias. A los Legisladores que ejercen la función que les encomendó el pueblo levantando la mano por encima de lo que les dicta su conciencia, y obedecen ciegamente la señal comprometedora del jefe de la respectiva fracción y poder cobrar así limpiamente al final de la quincena, las treinta monedas que tan malamente ejemplarizó Judas al vender a Cristo. A los que llamándose representantes de Cristo, porque recibieron en su ordenación la potestad y la misión para dirigir al pueblo cristiano por los senderos del Evangelio, se entregan, cobardes y pcatos, a los que teniendo en sus manos el poder y el dinero corrompen a los pueblos y los engañan con falsas promesas y abultadas mentiras, cuando la misión sacerdotal es misión de verdad y de justicia, y no de componendas oficialistas y sociales.

Con seguridad Cristo nos vio desde la Cruz, en aquella tarde del Viernes Santo para pedir al Padre que nos perdonara porque no sabíamos lo que estábamos haciendo al crucificarlo con nuestra conducta de ayer y de hoy. No sé si Cristo podría catalogarnos de ignorantes de su doctrina cuando lo crucificamos en aquella memorable tarde, para poder obtener del Padre el perdón que imploraba para nosotros.

Porque allí junto a la Cruz estaban los lujuriosos de hoy en Venezuela que no tienen otro Dios ante quien postrarse, sino la satisfacción de los placeres de la carne; los que amasan sus fortunas a base de injusticias con los pobres y necesitados y amontonan sus haberes con la venta fraudulenta y la opresión a sus trabajadores y empleados; los soberbios que se creen predestinados, sin duda por Dios, para gobernar la República y coronar nuevamente a Cristo con la corona de irrisión y de trapisondas políticas; los intelectuales engreídos que adulteran a diario la causa del pueblo como falsificaron la causa de Cristo ante Anás y Caifás; los políticos que pasan la vida en actividad de constante engaño y falacia para conseguir el favor popular y continuar gozando, desde alguna curul o cargo público, de los beneficios que alientan los votos con el consiguiente escándalo del pueblo que los ve convertidos, de la noche a la mañana, en nuevos

ricos y engreídos burgueses; los tráfugas que viven mariposeando y cambiando de color político en un continuo enlodar nombres y dignidades; los sindicalistas que viven del esfuerzo, del sudor y de la sangre de los trabajadores, eternas sanguijuelas de los cargos de representación en los sindicatos; los indiferentes que llenan su catolicismo con asistir a una procesión, fumando o mascando chicle, o con bautizar a sus hijos para cumplir con una obligación social o familiar, y someten a los empleados a su servicio a chocantes desigualdades y desprecios e injusticias, o con asistir a Misa todos los domingos, a la hora más cómoda, con el fin de lucir sus prendas y encontrarse con quien desgarrar las reputaciones ajenas; pero a la hora del bautizo o del matrimonio de sus hijos, derrochan sus haberes mal adquiridos en licores, vestidos y comidas suntuosas y pantagruélicas; y a lo mejor pasan la noche de un Miércoles Santo en una discoteca o en un salón de baile para poder cumplir mejor, pudorosos y melifluos, con su asistencia a los “oficios” del Jueves Santo...”

Homilía en Ordenación Sacerdotal, Iglesia de Caigüire, Cumaná.

...

Intervención del Sacerdote en asuntos temporales

“...Por eso, están atrapados en sus propias redes de ignorancia e intransigencia quienes comparan al sacerdote de ayer con el sacerdote de hoy y mucho más quienes lo esperan idéntico en futuro próximo o lejano. Quienes pretendan negar al sacerdote de hoy su intervención en asuntos temporales, especialmente en aspectos sociales, por cuanto su meta es construir la civilización del amor, están descaminados, porque el sacerdote de hoy está obligado a intervenir en la evangelización y promoción integral de la dignidad humana que lo obliga a una acción decidida en cuestiones no solo religiosas sino también sociales y políticas.

Glosando al Concilio Vaticano II me atrevería a afirmar que el sacerdote no sólo puede opinar sobre el orden temporal, ciudadano como el de nuestra Patria con todos sus derechos y deberes, sino que debe sentirse íntima y realmente solidario del género humano y de su historia, y por consiguiente, su acción dinámica debe centrarse

sobre el hombre entero, sobre su cuerpo y su alma, sobre su corazón y su conciencia, su inteligencia y voluntad, y también su trabajo, su descanso, sus anhelos y sus búsquedas...”

Exhortación a los sacerdotes, religiosas y seglares del Estado Sucre.



Búsqueda de una auténtica democracia

"En la transformación hacia un orden nuevo, en el que todas y cada una de las personas desarrollen sus potencialidades, se busca hoy la democracia auténtica de las mayorías, en la que de verdad se oiga la opinión de las regiones, de los municipios, lo que a su vez debe ser, gracias a mecanismos posibles, realmente voz de la comunidad. Los países de habla hispana somos herederos de una gran vida de experiencia democrática a partir de la vitalidad creadora de los municipios, pues "en el alma popular estaba muy arraigado el régimen municipal español. Habían conquistado a través de sus cabildos las prerrogativas y fueros de que estaban orgullosos. A la América los trajeron y los implantaron". Y todos sabemos el valor democrático de los mismos en nuestra historia colonial y su influencia trascendental en nuestra emancipación, permitiéndonos apreciar que "la del sentimiento autonomista y de diferenciación de los peninsulares ya era fuerte muchos años antes de independencia".

"...Al margen de las divergencias de opiniones que pueden salir a la luz, cuando los hombres trabajan en común en la realización de las decisiones tomadas democráticamente es cuando son menos hipócritas, ya que saben distinguir la democracia y la anarquía"(Stojanovics Svetozar, Crítica del Socialismo de Estado)

"...Y es la preocupación principal de los analistas hoy de los sistemas que dominan el mundo...La soberanía popular, tal como se ejerce en la moderna sociedad industrializada apenas conserva una brizna de su pretendido significado. Las elecciones han llegado a convertirse en un formalismo, en un ritual necesario para la legitimación de un Estado que si bien actúa en nombre del pueblo, está abocado a servir, inexorablemente a servir los intereses del entabishment y de las clases dominantes. Y lo que es cierto del capitalismo paternalista a este respecto, no le es menos del socialismo paternalista" (Papandreou, Andreas, El Capitalismo paternalista)

Exhortación Pastoral en los 150 Años de Ayacucho y 500 del nacimiento de Fr. Bartolomé de Las Casas. Cumaná.

•••

Autorretrato de Mons. Parra León. Extractos de una carta a una persona amiga fechada en Cumaná, 15 de mayo de 1982

“...Debo decirte, mi querida Carmen Adela, que no pocas veces he pensado y reflexionado muy profundamente sobre mi larga vida, tan comprometida, tan discutida, tan debatida, y pienso no sé cuántas cosas, como con ganas de hacerme simpático a todos, complacer a todos y hasta halagar a todos, pero ello significaría renunciar a mis principios, a la lealtad a mis ideales en los que me afincó, por un lado, mi excelente madre, y, por la otra, nuestro recordado Monseñor Godoy, quien me enseñó a ser leal, amar mi fe y defenderla a capa y espada, como lo hizo él no pocas veces.

Créeme. No pocas veces me siento decaer y al ver compañeros míos que viven felices, diciendo mentiras, adulando, trastocando la esencia de nuestra fe y... hasta con dinero, me entran ganas de volver atrás y comenzar una nueva vida. Pero, NO. Como soy moriré. No soy como quienes dices en tu carta, “fundamentan la moral en la parte baja del vientre, olvidando, en cambio, su localización en el cuerpo social de los seres humanos, organizados sobre la base de la injusticia, la explotación y la desigualdad flagrantes”. En mis años de seminario y en mi juventud sacerdotal jamás pensé que yo iba a tener tantas aventuras y desventuras. Pero, como hombre y como sacerdote no he podido resistir ante tanta desmoralización y “desocialización”. No he podido resistir ante tanta vagabundería política, ante tanta mentira y opresión de los humildes y marginados, y creo que moriré así. Yo no puedo resistir a los bandidos que se apoyan en la religión y hasta en el cumplimiento de la misa dominical para cometer fechorías contra los pobres y necesitados, para ganar el 1.000 por ciento en sus negocios, para retratarse oyendo misa y aplastar al pueblo con sus injusticias. NO PUEDO, mi querida Carmen Adela.

Prefiero morir con mis aventuras y desventuras, con mis luchas y las antipatías que ellas traen antes de claudicar mi fe. Yo sé que tuviera a mi favor, si no fuera como soy a muchísima gente.... Te confieso que en mis primeros años de sacerdocio cometí muchos errores, porque, como tú dices, llegué a medir la moral en centímetros de manga o de falda y creía, como una vez dijo el Papa Pablo VI, que la Iglesia eran los guardias suizos que cuidaban al Papa. Sencillamente, mi formación seminarística fue de ese talante, pero, cuando me di cuenta de que ese no era el camino, di la vuelta en redondo y empecé a formarme una conciencia social clara y nítida, como dices en tu carta, y substancializar mi fe y mi sacerdocio... Soy una espina muy punzante, aunque te confieso que la vejez que me cae ya encima, me hace no pocas veces prudente y callado, pero me revuelvo por dentro al comprobar cómo se desestima a la Iglesia de Dios”.

TESTIMONIOS SOBRE LA PERSONALIDAD DE MONS. MARIANO PARRA LEÓN

La figura histórica de Mons. Mariano Parra León, desde su juventud fue motivo del mayor interés para el estudio de su personalidad, de su vida y de su afán constante como sacerdote y ciudadano.

Por ello, en demostración de ese interés hemos querido anexas opiniones y escritos de prensa, producto del intelecto así como de los sentimientos de personas conocidas y autorizadas para emitir las mismas, ya que vivieron su tiempo, le conocieron y trataron, fueron sus amigos o discípulos, y guardan del Obispo zuliano los mejores recuerdos y experiencias, de las cuales se expresan en forma objetiva.

Los conceptos emitidos enaltecen aún más la trascendencia histórica de la vida y obra que nos legara Parra León como Ministro de Dios, defensor de la fe y de los principios morales y cristianos que deben guiar a la sociedad; enseñanzas éstas que fueron una constante en todas las responsabilidades que le correspondió asumir en su larga existencia.

El estudio de la personalidad del Obispo zuliano ha sido motivo de interés de muchos escritores, articulistas de opinión e incluso historiadores. A través de la prensa escrita se han publicado trabajos relativos a su personalidad y a su obra como sacerdote, abarcando también las diferentes facetas de su existencia. En muchos de ellos ha resaltado la emoción que se siente al hablar o escribir sobre alguien que le ha dado tanto lustre al gentilicio zuliano y a su pueblo natal.

Hemos incluido solo algunos de esos trabajos que recogen con gran objetividad, y a la vez con gran sensibilidad la opinión que se tiene sobre este gran hombre de nuestra región para todo el país.

Parra León fue un hombre combativo y combatido, usando una común expresión, pero de ninguna forma se podía ser indiferente ante sus posiciones públicas y doctrinarias. Mucho se escribió sobre

él, alabándolo o atacándolo; en ocasiones fue víctima de las críticas destructivas de quienes se sentían afectados por sus opiniones exteriorizadas con total claridad y valentía, de frente y sin esconderse nunca, pues toda la región conocía los pseudónimos que utilizaba como recurso periodístico.

Las opiniones aquí expuestas son de un reconocimiento a sus virtudes de sacerdote y hombre público, y por ser del mayor interés las hemos seleccionado.

“Una manera de ser característica”

(Adolfo Romero Luengo)

“En una conversación informal con su Eminencia Cardenal José Alí Lebrún Moratinos, Arzobispo de Caracas, le hicimos alusión a la franqueza que caracterizaba el modo de hablar y de ser de Monseñor Parra León, y que no obstante su posición combativa, y por tanto, combatida, considerábamos que había sido un gran sacerdote. A nuestra apreciación, su Eminencia correspondió preciso, al decirnos que Monseñor Parra, **a su manera**, siempre había sido un gran defensor de la Iglesia y de la Patria.

Es una calificación significativa. Podría decirse exacta. En esta expresión: **a su manera**, sin duda, está reflejada toda esa vida de servicio incansable, de polemista tremendo, de posiciones siempre claras, sin vacilaciones, sin dobleces, sin miedo alguno; con la mirada en alto, escrutador de todo lo que ocurría en el país, dispuesto en cada momento a denunciar injusticias, a defender los intereses de la iglesia y los derechos del pueblo de Dios, como lo fue Monseñor Parra León. Y aunque muchas veces, por su posición se trató de confundir su condición sacerdotal con la de un extremista político, él supo mantenerse firme, sin dejarse impresionar por actos de reconocimiento, ni por elogios ni halagos, ni dejarse doblegar por presiones ni por críticas; ni la adulancia ni la amenaza lograron fundir su carácter. Por sobre todo él tenía conciencia de que su misión estaba en el sacerdocio y de que su servicio a la Iglesia lo obligaba a la acción social conforme a las enseñanzas del Evangelio, en una línea recta, así le costase el

sacrificar su propio bienestar y así tuviese que enfrentarse a fuerzas poderosas en cualquier sector que fuere necesario.

Cuando escribía o hablaba en público lo hacía siempre sobre la seguridad de lo que tenía que decir. Por eso, después de lo que decía, cualesquiera fueran las consecuencias, no acostumbraba a dar explicaciones ni satisfacciones; “jamás las hemos dado y creemos que nunca las daremos”, señalaba en una oportunidad en su Parroquia de Santa Bárbara, y agregaba: “Somos en verdad, como nos llaman cariñosamente algunos bienintencionados, “gallitos de cresta alzada”. Oramos de acuerdo con lo que nos dicte nuestra propia conciencia o el cumplimiento de nuestro deber y jamás para agradar a nadie ni hacernos simpáticos”... Y en tal sentido fueron muchas sus manifestaciones a todo lo largo de su vida.

En 1959, respondiendo a alguien que le interrogaba si su forma de hablar o de escribir le podía hacer daño, entre otras cosas escribí para confirmar su posición de siempre como consecuencia de su sólida vocación sacerdotal y de la recta conciencia de su Ministerio, dice categórico: “Desde que comenzamos a escribir y hablar, a predicar y actuar, seguros de que todas nuestras ambiciones habían encontrado ya su culminación en el sacerdocio, nos sentimos moralmente autorizados para no hipotecar nuestro pensar, sentir o decir, a trueque de crearnos simpatías, o de que nos llamasen humildes, buenos, cultos o prudentes”.

Al ser nombrado Obispo, Monseñor Parra León comienza a participar en Asambleas y reuniones del Episcopado Nacional. Y allí, ya en esa alta escala de la dignidad eclesiástica, todos ellos pudieron apreciar de cerca las grandes cualidades sacerdotales y pastorales de Monseñor Parra León; pero, al mismo tiempo, tuvieron la oportunidad de sentir la vehemencia de su carácter, pues, en nada cambió su manera de ser, especialmente en cuanto se refería a su franqueza explosiva para decir lo que sentía, lo que conmovía sus fibras anímicas; para combatir lo que consideraba injusto, lo que veía que agobiaba al pueblo, lo que, según su entender teológico, disfrazaba la moral y falseaba el espíritu cristiano, lo que creía que dañaba la dignidad de la Iglesia y que él calificaba de posiciones complacientes. Podemos

decir que Monseñor Parra León, apasionado por la realización de un noble ideal, como lo fue el llegar al sacerdocio de Cristo para su total entrega, con toda fogosidad, al servicio de la Iglesia y del pueblo de Dios, alcanzó, sin duda, a hacer una obra grande, una obra sublime por su trascendencia espiritual y social.

Se podía estar en desacuerdo con esa manera de ser de Monseñor Parra León. Pero por mucha crítica que se le hiciera, por más calificativos que se le endilgaran, nadie podía dudar de su sinceridad, del espíritu de justicia social sustentado en el Evangelio que lo animaba, y que lo llevaba a no contemporizar con los convencionalismos. Se le podía criticar esa manera tan descarnadamente que tenía para fijar sus posiciones, pero nadie podía negar la condición cristiana y social que impulsaba su actitud.

A la luz de la definición de Pío XII, hemos visto la personalidad de Monseñor Parra León “gobernada por el alma”, en el ejercicio total del Plan de Dios, al servicio de su Iglesia y de su pueblo. Y si en el plano intelectual, según el filósofo francés Romain Rolland (1866-1944), “el estilo es el alma”, sin duda que en Monseñor Parra León, el modo de escribir que hemos llamado su manera de ser, era su estilo, era la fuerza del alma que impulsaba su acción, toda su vida.

Y así vivió y así murió, como él lo repetía y lo decía, con la conciencia de saber lo que era, en lo que hemos definido como su autorretrato: la autenticidad de personalidad cristiana.

“Vivencias inolvidables”

(Lic. Fernando Inciarte Medina)

Párroco de Nuestra Señora de Altigracia (1964/1976)

La primera imagen visual que tuve de Mariano José Parra León y que nunca olvidaré, fue en un día cualquiera de 1936 o 1937. Contaba yo entonces con unos siete u ocho años y acompañaba a mi padre quien fungía de organista oficial de la Basílica de Chiquinquirá. El Padre Parra era el Párroco de la misma, y estaba allí, en el altozano del templo cordializando con algunos feligreses. Era un sacerdote novel, afable y cordial, a quien todos, por su magra contextura de entonces llamaban el “Padre Parrita”.

En la etapa juvenil de mi vida tuve la oportunidad de contactar con el Padre Parrita cuando se desempeñaba como Rector de la Iglesia de Santa Teresita y posteriormente como Capellán del Colegio Chiquinquirá donde yo estudiaba. Recuerdo de esa época la aceptación que tenía entre los jóvenes, pues ya había fundado el primer Centro de Juventud Católica que se organizó en Maracaibo, por lo que se le acercaban con gran espontaneidad, conversaban y escuchaban atentamente sus planteamientos, celebrando en ocasiones su animosidad y su peculiar jocosidad.

Era muy solicitado para que presenciara matrimonios y a menudo los acompañaba posteriormente en la reunión social pues poseía un don especial para hacer relaciones, por lo que se consideraba un privilegio y un honor de familia poder gozar de su compañía y compartir su amistad.

Culminados mis estudios en Roma y ordenado Sacerdote, al regresar a Maracaibo encontré en el Padre Mariano Parra no sólo a un amigo, sino también al hermano mayor, presto a ayudarme y aconsejarme.

Cuando el 1º de Octubre de 1962 el Obispo de Maracaibo Mons. Domingo Roa Pérez me designó Canciller Secretario y Administrador de la Diócesis, me informó que compartiría estos cargos con el de Vicario Cooperador de la Parroquia de Santa Bárbara, al lado de Mariano Parra León. No podía creer que se me hubiese sido concedido tan grande privilegio. Estaba consciente que encontraría en él un amigo leal, pero sobre todo, un maestro sabio y docto; no estuve errado en mi apreciación. Fue sólo un año, tiempo suficiente para complementar, por así decirlo, la formación académica recibida en las aulas universitarias. Desde el primer momento en que llegué a ponerme a su disposición, sentí que había una empatía mutua, que a no dudar me favorecería, porque encajaba en cierta manera con mi modo de ser y actuar. El tiempo me daría la razón, comprobando que no estaba errado en mi apreciación apriorística.

Mariano Parra León era todo un personaje. Poseía una inteligencia brillante y una memoria privilegiada; un temperamento recio y un carácter enérgico que se manifestaba en su modo de pensar, hablar y actuar y se traducía en una personalidad admirable y ad-

mirada. De hablar pausado y dicción impecable transmitía sus ideas con sencillez y naturalidad, así como con gran espontaneidad. Poseía un don especial que le facilitaba la comunicación con todo tipo de personas. Su léxico era reflejo de su profundidad intelectual, cultural y humanística. Alguna vez fui testigo de ciertas confrontaciones con polémicos adversarios. Siempre mantuvo una natural compostura, nunca se notó alterado, jamás usó una expresión peyorativa o una palabra inadecuada aunque defendía sus posiciones con firmeza y decisión.

Era algo natural en su temperamento, pero al mismo tiempo, impresionaba mucho el verlo muy a menudo recibiendo muestras de aprecio, respeto y cariño, no sólo de sus feligreses, sino también de profesionales universitarios, choferes de carros por puesto, vendedores ambulantes, de los niños, de gente pudiente y de gente humilde y genuinamente del pueblo. Parecía que todos sentían como un honor recibir su saludo o su atención, y, en muchos casos, recordaba claramente el nombre de pila de su interlocutor. Su sotana, como pareciera ser la creencia de muchos hoy día, no era impedimento ni barrera para que sin recelos todos se le acercaran y así poder cumplir cabalmente con el oficio de “padre y pastor del rebaño de Cristo”.

Cuando yo llegaba a las 4.45 a.m. a la Iglesia de Santa Bárbara, ya él se encontraba en el atrio del templo. Mientras llegaban los feligreses empezaba para mí “la práctica de mi maestría” a su lado. Día a día, ininterrumpidamente, quizás previendo las limitaciones de sacerdote novel, en forma sencilla me transmitía todo su sabio bagaje de conocimientos y experiencias pastorales, sin recelos ni mezquindades. Abría su archivo íntimo personal con sus logros y fallas, éxitos y fracasos, dudas y soluciones, para que pudiera yo obtener en esa fuente del saber la adecuada preparación y poder solucionar cualquier contingencia en mis responsabilidades futuras. Si ésta fue su intención, no se equivocó. Sus “clases magistrales” fueron de gran utilidad en mi ministerio sacerdotal. Le estaré siempre agradecido por haberme confiado además, muchas de sus propias dificultades y tropiezos. Lo considero como mi tutor “summa cum laude”, pues en la práctica, Mariano Parra León dejó en mí su huella indeleble

como sacerdote ejemplar y servidor incondicional a Dios, a la Iglesia y a su prójimo.

Sacerdote abnegado y desprendido de todo lo material, justo con sus servidores y agradecido con sus colaboradores. La Santa Misa y el rezo del Breviario constituían el binomio básico de su espiritualidad. Su cercanía al Sagrario era algo de rutina y aprovechaba la administración de los sacramentos para insistir en la educación cristiana de la familia. Exigía el mayor respeto para la Casa de Dios; no permitía conversaciones ni mucho menos las promovía dentro de ésta. El confesionario era un lugar privilegiado para él y no había que andar mendigando para poder gozar de sus beneficios. Media hora antes de la Misa se le podía encontrar diariamente administrando el sacramento de la reconciliación, así como cuando alguien se lo solicitara en cualquier momento.

Guardaba gran respeto por sus feligreses. Exigía puntualidad siendo él el primero en cumplirla. Atendía personalmente el Despacho Parroquial atendiendo con eficiencia y cordialidad a quienes acudían al mismo, y era el momento para conocer de cerca las necesidades del pueblo de Dios que se le había confiado y poder así ayudarles a resolver los problemas que estuvieran a su alcance.

Orador insigne, no escatimaba tiempo para preparar sus homilias dominicales, que eran ante todo breves y concisas. Ni divagaciones ni improvisaciones, ni el rebusque de historias fatuas. Duraban solo diez minutos pero eran ricas en contenidos catequético pedagógicos.

Fue Mons. Parra León una persona con un sentido estricto del orden y la disciplina. Ello le permitía el poder atender eficazmente su labor de Párroco y conjugarlo con el de Profesor en el Colegio Gonzaga, así como los de Vicario General y Canónigo Magistral de la Iglesia Catedral entre otras actividades. Para todo tenía tiempo porque se administraba eficientemente. Nunca rehuía o rechazaba invitaciones para disertar en conferencias, charlas, reuniones académicas o sociales. Ninguna materia era ajena a sus conocimientos. A su lado se sentía uno seguro de adquirir la experiencia y la ciencia necesaria para poder labrar un futuro exitoso. Fue en su momento un

sacerdote de avanzada que supo adaptarse y comprender a su grey y le sirvió con amor apasionado.

La última vez que tuve la fortuna de saludarlo fue el 26 de Diciembre de 1975. Ese día, siendo Obispo de Cumaná, presidió la Eucaristía del Día de la Patrona, la Virgen de Altagracia. Cuando supo que en los próximos días estaría relevado en el cargo de Párroco tuvo la delicadeza de hacerme una invitación que jamás olvidaré. Delante de todos los que estaban presentes me dijo: "Supe que pronto entregarás la parroquia. Te invito a irte conmigo a Cumaná; las puertas de mi Diócesis están abiertas para recibirte".

Así era de noble y generoso ese gran gracitano que se llamó Mons. Mariano José Parra León.

"Mons. Parra León, voz que clama en el desierto"

Editorial Diario Oriental.

El 18 de Febrero de 1967, Mons. Parra León tomó posesión de la Diócesis de Cumaná. El 18 de Marzo pasado aceptó el Papa su renuncia por motivos de edad y nombró para sustituirlo a Mons. Alfredo Rodríguez, hasta ahora Obispo Auxiliar de Caracas, Vicario de la zona oeste que comprende las zonas populares y suburbanas de Catia, Antimano y El Valle. Mons. Alfredo Rodríguez visitaba consecuentemente los barrios y apoyaba discretamente a los agentes pastorales en sus nada fáciles y no pocas veces conflictivas labores apostólicas. Esa ejecutoria suya nos da esperanza de que se desempeñará de un modo consecuente en el cometido mucho más difícil que ha aceptado como servicio evangélico al sufrido pueblo sucrense. Elevamos al Pastor Eterno nuestras oraciones para que nuestra confianza, y sobre todo las expectativas del pueblo se vean cumplidas y ofrecemos nuestro aporte para lo que quiera disponer.

Queremos ahora agradecer a Mons. Parra León porque a lo largo de estos veinte años ha constituido para vastos sectores de la Iglesia y de la sociedad venezolana, y sobre todo, para el pueblo creyente y oprimido un símbolo, un estímulo y un baluarte. Como cristianos venezolanos nos sentimos orgullosos de él. Y pensamos sobre

todo que Dios, a quien tiene que dar cuenta y por quien ha trabajado, estará satisfecho del desempeño del servicio que le encomendó.

Mons. Parra León, III Obispo de Cumaná, se percató enseguida de que no había llegado a la “tierra de gracia” que visionara Colón. El no miró paisajes sino personas y concluyó que el Estado Sucre era un infierno de injusticia, abandono y deterioro. Fustigó a los gobiernos democráticos por no haber hecho nada por Sucre, condenando al estado a las tasas más altas de emigración y, aun así, a una situación de pobreza generalizada. Por eso el año pasado prohibió celebrar religiosamente el día de Cumaná. Su actitud pareció disonante a quienes juzgan las cosas con los ojos del orden establecido y no con la perspectiva de Dios. El Proyecto Venezuela precisa que el 89% de los sucrenses viven en estado de pobreza.

En este desierto de silencio cómplice que amenaza y marchita nuestra sociedad venezolana, Mons. Parra León ha sido la voz incansable y muchas veces solitaria que clama en el desierto. Una voz áspera, directa, franca, voz de hombre libre que nos ha hecho sentir tantas veces que la dignidad aún se asienta en nuestra tierra y que la Iglesia es todavía seguidora del Profeta Mártir de Nazareth.

Porque se atrevió a ver de frente la opresión y nombrar por sus cargos a los opresores se encontró con la oposición durísima y lo que es peor, con una cortina de denso silencio y resentido desprecio. El Obispo de Cumaná tuvo la entereza de vivir en la soledad hostil de la mayor parte de las “fuerzas vivas” de la región y del país.

Pero sintió el consuelo de la cercanía del pueblo y a él se entregó. Recorrió incansablemente ciudades, pueblos y caseríos, por carretera, por trochas, por lancha, reuniéndose con la gente, repartiendo como Jesús, la palabra de vida y su apoyo personal. El no entendió su ministerio de un modo dicotomizado, como lo relativo al alma, al templo, a lo sacral, a la otra vida. Predicó y vivió el evangelio de la liberación integral. Y esto no lo hizo de un modo personalista y caudillesco. Apoyó en todo momento a sacerdotes, religiosas, seminaristas y grupos seculares cuando, a causa de esta “opción solidaria y profética por los pobres” (Puebla), se encontraron en conflictos, a veces graves, con poderosos y hasta con las fuerzas policiales.

La Diócesis, pobre en todo, se resentía también de escasez crónica de agentes pastorales a causa de la dureza de esas soledades y de tanta penuria. Monseñor buscó como pudo sacerdotes y religiosas; pero lo hizo, no prometiendo una situación de privilegio y excepción en medio de la pobreza ambiental, sino invitando abiertamente al heroísmo de la existencia apostólica, y reglamentando la administración de sacramentos de modo que por una parte se venciera la tentación de explotar al pueblo, y por otra se liberara a tiempo y energías para la evangelización. Su Directorio (1980) es elocuente en este sentido y debe marcar la pauta de la nueva evangelización entre nosotros.

Pero, sabiendo que las normas sin espiritualidad y formación permanente son letra muerta y fuente más bien de amargura, propició con esmero Ejercicios Espirituales, retiros y cursos periódicos para el clero y demás agentes pastorales. Hemos sido testigos del ambiente de búsqueda sincera, estudiosa atención y fraternidad cristiana de esas reuniones diocesanas.

Monseñor comprendió que esta evangelización desde la perspectiva de los pobres exigía sacerdotes que realizaran su proceso formativo intelectual, espiritual y apostólico sin extrañarse de su pueblo, sino entrañándose cada vez más en él en esta decisiva etapa de siembra de caracteres, definiciones y opciones. De ahí su empeño por levantar el Seminario, no solo sus paredes sino su estilo. Tarea titánica en condiciones tan desventajosas. Aún queda camino que recorrer, pero damos fe de que lo conseguido es mucho y que el próximo Obispo encuentra esperanza cierta.

Tal cúmulo de problemas no impidió a Mons. Parra León sintonizar y ponerse a la altura de la Patria Grande. Al contrario, al hacerle frente en su casa, pudo comprender la envergadura continental de estos problemas y buscar soluciones en común. Asistió a foros, dio su nombre a empresas teológicas continentales y llamó a su Diócesis a figuras señeras. Monseñor Proaño, el Obispo pionero de Riobamba, sirve de símbolo de este intercambio, expresión genuina de catolicidad.

Por esto y por tantas cosas más queremos agradecer a nuestro hermano y amigo Mons. Mariano Parra León. A la vez que hacemos votos para que su obra, complementada con la índole del nuevo Pastor,

se salvaguarde y consolide para bien del pueblo sucrense, es decir, para la gloria de Dios.

“Parra León en el recuerdo”

Nerio Adrianza Rosales

Recordar a Mariano Parra León, ilustre Obispo que nació en Los Puertos de Altigracia, constituye acercarse uno de esos hitos que no pierden vigencia y crece en conveniencia para que la sociedad del presente se alimente de aquella dinámica pasantía que el prelado representó para el apostolado en aquello de moldear espíritus en defensa de la justicia social de la Iglesia.

Su recuerdo es estímulo que habla en silencio cuando sentimos un entorno acomodado en un tablero comunitario especial para traer la ausencia de aquella voz que, durante veintenas de años señaló públicamente donde estaba el pecado cotidiano de quienes tomaban a Cristo como rodela en sus prácticas impías.

Siempre comparamos a Parra León con aquellos personajes que entienden la religión, no como práctica admonitoria de púlpito o de cerrada iglesia, sino como credo que mueve músculos y rebeldía en contra de la mentira, el engaño y la injusticia. Su palabra llena de filosofía y de cultura, llegaba a las masas. Se parecía a aquel obispo brasileiro, Helder Cámara, que nunca pudo aceptar que la bandera de la revolución social la enarbolaran los comunistas, cuando era la Iglesia Cristiana la que estaba en el corazón de cada campesino.

Como Profesor de Castellano, Literatura y Latín constituyó, 50 años atrás, junto con Ábrego J. Montero, lo más esclarecido del magisterio de la época. Fue que Mariano Parra León nació para dejar recuerdo en el pensamiento de los zulianos.

Antes de abandonar el Zulia como Obispo, escuchémosle de cerca los improvisados discursos que hubo de pronunciar en comunión hacia su pueblo. Enjundiosas y conspicuas piezas de oratoria que la vida nos permitió escuchar. Mucho antes, cuando la Municipalidad de Maracaibo hizo donación institucional del Reloj

de la Catedral, restableciendo una marcha del tiempo detenida en los tañidos de sus campanas, aprendimos a conocer de su gran sensibilidad por las cosas pequeñas pero hermosas que necesita una ciudad y eso los constituía el reloj de cuatro caras de la ciudad de Maracaibo.

Habíamos conocido de cerca el apostolado de servicio ministerial de Parra León. Pero, nada fue comparable con su angustia individual cuando el clamor del pueblo lo llamaba. Nunca compartió el carácter que el gobierno daba a los asuetos de Semana Santa. “La religión católica –decía-, se va purificando del lastre multitudinario que le ha venido acompañando y que ningún favor le ha hecho ni le hace a Venezuela. Mientras el gobierno efectúa operativos en Semana Santa para que la gente vaya a sus playas impuras, las iglesias se colman con el resto; es decir, con las gentes que verdaderamente son cristianas”.

“Durante todo el año –decía el prelado-, no hay operativos, ni preocupación por arreglar carreteras, semáforos, o por abastecer de lecho o comestibles los mercados; durante todo el año no se consigue café ni leche, pero vivimos como si nada estuviera pasando. Es asombroso el conformismo exagerado del pueblo”.

Los tiempos que han transcurrido después de la desaparición de Mons. Parra León han sido ribeteados con sucesos sombríos, en cuanto a esperanzas, y espectaculares en exceso de difícil calado en la sociología del pueblo que tanto defendió.

Llegó a mi subconsciente la imagen onírica de Mariano Parra León, seguramente el prelado más distinguido de Los Puertos de Altagracia; émulo de Madariaga o Molero y, así como apareció en el sueño, lo tomé como mensaje admonitorio de quien fuera obra y verbo al servicio de Cristo.

Al mismo tiempo, convencidos estamos de que el sueño evocador de la figura humanitaria de quien vivió casi toda su existencia entre nosotros, el mismo que vivía horrorizado por el gran desastre de la vialidad y el transporte vehicular, para caer él mismo de lo una y mil veces denunciado. Las últimas tragedias acaecidas en Maracaibo, Trujillo y Perijá, eran como una clarinada del alma de Parra León,

que todavía parecen preocupar por los injustos males que asedian al Zulia en sus pueblos.

Recordar a Parra León cuando la delincuencia se exilia, la justicia interna se cuestiona, los servicios encarecen y escasean; el pueblo encerrado porque el bolívar no tiene fuerza para que éste salga; pero al mismo tiempo, el país es una especie de circo romano en tiempos modernos, con la diferencia en que Tiberio, César y Nerón no enfrentaron el cólera, y hoy se escuchan en Venezuela clarinadas del flagelo, que ha sido excepción en nuestra historia pre y pos colombiana; en esta turbulencia del “más acá”, escribo estas cuartillas a la memoria de Mariano Parra León.

“Mons. Dr. Mariano J. Parra León”

Dr. Guillermo Ferrer

Cronista de la Ciudad de Maracaibo

Acaba de morir Monseñor Mariano Parra León en un lamentable accidente de tránsito, donde el exceso de velocidad de uno de estos jovencitos desenfundados e irresponsables de ahora cuando están al frente de un volante, hizo que la máquina donde viajaba el distinguido prelado quedara hecho añicos por el impacto, con el saldo de la irreparable pérdida de una de las figuras más ilustres y queridas por el pueblo del Estado Zulia.

Desde muy joven, cuando era un simple párroco en Los Puertos de Altigracia, estuvo siempre ganado para las lides intelectuales. A su alrededor se congregaron jóvenes puerteros con muchos deseos de ilustrarse. El Padre Parra de aquel entonces les enseñó no solamente los elementos fundamentales que son soporte de la doctrina cristiana, sino que los encauzó por la literatura, la filosofía, el ejemplo de las grandes figuras de la historia universal. A su lado estuvieron un Eucario Romero Gutiérrez, un Manuel Martínez Acuña, entre otros jóvenes adolescentes, quienes con el correr del tiempo han llegado a ser, siguiendo el ejemplo del padre Mariano, figuras destacadas del foro, de las letras, de las ciencias médicas.

Espíritu despierto a todas las corrientes del pensamiento universal, su cultura, acrisolada en la vigilia permanente, se paseaba con holgura por las fuentes de los clásicos greco-latinos, por la rica experiencia de los escritores del Siglo de Oro español. Sabía de memoria y los recitaba en la oportunidad de algunas tertulias familiares, fragmentos de la poesía de Fray Luís de León, algunas coplas de Manrique, versos de Góngora. Conocía a fondo la expectante sustancia del romanticismo español, francés, inglés, alemán y americano. Bécquer fue un huésped permanente de su memoria. Amaba al Darío de "Cantos de Vida y Esperanza". Recitaba casi íntegramente "La Vuelta a la Patria" de Pérez Bonalde. Los sonetos de Andrés Mata eran fruto aventado al surco de sus preferencias recónditas.

Hablaba de los "poetas malditos" con la naturalidad de un inquisidor de las más prístinas esencias líricas, y aunque defensor de nuestros más espigados parnasianos, admiraba las voces transoceánicas de las corrientes surrealistas.

Amó la cultura. Amó hasta el aburrimiento las más ínclitas virtudes de los forjadores estelares de la zulianidad. Fue un periodista combativo y combatido. Desde el periódico, desde el púlpito, su voz, enérgica y espontánea, alcanzó los más apartados rincones del país para anatematizar las costumbres modernas, la actuación reprochable de los funcionarios corruptos. Su voz fue oída y respetada. Poseía la virtud de la sinceridad y la luminosidad del verbo que a todos alcanza.

Sus pastorales y discursos históricos tenían la importancia de los sabios, pues siempre bebía en las mejores fuentes del conocimiento universal.

En su memoria vayan pues estos versos de mi libro "Hereditas" (1988):

Vencer la soledad, nuestra palabra
es soledad interior que se desborda.
Vencer la soledad, frío en los años
cubiertos con la costra del olvido.

Todo llega y se marcha como sombra,
apenas leve roce en nuestros labios,
que nos deja el sabor de lo perdido.

Todo marcha, es simple resplandor,
destello que se extingue y que se apaga
en el festín rotundo de las sombras.

Fina marea que destruye el tiempo
es la vida por el cauce profundo de las horas,
nos da a probar su fruto en un instante,
lo guarda en la memoria como el oro,
y al final en el polvo se consume.

Una gloria de Altagracia, el obispo Parra León

Lcdo. Pedro Luis Padrón

Mariano José Parra León es una de las figuras más representativas y más destacadas que han nacido en este siglo en Los Puertos de Altagracia, villa procerca que tantos próceres y personas notables ha dado a la Patria, y que por la divina gracia, le da a la Iglesia católica cinco Obispos que son: Monseñor Bernardo Oberto, Monseñor Antonio María Campos, Monseñor Felipe Nery Sendrea, Monseñor Medardo Luzardo y Monseñor Mariano José Parra León, quien recibió la Bula Papal de manos de su Eminencia el Nuncio, quien representó a Su Santidad Pablo VI en tan extraordinario acontecimiento, y lo consagró como el Tercer Obispo de la ciudad de Cumaná.

Monseñor Mariano José Parra León nació un 13 de Agosto de 1911, siendo el primer hijo del matrimonio del eminente médico altagraciano Mariano Parra Paz y María Nicasia León Rodríguez.

Desde niño sintió la vocación sacerdotal. Sus padres le habían organizado en su propia casa una iglesita para que el fuera amando lo que el destino le tenía previsto en su vida, llegar a ser sacerdote.

Bajo la dirección del abnegado maestro y connotado educador altagraciano José Paz González inicia los estudios primarios, luego

pasa a manos del maestro zuliano Hermágoras Chávez, de quien aprendió ser un hombre íntegro y un brillante ciudadano de la Patria. Ingresó al Seminario a los 12 años de edad, un 8 de enero de 1922, destacándose siempre como uno de los mejores seminaristas por sus excelentes calificaciones.

Un 23 de Septiembre de 1933 recibe su ordenación de manos del ilustre Monseñor Marcos Sergio Godoy, de quien recibió alimentos para el triunfo de su carrera. Luego, al recibir su ordenación y al entregarse a su carrera sacerdotal, el entonces Obispo de Maracaibo lo nombra Rector de la Iglesia de Santa Teresita, siendo el primer cargo que ejerce como sacerdote.

Brillante fue su actuación al frente de este Rectorado ya que durante su permanencia aquí, fundó las dos juventudes, masculina y femenina de la ramas de la Acción Católica, nombrándolo éstas dos ramas juveniles su asesor.

Su vocación periodística

Al frente de la Iglesia Santa Teresita le nace su vocación al periodismo y publica un periodiquito titulado "FIDE", teniendo tanta aceptación que muchas personas se arrimaban a él pidiéndole suscripción, ya que por sus comentarios de actualidad y sus artículos de fondo se agotaba inmediatamente.

Su Excelencia Monseñor Godoy descubre en él el verdadero talento y el sacerdote capaz de hacer una gran labor al frente de su sacerdocio, y es por eso que le nombra Secretario Canciller de la Diócesis del Zulia, luego le entrega las riendas de la Iglesia de San Juan de Dios, o sea, la dirección de la Basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Su actuación allí fue corta, ya que duró en sus funciones diez meses; el motivo, todo el pueblo zuliano lo conoce: problemas con el gobernante de turno hacen que sea nombrado Párroco de la Iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, en donde lo recibe su pueblo con los brazos abiertos.

Monseñor Mariano Parra León, "Majopale", como cariñosamente se le llama en el periodismo es un sacerdote virtuoso, excelente

orador, tribuno inconfundible, periodista de combate demandado por tres veces y declarado inocente por considerar que solamente había cumplido con su deber periodístico. Y cual no ha sido estas cualidades elevadas de honradez, cuando las autoridades eclesiásticas del Zulia le premian su valor moral, solicitándole la dignidad de Camarero Secreto de Su Santidad Pablo VI, Vicario General de la Arquidiócesis de Maracaibo, Presidente del Capítulo Catedralicio y por muchas veces encargado de la Gobernación de la Arquidiócesis, y hoy, elevado por el Santo Padre el Papa como el Tercer Obispo de la pintoresca ciudad de Cumaná.

Nunca aparece más grande y generoso un pueblo o una sociedad que cuando se detiene en la carrera de sus destinos volviendo la vista hacia el pasado, limpia el polvo de memorias casi olvidadas y las saca a lucir al sol de la justicia con todo el esplendor de sus preclaras ejecutorias. Nunca más grande y generoso que cuando movido por otros sentimientos no impuestos por las circunstancias del momento, sino nacidos espontáneos del alma agradecida, levanta altares a la virtud o al mérito, y bate palmas de triunfo ante los grandes bienhechores, para quienes guarda la posteridad sus bendiciones y la gloria reserva su corona de inmortalidad.

Y en verdad que si ha de medirse el derecho a esos honores por la magnitud, duración y trascendencia de los beneficios legados, ninguno acaso más acreedor a ellos que el distinguido sacerdote y combativo periodista Monseñor Mariano Parra León, cuya elevación al Obispado ha llenado a todo el Estado de orgullo.

Parra León, cuyo genio pasea por los campos del saber, la política y la religión, con la virtud por base, el patriotismo por objetivo y el sacerdocio por instrumento, sembrando doctrinas, recogiendo adelantos y despidiendo como una diadema de soles los destellos esplendentes que Dios puso en su frente pensadora.

Monseñor Parra León es un excelente patriota, un distinguido repúblico, su personalidad se eclipsa ante la personalidad del sacerdote, del que fundó sobre bases sólidas la Juventud Católica masculina en Altagracia, tierra que lo vio nacer, en fin, verdaderamente digno de este elogio, porque ama al sacerdocio como a una madre providente

que lo colma de dones, como hijo predilecto que recibe caricias para devolverlas luego convertidas en honra y alabanza.

El escritor

Monseñor Parra León es un escritor, y su diserta pluma inculca el buen gusto literario en los periódicos y la oratoria en el púlpito, le debe modelos de buen decir no superados en sus días. Tal es una de las fases más nobles del amigo sacerdote que llega hoy a ser representante de nuestra Iglesia Católica, bien están cumplidos esos años de servicios porque el Padre Parra León, como cariñosamente le llamamos debe a su propio y solo esfuerzo su ascenso en la carrera sacerdotal y su estima en el concepto público, él, de quien todos cuantos le conocemos podemos testificar la modestia, y es bien poco decir, el temple de su triple condición moral, intelectual y física; él, que nunca alardea de saber más que otros, sino al contrario, se ha creído siempre, y así se nos presenta en el sacerdocio, más pequeño de lo que a su juicio el merece, y menos suficiente de lo que él quisiera realizar.

Monseñor Parra León aplaude con su palabra, presto a demostrarlo con sus actos, que no se contrarían el valor y la tolerancia; que la franca aceptación del parecer ajeno no quita precio, sino que añade mérito al juicio y al juzgador al demostrar que por encima de la pasión está la inteligencia; que los humos del orgullo no bastan a empeñar el brillo del entendimiento; que el interés de la ciencia, por cuyos fueros se combate, pese mucho más que la vanidad, toda aire, y que tarde o temprano la razón triunfará sobre el amor propio, sobre todo si este desciende a desatar sus iras y a esgrimir las armas prohibidas. Esas son fases nobles del sacerdote altagraciano.

Y pues llega el momento de compartir honores y recompensas, que no caben sobre mí solo pecho, y sobre mis solas sienes, y sobre mí solo espíritu, me permito trepar la escala de Jacob, con las escasas fuerzas que la emoción deja a mi aliento, para llevar al cielo este homenaje al querido conterráneo amigo Monseñor Mariano José Parra León, hoy convertido en el tercer Obispo de la Ciudad de Cumaná.

“Leyendo los evangelios”

A Monseñor M. Parra León

Yo veo diariamente al Nazareno
descender y subir por un camino,
envuelto en luces con fulgor de trueno,
que acalla en mi interior el desatino.

No siento miedo, ni alegría sino
angustia y duda al señalarme el seno
de aquel averno que a la izquierda atino
en confuso tropel de fuego lleno.

Él dice “a mi derecha el cielo espera
el amor y virtud que siempre oficio”,
y me pone a escoger lo que yo quiera.

Y termina la voz del fuero interno:
el mar lo buscas tú... Mi sacrificio
te ofrece el cielo de la vida eterna.

Francisco Nava Vale

“Canciones de la Tarde”

Sonetos, 1975

Recuerdos personales de Mariano Parra León

Julio César Franco

Nací en 1946; en ese año el Padre Parra León cumplía 35 años de edad y 13 de haber sido ordenado Sacerdote. Ya había sido párroco de Chiquinquirá en Maracaibo y de Los Puertos de Altigracia, y

dirigía el Diario Católico “la Columna”; su nombre y personalidad ya eran reconocidos y respetados en la región por su labor sacerdotal, periodística y docente.

Comenzando los años de la década de los 50, desde muy temprana edad escuchaba en mi hogar comentarios sobre las fraternas relaciones de mis padres con la familia Parra León, tanto así, que en 1951 el Padre Parra apadrinó en su bautizo a la mayor de mis hermanas, y el Dr. Hugo era también un asiduo visitante a nuestro hogar al igual que su hermana Rita cada vez que venían al terruño natal.

Cuando comencé a ayudar al Padre Lisandro Puche, entonces Párroco de Nuestra Señora de Altagracia, tuve la oportunidad de conocer más de cerca al Padre Parra cuando asistía a nuestra iglesia local, especialmente durante la festividad del 26 de diciembre. A todos nos impresionaba su mayestático porte, su seriedad y personalidad, y cuando lo ayudábamos a revestirse con los ornamentos, siempre era afectuoso y amable, dándonos consejos relativos a nuestro trabajo como acólitos, relativos al orden y como se debían organizar las vestiduras y vasos sagrados, y todo cuanto se utilizaba en las liturgias. Previamente ya el Padre Puche nos había reunido para darnos instrucciones y consejos sobre cómo atender al Padre Parra, pues conocía del sentido del orden, la disciplina y organización que era inherente a su personalidad.

Iniciada la eucaristía solemne de cada 26 de Diciembre, el momento del canto del “Gloria in excelsis Deo” era esperado con expectación por la feligresía, pues su voz de tenor y sonoridad elevaban el espíritu cristiano al escucharse en todo el templo.

A su llegada temprano al templo o a la salida de la misa, era abordado por la gente que lo saludaba con efusión y respeto, lo cual fue una constante hasta un mes antes de su fallecimiento durante la festividad de 1988.

Parra León poseía una cualidad innata para reconocer por sus rostros a que familia pertenecía quien lo saludaba, y en muchas ocasiones al saludo le respondía: ¡Tú eres de tal familia!, o al observar a alguna persona cercana comentaba, ¡Ese señor que está allí es de la familia de fulano!. Rara vez se equivocaba, pues conocía los ape-

llidos más comunes de Los Puertos de Altagracia y los rasgos físicos imperantes en cada familia.

Nunca faltó a una cita con Nuestra Señora de Altagracia en su día, ni aún después de haber sido consagrado y designado como Obispo de Cumaná.

Al retirarse del templo visitaba familias cercanas en su afecto. Varias veces lo vi llegar a nuestra casa en compañía casi siempre de sus hermanos, hasta la muerte de mis padres a partir de 1960 cuando el hogar se desintegró. Después de las visitas, el almuerzo en la casa de la maestra Isaura Portillo en compañía de sus más íntimos amigos; entre los que nunca faltaba mi padre.

A la muerte del Dr. Edward Gabriel (El Negrito de la Estacada) el 28 de Julio de 1965, organista de la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia desde 1929, acudió a su pueblo natal para participar en las exequias de quien había trabajado con él entre 1938 y 1942 cuando ejerció como Párroco. Existe un documento gráfico en el cual se le observa presidiendo el cortejo en compañía de los Pbro. Fernando Inciarte (Párroco para la época), Lisandro Puche y Medardo Luzardo.

El 26 de Diciembre de 1966, ya preconizado Obispo, acompañó en la solemne Eucaristía a Mons. Constantino Maradei, I Obispo de Cabimas, recibiendo luego el homenaje del pueblo mirandino por su elección para el episcopado, mediante una sesión solemne del Concejo Municipal, y en la cual escuché el extraordinario discurso improvisado de Mons. Maradei cuya esencia no he olvidado, pues hizo un simbolismo perfecto de los nombres del sacerdote altagraciano, a los que encontró correspondencia con los rasgos distintivos de su personalidad sacerdotal.

Conservo un recuerdo de una mañana de septiembre de 1974, cuando encontrándome en Caracas con mi esposa hospedados en el antiguo y ya desaparecido Hotel Veroes en la Avenida Urdaneta, al bajar a la recepción me encontré con el ya Obispo de Cumaná, me acerqué a saludarlo y afectuosamente me recibió con estas palabras... "Tu eres de Los Puertos y debes ser familia de Germán y de Blas Olivares!. Había acertado una vez más, se refería a mis tíos maternos. Me abrazó y me preguntó por mis hermanos y que había pasado

luego de la muerte de nuestros padres, pues solo sabía del destino de Jorge, adoptado por mi tío Germán y de Evalú, por la familia León. Le conté y se interesó en el destino de su ahijada Fátima. Fue una conversación corta pero llena de gran afecto y sentido humano. Al despedirse expresó que se dirigía a Boleíta en gestiones de su Diócesis, dejándonos su bendición.

Volví a verlo cada 26 de Diciembre en Los Puertos hasta un año antes de su trágica muerte el 26 de Enero de 1989. En esa última visita de 1988 le entristeció el estado de deterioro de su antiguo templo, en el cual había sido bautizado y a la que sirvió como Párroco, exigiéndole a los mirandinos que se pusieran a trabajar para salvar la iglesia. Fue su exigencia y mensaje póstumo a sus coterráneos, lo cual fue escuchado, pues ese mismo día se conformó una Junta que trabajó conjuntamente con la municipalidad para la reconstrucción y restauración del templo de Nuestra Señora de Altigracia.

Mons. Mariano Parra León fue un mirandino excepcional en todos los órdenes. Como Sacerdote vivió convencido de su vocación y de su amor a Dios a cuyo servicio se entregó en cuerpo y alma. El mejor homenaje a su memoria al cumplirse 100 años de su nacimiento en 1911 en la villa altagraciana, es recordarlo precisamente en su condición de sacerdote, lo cual debe estar por encima de cualquier otra consideración, pues ejerció su ministerio con profunda entrega y con una total identificación con Cristo en su amor a los más necesitados. Sus posiciones duras y enérgicas iban de la mano con su temperamento y con su personalidad que no admitían medias verdades y posiciones ambiguas. Defendía lo que creía era justo y de esas posiciones no lo sacaba nadie.

Muchos y notables sacerdotes han nacido en nuestro pueblo, pero el más emblemático ha sido Mons. Parra León, quien permanece en el recuerdo de toda la región, pues siempre defendió su condición de zuliano de la cual se sentía orgulloso. Quería al Zulia y sufría por él ante el olvido y tantos años de injusticias para con su región, como también lo sintió por el Estado Sucre del cual se hizo parte y al que entregó su corazón a través de una labor de veinte años de episcopado.

El 8 de Septiembre de 1969, pronunció en la Plaza Bolívar de Maracaibo su recordado discurso, por vibrante y emotivo, en la sesión del Concejo Municipal que se celebró para conmemorar el cuatricentenario de la refundación de la ciudad por Alonso Pacheco. Sus palabras fueron un canto a la "Sultana del Lago" y una exigencia y protesta ante el estado de abandono en que estaba el Zulia y la región en general.

Su muerte sigue siendo una dolorosa daga para el corazón del Zulia, pues la forma en que perdió la vida el 26 de Enero de 1989 no fue quizás, la más justa para quien tanto trabajó por los más necesitados en nombre de Dios y de su Iglesia. Pero fue la voluntad del Señor, y la acatamos en cristiana resignación.

La historia local y regional mantendrá a Mons. Mariano Parra León como un inolvidable personaje que llenó de dignidad y grandeza a la iglesia venezolana, a la región y a su pueblo natal, y que por encima de sus fallas como ser humano, resaltaron luminosas sus virtudes de hombre de Dios.



CITAS

1. Rincón ad Gentis, San Pablo, 1^a a los Corintios, 9,16
2. *Maracaibo, un poco de su historia*, Romero Luengo, Adolfo, Tomo I, II Ed. pág. 120,121. 1985.
3. Ídem.
4. *Archivo Eclesiástico de Nuestra Señora de Altigracia*. Libro de Gobierno.
5. *La Madre de Dios en el Zulia*, Romero Luengo, Adolfo, pág. 187,188, Caracas, 1993.
6. *Historia del Zulia*, Ocando Yamarte, Gustavo, II Edición, pág. 515, Caracas 1996.
7. Ídem.
8. *Un proceso regional a través de la prensa*, Chirinos, Alida. pág. 66,67, Edic. LUZ 1988.
9. Ídem.
10. *Caminos de liberación*, "Una manera de ser característica" por Romero Luengo, Adolfo, pág. 241, Ediciones LUZ 1993.
11. Hoja Parroquial "Siembra", 02/03/1952.
12. Ídem.
13. Hoja parroquial "Siembra", N° 52, 01/03/1953,
14. Hoja Parroquial "Siembra", N° 222, 28/07/1963,
15. Hoja Parroquial "Siembra", N° 101, 13/01/1957.
16. "Maracaibo, un poco de su historia", Romero Luengo, Adolfo, Tomo I, 2da. Edición, 1985.
17. Hoja Parroquial "Siembra" 120, 01/12/1957
18. *Maracaibo, un poco de su historia*, Romero Luengo, Adolfo. Tomo I, 2da Ed, 1985.
19. *Caminos de Liberación*, pág. 27, Edic. LUZ, 1993.

20. *Villa de Altigracia o presencia de la tierra chica*, Romero Luengo, Adolfo, Caracas 1976.
21. *Caminos de Liberación*, Pastoral del 30/04/67, Cumaná. Ediciones LUZ, 1993.
22. *La voz que clama en el desierto*, Editorial Diario Oriental, Cumaná. 1986.
23. *Caminos de liberación*, Mensaje de Navidad, Diciembre. 1985. Ediciones LUZ, 1993.
24. "Star Media", pág. Web, Cualidades del orador sagrado. 2010.
25. *Caminos de liberación*, "Una manera de ser característica", Romero Luengo, Adolfo. Pág. 241, Ediciones LUZ 1993.
26. *El Sacerdote de hoy*, Romero Luengo, Adolfo. Caracas, 1965

BIBLIOGRAFÍA

- aminos de Liberación*, Ediciones LUZ, 1993
- Cronología Histórica de Los Puertos de Altagracia y del Municipio Miranda*, Franco O, Julio César, 2006
- El Sacerdote de hoy*, Romero Luengo, Adolfo, Caracas, 1964
- Historia del Zulia*, Ocando Yamarte, Gustavo. 2^{da}. Edición, Caracas, 1985
- Historia Eclesiástica de la Parroquia de Nuestra Señora de Altagracia*, Obra Inédita, Franco O, Julio César – Rodríguez Luzardo, Ramón, Puertos de Altagracia, 2005.
- La Madre de Dios en el Zulia*, Romero Luengo, Adolfo, Caracas, 1993, Ediciones Instituto socio cultural “María Alejandrina Farías”
- Maracaibo, un poco de su historia*, Romero Luengo, Adolfo, 2^{da}. Edición 1985
- Nuestra Señora de Altagracia, la devoción de un pueblo*, Franco O, Julio César, Diciembre. 2005. Ediciones Instituto de Cultura y Educación “Ramón García Oliveros”.
- Permanencia de lo dicho*, Romero Luengo, Adolfo, Caracas, 1976. Instituto Venezolano de Cultura Hispánica.
- Un proceso regional a través de la prensa*, Chirinos, Alida, Ediciones LUZ, 1988
- Villa de Altagracia o presencia de la tierra chica*, Romero Luengo, Adolfo, Caracas, 1976, Ediciones Instituto Venezolano de Cultura Hispánica.
- Archivos Eclesiásticos de la Parroquia de Nuestra Señora de Altagracia, Municipio Miranda, Estado Zulia.
- Enciclopedia Temática Multimedia: “Enciclopedia Heráldica y Genealogía”, CD Rom, 1196, F&G Editores, S.A.
- www.e-art.Net/Heráldica
- www.detodounpoco.net/apellidos
- www.tiempolibre

174 • Monseñor Mariano Parra León

Ciudad Futura.com/Genealogía/Apellidos

Blogs Cristianos, Wikipedia, Enciclopedia Libre, Catholics Net On Line, Encue Nuestracom, Blogs Cristianos, Enciclopedia Católica, Tradición Católica, Rincón Ad Gentis, Ecclesia Digital, Portal Católico.

ISBN: 978-980-405-019-0

